



OJALÁ NOS ALCANCE LA VIDA

Historias de vida de personas mayores
víctimas del conflicto armado colombiano



Centro Nacional
de Memoria Histórica

OJALÁ NOS ALCANCE LA VIDA

HISTORIAS DE VIDA DE
PERSONAS MAYORES VÍCTIMAS
DEL CONFLICTO ARMADO
COLOMBIANO



Centro Nacional
de Memoria Histórica

OJALÁ NOS ALCANCE LA VIDA
HISTORIAS DE VIDA DE PERSONAS MAYORES VÍCTIMAS DEL CONFLICTO
ARMADO COLOMBIANO

Gladys Orozco Soto
Esperanza Trujillo Uribe
Irene Muñoz de Benavides
Ángela Sanabria González
Luz Gladys Tabares O.
Rubén Darío Zapata
Paul Alzate Flórez
Julio Casas Castro
Rodrigo Callejas Bedoya
Nelson Hoyos Espinosa
Héctor Tabares O.
María Tila Uribe

Investigación, entrevistas y redacción

Héctor Tabares Ortiz
Coordinador - Editor general
Corporación Asuntos Mayores - COASUMA

Javier Darío Restrepo
Diana Durán
Edición de contenido

Javier Darío Restrepo
María Tila Uribe
Prólogo y posfacio

María Tila Uribe
Javier Darío Restrepo
Héctor Tabares Ortiz
Nayibe Lizeth Sánchez Rodríguez (Enfoque de Personas Mayores - CNMH)
Marlon Ricardo Acuña Rivera (Enfoque de Personas Mayores - CNMH)
Ángela Sanabria González (HelpAge International Colombia)
Equipo de trabajo

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

Nayibe Sánchez
Enfoque de Personas Mayores

Este proyecto se desarrolló con el apoyo técnico y financiero del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) en el marco del Convenio No. 471 de 2015 y contó con el apoyo de HelpAge International. Las opiniones y conceptos que aquí se expresan son de los autores y personajes y no reflejan necesariamente la posición ni las opiniones de sus editores, del CNMH o de HelpAge Internacional.

OJALÁ NOS ALCANCE LA VIDA
HISTORIAS DE VIDA DE PERSONAS MAYORES VÍCTIMAS
DEL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO

ISBN: 978-958-8944-69-2

Primera edición: agosto de 2017

Número de páginas: 300

Formato: 15 x 23 cm

Coordinación Grupo de Comunicaciones:

Adriana Correa Mazuera

Coordinación editorial:

Tatiana Peláez Acevedo

Edición y corrección de estilo:

Martha J. Espejo Barrios

Diagramación y diseño de mapas:

Andrea Leal Villarreal

Fotografías:

Portada: © Fotografía tomada durante una visita de Blanca Nubia Díaz al CNMH. Bogotá, 2017. Fotógrafa: María Paula Durán para el CNMH.

Contraportada: © Fotografía tomada a Amparo durante la entrevista para la creación de las historias de vida del libro. Medellín, 2015. Fotógrafa: Gladys Orozco Soto.

Ilustración: © Wilson Martínez Montoya y María Cristina Rueda Traslaviña. Cometa Cooperativa.

Georreferenciación:

Julio E. Cortés

Impresión:

Imprenta Nacional de Colombia

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 6 N° 35 - 29

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D.C. - Colombia

© Corporación Asuntos Mayores - COASUMA

Carrera 43 E Nro. 11 - 32

asuntosmayoresprensa@gmail.com

<http://asuntosmayores.org/sitio/>

Medellín, Antioquia

Impreso en Colombia. *Printed in Colombia*

Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica y COASUMA (2017), *Ojalá nos alcance la vida. Historias de vida de personas mayores víctimas del conflicto armado colombiano*, CNMH, Bogotá.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Centro Nacional de Memoria Histórica

Ojalá nos alcance la vida : historias de vida de personas mayores víctimas del conflicto armado colombiano / Centro Nacional de Memoria Histórica ; ilustración Wilson Martínez Montoya, María Cristina Rueda Traslaviña ; fotografía María Paula Durán, Gladys Orozco Soto. -- Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017.

300 páginas : ilustraciones ; 23 cm. -- (Literatura)

Incluye bibliografía.

ISBN 978-958-8944-69-2

1. Conflicto armado - Colombia - Relatos personales 2. Violencia - Colombia - Relatos personales 3. Desplazamiento forzado - Colombia - Relatos personales 4. Verdad, justicia y reparación I. Martínez Montoya, Wilson, ilustrador II. Rueda Traslaviña, María Cristina, ilustradora III. Durán, María Paula, fotógrafa IV. Orozco Soto, Gladys, fotógrafa V. Tít. VI: Serie. 303.6 cd 2l ed.

A1577466

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

IN MEMORIAM a las personas mayores que fueron víctimas del conflicto armado que ha vivido Colombia y no están registradas documentalmente, y a las que aún sufren y resisten en la vejez la dura violencia y que pueden llegar a ser víctimas de la memoria.

A LA MEMORIA de James Blackburn, exdirector de HelpAge International en Colombia, y quien apoyó decididamente la primera etapa de este proyecto. Con su excelente trabajo profesional y sensibilidad personal, James se convirtió en un aliado estratégico de las personas mayores en Colombia y en los demás países de la región Andina.

CONTENIDO

Presentación.....	8
Reconocimientos.....	12
La violencia y los viejos. Por: Javier Darío Restrepo	16
Las personas mayores tenemos mucho para contar sobre el conflicto. Por: Héctor Tabares Ortiz	30
1. Las historias de vida	36
1.1. Don Emilio Betancourt y el teatro de la vida. Por: Rubén Darío Zapata.....	39
1.2. “¿Y yo a quién perdono si su caso aún está impune?” Por: María Tila Uribe.....	61
1.3. “Mi edad dorada la estrené con el dolor de la violencia”. Por: Gladys Orozco.....	73
1.4. “Parece mentira que a esta edad le toque a una vivir y contar esto”. Por: Gladys Orozco	91

1.5. "No me desplazo más; tengo 66 años, ya no más". Por: Rodrigo Callejas Bedoya	105
1.6. Florinda y su viaje en busca de la verdad. Por: Paul Alzate.....	117
1.7. "Yo era sin agüeros, no les tenía miedo". Por: Paul Alzate.....	131
1.8. "Mis cuatro hijas son unos girasoles que dejaron unas semillas". Por: María Tila Uribe y Esperanza Trujillo Uribe.....	147
1.9. La tierra perdida. Por: Nelson Fredy Hoyos Espinoza y Héctor Tabares Ortiz.....	169
1.10. "Un día dije: no más, voy a empezar de nuevo". Por: Irene Muñoz y Héctor Tabares Ortiz.....	183
1.11. "Le pido a Dios que me ayude a recuperar los restos de mi hijo". Por: Julio Casas.....	195
1.12. "Si hay paz, entonces he de volver a mi tierra". Por: Esperanza Trujillo Uribe.....	211
1.13. "Solo descansaré el día que esté nuevamente al lado de mi hija". Por: Julio Casas.....	221
1.14. "Que Dios les perdone". Por: Héctor Tabares Ortiz	235
1.15. "Papá, mamá, no esperen más a Pablo". Por: Rubén Darío Zapata.....	251
 2. Posfacio. Ojalá nos alcance la vida. Por: María Tila Uribe.....	 288

PRESENTACIÓN

El Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) desarrolla su acción misional a la luz de los principios de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, incluido el de enfoque diferencial (art. 13, Ley 1448 de 2011). Reconocemos la importancia de ser plataforma para que la pluralidad de las memorias emerja y nos hable desde los más diversos parajes. Es por esto que contribuimos a cumplir el deber de memoria del Estado a través de acciones diferenciales, adecuadas a las necesidades específicas de las poblaciones de especial protección constitucional y mayor vulneración en el conflicto armado.

A través de la línea de trabajo del enfoque diferencial de personas mayores, pero también de manera transversal en otros equipos y grupos de la entidad, se han venido visibilizando sus experiencias particulares de victimización, memorias, afrontamientos y resistencias en distintos procesos. Sabemos de la urgencia del trabajo con los mayores, son sus miradas sobre la larga duración

y las variaciones temporales del conflicto las que enriquecerán las políticas de la no repetición.

En el marco de las acciones específicas con la población se desarrolló el acompañamiento a la iniciativa de memoria que da como resultado el presente libro. La Corporación Asuntos Mayores (COASUMA) se acercó al CNMH con la idea de recopilar historias de personas que han vivido los efectos del conflicto colombiano siendo ya mayores. No porque la violencia los sorprenda por vez primera, sino porque se reafirma en un continuo que muchos la conocieron ya desde la infancia y seguir viviéndola en la vejez es un asunto cuyas dimensiones no hemos atendido suficientemente.

Este libro es entonces producto del trabajo en equipo de Coasuma que, con el apoyo financiero del CNMH, construyó quince narraciones sobre personas mayores, provenientes de distintos lugares, con diferentes trayectorias y condiciones socioeconómicas, cuya experiencia en común son los dolores que trae la guerra. Su equipo de escritores, periodistas y comunicadores realizó entrevistas que se transformaron en los relatos que les presentamos aquí.

El CNMH agradece a HelpAge International en Colombia, por su contribución en la etapa inicial de este proyecto. Su apoyo financiero permitió hacer un taller con los escritores de las historias en la ciudad de

Bogotá, y contactar a algunas personas mayores con las que habían trabajado en el pasado. Agradece a COASUMA por su trabajo de recolección y escritura de las historias, por visibilizar la diversidad de las personas mayores y los retos de memoria hacia el futuro.

Vemos que uno de los aportes de este trabajo, además de recoger las memorias de los mayores como una fórmula contra el olvido, es también cuestionarnos sobre las formas en que queremos seguir envejeciendo en este país. Estas voces que nos hablan desde rincones apartados, nos llaman a reflexionar sobre los efectos del conflicto en las personas mayores, pero también sobre el tratamiento que les damos todas las demás.

Vale la pena recordar esta invitación de Simone de Beauvoir, que sigue tan vigente hoy en día como cuando se formuló:

¿qué debería ser una sociedad para que en su vejez un hombre siga siendo un hombre?

La respuesta es sencilla: sería necesario que siempre hubiera sido tratado como un hombre. En la suerte que asigna a sus miembros inactivos, la sociedad se desenmascara; siempre los ha considerado como un material. Confiesa que para ella sólo el lucro cuenta y que su "humanismo" es pura fachada. (...) Cuando se ha comprendido lo que es la condición de los viejos no es posible conformarse con reclamar una "política de

la vejez" más generosa, un aumento de las pensiones, alojamientos sanos, ocios organizados. Todo el sistema es lo que está en juego y la reivindicación no puede sino ser radical: cambiar la vida (de Beauvoir, 2013, páginas 669-671)

Necesitamos cambiar la vida, para que la vejez sea digna. Es necesario cambiar nuestra vida en común, la forma en que nos relacionamos jóvenes, adultos, niñas, niños y mayores en este país. El abandono de las armas no nos asegura la construcción de paz si no estamos dispuestos a un cambio radical. A una escucha empática y atenta de lo que han vivido por años las víctimas de todas las edades, a una comprensión de cómo el conflicto ha intervenido nuestros procesos de envejecimiento individuales y colectivos, y a un reconocimiento y desmonte de las discriminaciones de todo tipo, incluida la edad.

Nayibe Sánchez Rodríguez
Coordinadora del Enfoque de Personas Mayores
Bogotá, julio de 2017

Referencia

De Beauvoir, Simone, (2013), *La Vejez*, Debolsillo, Colombia.

RECONOCIMIENTOS

Desde la Corporación Asuntos Mayores - COASUMA- expresamos el más significativo agradecimiento a todas las personas que hicieron posible este libro para que hoy llegue hasta ustedes, sus lectores. En especial a cada uno de los hombres y mujeres personas mayores, que en diferentes regiones del país nos compartieron sus testimonios acerca de su penosa vivencia del conflicto armado colombiano. Esperamos que sus voces hayan sido registradas y comunicadas fielmente por nosotros en este libro.

A los investigadores y redactores de los territorios en los que trabajamos, quienes con su dedicación y talento lograron traducir en letra el sentir de los personajes a los que se aproximaron para dignificar su memoria como personas mayores víctimas hasta lograr que sus voces, sus experiencias y las interpretaciones de los hechos ocuparan el lugar central.

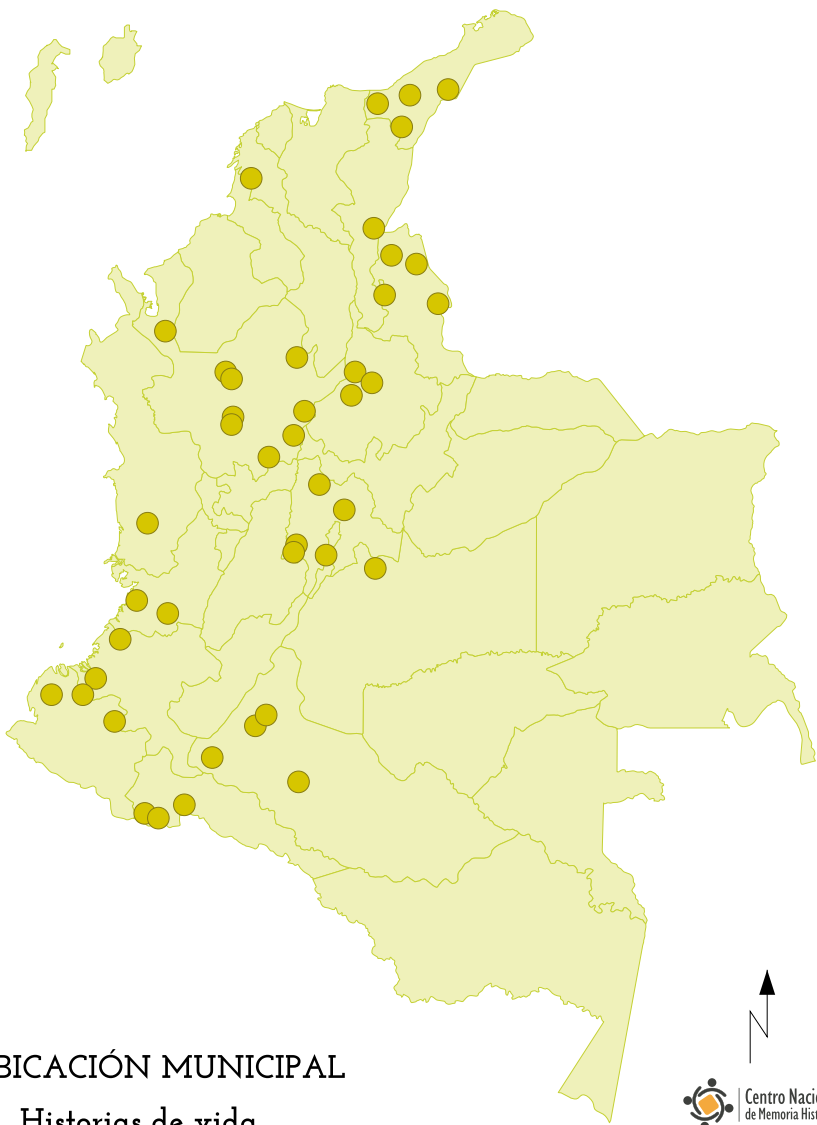
A los familiares y allegados de las personas protagonistas, a los gestores líderes y lideresas, a las organizaciones sociales privadas y oficiales que nos posibilitaron el contacto con ellos.

A María Tila Uribe y Javier Darío Restrepo que generosamente nos donaron su sabiduría, tiempo y dedicación para enriquecer y ennoblecer las reflexiones sobre el papel y tratamiento de la vejez en el conflicto armado.

Este libro no habría sido posible sin las recomendaciones del grupo evaluador editorial, el apoyo permanente de Nayibe Sánchez y Marlon Acuña del Enfoque de Personas Mayores, así como del grupo de creativos gráficos del CNMH.

Aspiramos a que el presente trabajo contribuya a avanzar en el reconocimiento y visibilidad de las personas mayores víctimas del conflicto armado que han vivido en todas sus formas y manifestaciones Colombia y a favorecer la implementación de políticas adecuadas y diferenciales en materia de registro, protección, prevención, asistencia, reparación integral y garantías de no repetición, que posibiliten soluciones duraderas y la búsqueda de una posible paz sostenible en el tiempo y los territorios.

Mapa 1. Territorios donde se desarrollan las quince historias de vida



Fuente: CNMH, con base en las historias de vida.

LA VIOLENCIA Y LOS VIEJOS

Por: Javier Darío Restrepo

¿Quieren saber qué se proponían los autores de los perfiles que ustedes van a leer? Lo supieron con claridad los redactores de historias como estas, que llegaron a unas lejanas veredas caucanas para leer un perfil a los miembros de una familia que había perdido a dos hijos. Al comenzar su lectura tuvieron delante, en dos apretados semicírculos, a toda la familia: padres, hijos, primos, tíos, los abuelos, sentados en el suelo, o en bancas, en una vieja poltrona, sobre unos bultos o recostados en las paredes. Se los veía expectantes, llenos de curiosidad, como si esperasen un prodigio sobrenatural.

La lectora sentía en el ambiente tenso que se había creado en esa estrecha habitación, que sus palabras eran recogidas una a una, como si fueran vida. No oían, escuchaban; y absorbían el texto con avidez de sedientos, hasta que llegó lo imprevisto: la madre, a pesar de sus esfuerzos para contenerlo, estalló en un llanto que quiso sofocar con el canto de su falda. Y como si fuera un contagio incontenible, el llanto cundió por toda la habitación, como un fondo sonoro para las palabras que la lectora iba transmitiendo con voz pausada y serena.

El perfil cumplía el objetivo de revivir en las mentes de aquella familia a los muchachos asesinados. Las palabras tuvieron el efecto de hacerlos regresar, de modo que era como si volvieran a verlos como eran: juguetones, desbordantes de alegría y energía, hiperactivos como trabajadores, cariñosos hasta la

melosería, nobles y serviciales con los padres y los abuelos. Lloraban alegres por haberlos visto otra vez; o bufaban de rabia por haberlos perdido.

En su informe oficial los redactores dirían que este ejercicio de memoria había tenido el efecto terapéutico de permitirles expresar su dolor y de consolar a unos campesinos tristes, que habían visto a sus muchachos reivindicados: no eran lo que sus asesinos habían proclamado tratando de justificarse: ni guerrilleros, ni cómplices de la guerrilla, eran muchachos buenos que no debieron morir.

El poder sanador

La práctica de la elaboración de relatos, muchas veces pedidos por los familiares de la víctima, ha descubierto el poder sanador de la memoria y del relato. Citados por el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, 2013), Gómez y Castillo afirman que *“para olvidar expresiones dolorosas suele ser necesario, primero, haberlas podido recordar”*.

Aquella familia no habría podido decir por qué había exigido el relato, ni por qué había satisfacción al escucharlo y recibirlo, pero allí se había recuperado una dignidad perdida en el episodio de la doble ofensa. El ofensor suele proponerse la destrucción moral de las personas, además de su eliminación física; pero ese logro perverso desaparece cuando el

relato rescata y proclama que en la memoria de los suyos se preserva, con una admiración parecida a la de los héroes, una imagen de la víctima, en condiciones que ningún ofensor puede deteriorar.

Relean ustedes el relato de Rubén Darío Zapata “Papá, mamá, no esperen más a Pablo”, sobre ese par de ancianos que durante once años buscaron el cadáver de su hijo asesinado por un jefe paramilitar con el alias de McGiver. Es todo un rescate de dignidad para don Juan Santos Tangarife, para su esposa Geníhora y para su familia. Cuando en una audiencia Diana, hija de la pareja, acorrala al delincuente y lo obliga a reconocer que él ordenó su muerte, un alivio les llega al par de ancianos, cuya vida se ha convertido en una búsqueda obstinada y heroica. Se consideran compensados al conocer los motivos mezquinos del autor de la muerte de su hijo. El relato de Rubén Darío reúne todas las piezas y hace comprensible la trágica historia.

Lo que no debió pasar

Es una reacción en cadena la que se observa cuando tras esa acción restauradora de la dignidad, el recuerdo de los hechos promueve la reflexión: “Esto no debió pasar ni deberá volver a pasar”, como desarrollo previo a la exigencia de justicia para que a otros no les suceda, porque nace el imperativo del ¡nunca más!, y de que es necesario restablecer el

equilibrio roto por los asesinos. Son algunas de las reacciones que estimula ese producto de la memoria que es el perfil.

El impacto social

En los días siguientes a su lectura, el relato comienza a circular entre amigos y vecinos; se vuelve tema de conversación en la tienda, en la heladería, en el parque, en las visitas, en el trabajo, en la escuela. Así comienza el impacto social de estas historias. Los redactores de los perfiles de este libro lo saben y quieren ese impacto.

La memoria y sus expresiones tienen un reconocido valor sicosocial. Quizás es allí donde se siente su mayor fuerza.

Recordando los datos del perfil y la reconstrucción del contexto de los hechos, los miembros de la familia comprobaron que ahora sí entendían mejor lo que había pasado y así se lo comunicaron a los vecinos. Identificaron lo sucedido, lo mismo que a los autores y su propósito. En vez de hablar de “fuerzas oscuras”, o de “conjuras criminales”, el relato deja en claro cuál grupo, comandado por quién y con cuáles propósitos se perpetró el acto criminal. Saber eso fue como recuperar el control, y este fue otro efecto positivo del relato y del ejercicio de la memoria. Antes de ese ejercicio tenían datos fragmentarios y

desordenados; el relato los recuperó, les puso orden y arrojó luz sobre los hechos.

Solo lo sabrían después, pero en ese momento impidieron que los violentos mantuvieran el control sobre la historia. Roto el misterio con que los asesinos quisieron encubrir sus acciones, todo quedó a la vista, y los agresores nombrados y medidos en la verdad de sus posibilidades y de su indigencia como seres humanos.

No a la impunidad

Y así como la memoria desnuda a los violentos, al arrojar luz sobre los hechos impide que la impunidad favorezca a los criminales y empodera a las víctimas.

Nada contribuye más a la autosatisfacción de las víctimas que el conocimiento de la verdad, logrado por la memoria y por su instrumento: los relatos. Para eso también se escribieron los de este libro. Por ejemplo, el relato de Paul Alzate "*Florinda y su viaje en busca de la verdad*", es el de una anciana chucureña que toca todas las puertas, recorre todos los caminos preguntando por su hijo "Chejo". Sabe que está muerto, quiere su cadáver pero, sobre todo, necesita la verdad de lo ocurrido con su hijo. Solo imaginar esa dura peregrinación de una anciana movida por el amor de su hijo, da una idea cabal del impacto de la violencia en la vida de los viejos.

Para la sociedad este aporte de verdad es un logro que conduce a darles sentido a los hechos. Esa especie de aturdimiento que sobreviene luego del acto criminal, oculta su sentido.

La situación más común de las víctimas es la de una perplejidad y confusión ante los hechos, a los que en ese momento no se les encuentra sentido alguno. La reconstrucción que hace la memoria en los perfiles provee ese sentido, ordena los datos y recupera el control necesario para tomar decisiones. Y más que eso, ocurre un acto de recreación. Esta expresión es del Centro Nacional de Memoria Histórica (2013) que explica *“un proceso social y cultural donde el recuerdo y el olvido constituyen las dos operaciones que recrean a la sociedad continuamente”*.

El sufrimiento común

También pasa con todos los que reciben, como acto reparador, la elaboración de relatos, lo que seguramente ocurrió en la familia de nuestra historia inicial: el sufrimiento, la indignación o la amargura que padecían a solas, por razón del perfil llegaron a ser sentimientos compartidos con otros, y el sufrimiento adquirió un cariz social.

Anota el CNMH (2013) que *“saber que hay personas que experimentan situaciones similares, revela a las víctimas que su sufrimiento no tiene que ver con*

problemas de personalidad de las víctimas, sino que se trata de eventos que no debieran sucederle a ningún ser humano”.

El dolor de los viejos

Las historias que ustedes encontrarán en este libro tienen un elemento común: son situaciones dolorosas vividas por personas viejas. Es una violencia que ellas atestiguan y que ha llegado a ser una marca de su vejez, como aparece en el relato de Rodrigo Callejas *“No me desplazo más; tengo 66 años, ya no más”*, donde la violencia sigue y persigue a una pareja de viejos.

Rubén Darío Zapata, a su vez en *“Papá, mamá, no esperen más a Pablo”* rebulle ese depósito de memorias que son los viejos cuando recuerdan a los hijos que se fueron y entraron en la galería gris de los desaparecidos, en parte muertos, en parte ausentes. Hay una percepción de los violentos en los viejos que pasan por las páginas de este libro, hecha de rencor, de dolor, y a veces de perdón.

Estos viejos tienen menos razones para esperar que los memoriosos de otras edades, porque lo vivido les demuestra que la guerra no es un tropezón histórico sino un modo de vivir y que, a pesar del dolor que multiplican los violentos, insisten y persisten.

Es dramático el relato de Julio Casas *"Le pido a Dios que me ayude a recuperar los restos de mi hijo"*, que sigue los pasos de una mujer que se vale de cuanta instancia de solución encuentra posible, en su empeño por encontrar y recuperar los restos de su hijo Óscar, asesinado en ese suceso de los llamados "falsos positivos". Es la misma voluntad de hierro con que de niño lo alimentó, vistió y educó; ahora de vieja y a pesar de las limitaciones de su edad, no descansa en el propósito de recuperar su cuerpo. Agotados todos los recursos, apela a la oración: *"Le pido a Dios que me ayude"* —dice—, dispuesta a persistir a pesar de todo y de las limitaciones de su vejez.

Es cierto que cada día trae su propio afán, pero el relato descubre una vida aún más severa porque en ella cada edad trae su propia desgracia. Es, pues, una vejez que dejó atrás sus signos de serenidad y de dulzura y tiene que asumir, como ambiente propio, la amargura, la inseguridad e incertidumbre constantes, el miedo o una rabiosa frustración.

Y aquí remito a la historia de María Tila Uribe y Esperanza Trujillo, quienes en *"Mis cuatro hijas son unos girasoles que dejaron unas semillas"* cuentan el caso de Blanca Nieves. Ella le deja muy claro su padecimiento durante audiencia pública al asesino de sus cuatro hijas, cuando *"él quería pedirme perdón y que no sé qué y no sé qué"* y ella afirmó: *"Yo sí sé qué: A mis cuatro hijas nunca las voy a borrar. ¡Nunca!"*.

Estas historias dejan otro aporte: al mismo tiempo que señalan con gesto de alarma la creciente ola de frialdad e indiferencia que ha creado el acostumbramiento al mal, con su propio ejemplo muestran que no hay que rendirse. Uno sigue a Emilio Betancur en el relato de Zapata *"Don Emilio Betancourt y el teatro de la vida"*, y se admira doblemente: primero de la persistencia de un hombre perseguido inicialmente a sol y a sombra por unos soldados; pero la percepción se vuelve asombro cuando descubre que el hombre todavía es perseguido siendo un hombre viejo.

Aquí aparece la idea que inspiró la iniciativa de convocar a periodistas e investigadores escritores, que les ayudarán a los lectores a mirar la violencia con los ojos sabios pero cansados, de los viejos.

A estas condiciones "ambientales" se suma la del abandono y la desprotección, ilustrados con datos precisos en el escrito para este libro de María Tila Uribe.

Pero la marca más profunda de la violencia en el viejo es la que Gladys Orozco describe en *"Parece mentira que a esta edad le toque a una vivir y contar esto"*, donde una mujer de 70 años, abrumada por la desgracia admite: *"Es mucho mejor vivir las tristezas joven, cuando uno las puede aguantar, pero no tener que vivir una vejez todavía lidiando con la violencia"*.

La incertidumbre sobre el destino de algún desaparecido, o sobre su propia suerte, parece el sufrimiento más común. A veces los viejos se preguntan en estos relatos si los guerrilleros, o los paramilitares o los propios militares, volverán a romperlo y desordenarlo todo y a convertirlos en reos, como le sucede a Emilio Betancur, perseguido en cuanto lugar intenta vivir, primero por unos militares paranoicos que cercan con tanques y tropas su casa en busca de unos imaginarios grupos guerrilleros y luego por otros actores del conflicto. Es una persecución que no respeta edades y que genera la tortura de una permanente incertidumbre, porque la violencia y los violentos conocen bien los caminos del regreso.

En la sociedad, el viejo es mirado como un testigo del pasado. Su archivo de recuerdos convierte al viejo en depositario de una historia viva; pero cuando lo perturba la violencia y el viejo pasa al estatus de víctima, ese depósito de memorias se altera. Son abundantes los casos en que la violencia altera la mente de las personas, y en este evento los viejos son los más vulnerables.

Esta situación es tanto más lamentable si se tiene en cuenta que el viejo, con sus recuerdos convertidos en experiencia, materia prima de la sabiduría, es alguien que prepara el futuro. “El Profe” de Mampuján, en el relato de Héctor Tabares - “*Que Dios les perdone*” - lo expresa: “*He hablado con mis nietos... yo les digo todo hasta donde me acuerdo, porque quiero que se sepan*

de memoria la historia de esa casa y la historia de nuestro pueblo hasta donde yo puedo narrarles lo que yo he visto y lo que he vivido”.

El viejo llega a constituir el modelo para copiar, que el subconsciente de los nietos reproducirá a la hora de las decisiones. Preguntándose si el futuro está detrás, como algunas culturas orientales lo piensan, Margaret Mead, citada por Norberto Bobbio asegura: *“El futuro está naciendo, pero hay que ayudarlo a nacer”* (Bobbio, 1997). Una ayuda que al viejo se le ha vuelto imposible ante el destrozo de su isla de serenidad. Así es imposible ayudar a ese nacimiento; él ya tiene suficiente con el riesgo de enfrentar su azaroso presente.

Perdida la esperanza

Los viejos que aparecen en este libro, golpeados por una violencia inclemente, son personas sin esperanza como las del libro *Los viejos* de Sandra Poligniani: *“Carecen de esperanza”*, afirma ella después de entrevistarlos. *“No puede imaginarse cómo es esta espera de nada”*, dice uno de ellos; *“nuestra vida es como si nunca hubiera existido y yo poco a poco me estoy olvidando de todo”*, agrega otro. *“Después de su muerte todo fue tremendo; no volví a vivir un solo día alegre”* añade una mujer que ha perdido a su hija y se muestra inconsolable.

Como ella, todos los entrevistados en este libro *Ojalá nos alcance la vida*, han sido golpeados por desgracias diversas: “Una a los 60 años, después de tener casa, ocho hijos, muchos nietos y hasta bisnietos y dando vueltas por ahí sola, sin ánimo de nada”, le dice Magdalena a Gladys Orozco en “Mi edad dorada la estrené con el dolor de la violencia”.

Nuestros viejos, víctimas de los violentos, han perdido la esperanza que era una parte de su sabiduría; y este no es solo su drama personal, es la tragedia de una sociedad que en ellos pierde la memoria, la sabiduría, la experiencia y, finalmente, la esperanza. Es otro de los mensajes que transmiten los relatos de este libro.

Los viejos han contado sus historias, pero es inevitable concluir que es nuestra historia, y que nos afecta dura y dolorosamente.

Referencias

Centro Nacional de Memoria Histórica, (2013), *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*, disponible en <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2009/recordar-narrar-el-conflicto.pdf>, recuperado el 21 de octubre a las 10.30 a.m.

Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, (2009), *Memorias en tiempo de guerra*, Punto aparte editores.

Barbero, Jesús Martín, (2002), *Comunicación y construcción social de las edades, en periodismo y comunicación para todas las edades*, Centro de sicología gerontológica, Cargraphics s.s.

Bobbio, Norberto, (1997), *De senectute*, Taurus, Madrid.

Mead, Margaret, (1971), *Estudio sobre la ruptura generacional*, Granica Editor, Barcelona.

LAS PERSONAS MAYORES TENEMOS MUCHO PARA CONTAR SOBRE EL CONFLICTO

Por: Héctor Tabares Ortiz

Coordinador y Editor General de Proyecto

En la tarea de reflexionar qué hacer para alcanzar el desescalamiento del conflicto armado que vive Colombia con los grupos alzados en armas desde hace más de medio siglo, han venido hablando los académicos, gobernantes y exgobernantes, políticos y, por supuesto, los analistas. Y hasta hace poco se han venido escuchado a quienes han sufrido en carne propia el conflicto irregular, víctimas de masacres, asesinatos selectivos, desapariciones forzadas, torturas, despojos de tierras y desplazamientos forzados entre otros crímenes, realizados por los actores armados de todos los bandos.

Pero unas voces no fueron atendidas allí. Entre la selección de las víctimas que integraron las delegaciones que asistieron a La Habana (Cuba) a la mesa de conversaciones entre el gobierno colombiano y las FARC, en el año 2014, no se invitó a una sola persona para que hablara en representación de la población que envejece. A pesar de que la actual población de personas mayores (personas con más de 59 años, o de 55 en condición vulnerable) encaneció en medio del conflicto armado, de violencia indiscriminada, de víctimas y victimarios, y también de intentos de reparación, perdón y reconstrucción.

A nosotros, personas mayores de la Corporación Asuntos Mayores (Coasuma), ONG integrante de la

Mesa por la Vida de Medellín¹, aquello nos impulsó a estar al lado de quienes piensan que es importante contar la historia del conflicto desde las víctimas y así aportarle a la construcción de la memoria del país. Por eso nos propusimos encontrar personas de carne y hueso para que narraran en su propia voz los sucesos.

Para romper en el imaginario colectivo el estereotipo de que “la vejez es el acabose”, nos interesaba mostrar cómo nuestra población mayor afrontó los múltiples obstáculos que se les presentaron: por qué fueron blanco de la violencia en sus ciudades o regiones, cómo sobrevivieron a ella, cómo elaboraron el duelo, si lo elaboraron; cómo han venido reconstruyendo sus vidas y las de sus familias. Lo pensamos desde lo económico, familiar, social y personal. Y claro, también, que nos dijeran si veían viable la resolución y el fin del conflicto, y si hay manera de pensar en reconciliación y perdón.

Luego de escuchar con atención los audios de las entrevistas, respetando sus recuerdos dolorosos, las tristezas, las rabias, sus opiniones, sueños e ilusiones, los redactores –en casi todas las ocasiones los mismos investigadores– al momento de escribir las historias mantuvieron la intimidad, el alma, el tono, las reiteraciones, vacilaciones o enredos, la coloración a

1 Mesa de trabajo integrada por grupos de personas y organizaciones que buscan una Medellín diferente donde se respete y valoren la paz, los derechos humanos, la convivencia, la no violencia y la vida.

veces rápida y descuidada del habla que se da en el ámbito de la geografía colombiana.

El objetivo es que al final el lector atento capte que no es una sola voz la que le habla en este libro, sino muchas voces, debido al torrente de situaciones que los mayores han vivido en la guerra en Colombia. Ese valioso equipo humano de trabajo investigador y redactor fue:

María Tila Uribe. Educadora y escritora que durante muchos años ha animado procesos de organización popular con obreros y campesinos, y desde los años noventa trabaja por una visibilidad de los desafíos que entraña el proceso de envejecimiento en Colombia.

Javier Darío Restrepo. Escritor, ícono del periodismo colombiano, experto en ética periodística, catedrático universitario y conferencista en temas de comunicación social, vejez y envejecimiento, sobre todo abordando cómo el periodismo puede contribuir en la construcción de sociedades más inclusivas para todas las edades.

Héctor Tabares Ortiz. Comunicador y escritor de la Universidad de Antioquia. Ahora se ocupa en visibilizar las verdades y lo bueno de la vejez y el envejecimiento humano. Es el director y editor del periódico Asuntos Mayores, medio que se preocupa por resaltar la vejez como solución, nunca como problema.

Gladys Orozco Soto. Comunicadora social - periodista. Docente de cátedra en la facultad de comunicación social y periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Trabaja con temas de reintegración social y paz. Es coautora del libro *Reintegrados. La vida después del conflicto*, 2015.

Esperanza Trujillo Uribe. Licenciada en ciencias de la educación, sociales y económicas, educadora e investigadora social. Ha sido una activista de las causas sociales con comunidades barriales, campesinas, indígenas y de trabajadores. Perteneció al Instituto de Investigación Acción en Procesos Educativos y Sociales Orlando Fals Borda de Cali.

Irene Muñoz de Benavides. Investigadora y profesional en estudios políticos y resolución de conflictos de la Universidad del Valle. Con vasta experiencia en trabajo con jóvenes pandilleros y comunidad de la Comuna 20 de Cali.

Rubén Darío Zapata Yepes. Periodista y profesor en varias instituciones de educación superior en Antioquia. Magíster en filosofía y comunicador social de la Universidad de Antioquia. Ganador del Premio Nacional de Cultura, del Ministerio de Cultura, en la convocatoria de 1999 con el libro de literatura testimonial *La resignada paz de las astromelias*.

Paul Alzate Flórez. Comunicador social y periodista de la Universidad Central de Bogotá. Amplia expe-

riencia en periodismo en zonas de conflicto cubriendo orden público, procesos de paz, desmovilización y desplazamiento.

Julio César Casas Castro. Economista, realizador en UN Radio de la Universidad Nacional de Colombia de historias del conflicto armado y procesos de paz. Es premio nacional de periodismo CPB 2012 y segundo premio nacional de comunicación, paz y conflicto Fernando Quiñonez 2015.

Rodrigo Callejas Bedoya. Periodista, corresponsal regional en el norte del Tolima para radio y director del periódico Región al Día. Integrante del Comité Nacional de Impulso de Periodistas Víctimas.

Nelson Hoyos Espinoza. Comunicador Social de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia. Socio fundador de la corporación Manigua, Tejiendo Amazonía por la Vida, y de la emisora Radio Andaquí, “Alas para tu voz”. Con años de experiencia en acompañamiento técnico y organizativo a asociaciones de campesinos, jóvenes y mujeres en distintos lugares del Caquetá.

1. LAS HISTORIAS DE VIDA





Mapa 2. Territorios y trayectorias en “Don Emilio Betancourt y el teatro de la vida”



1.1. Don Emilio Betancourt y el teatro de la vida

Investigación y redacción: Rubén Darío Zapata

Contexto

La región de Urabá se ubica entre Chocó, Antioquia, Córdoba y el Tapón del Darién, en límites con Panamá. Se extiende desde el valle del Sinú hasta la cuenca del río Atrato, abarcando también la cuenca del Golfo de Urabá y parte del nudo de Paramillo.

Es un cruce de caminos entre el Océano Pacífico y el Océano Atlántico; comunica a América Central con América del Sur. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo advierte que “esta región es de gran importancia geoestratégica para los grupos armados al margen de la ley por su ubicación geográfica y su riqueza biológica (...) favorece el tráfico de armas, insumos químicos y drogas ilícitas con Centroamérica y Panamá” (Acnur, 2004), así como con Estados Unidos y Europa.

Sus tierras, además de ofrecer ventaja militar, han sido usadas especialmente para el cultivo de palma africana y banano y para la ganadería extensiva, por lo que en el Urabá han colisionado desde hace años los intereses de los grupos ilegales como las

FARC, el EPL (ya desmovilizado), el ELN y los paramilitares, con los intereses empresariales y de sindicatos igualmente. Por ende, el Urabá, donde también hay presencia de comunidades indígenas y afrodescendientes, ha sido una zona de diversos conflictos desde hace varias décadas.

1.

La mañana no terminaba de clarear y las sombras todavía cubrían los potreros y al grupo de ordeñadores que, sentados sobre sus butacas rústicas, exprimían a las vacas bien maneadas. De pronto empezaron a moverse por la falda unas sombras sigilosas que en silencio se acercaban cada vez más al grupo de ordeñadores.

—Ey, ¿quién será esa gente que viene por allá?—, dijo uno de los campesinos, incorporándose de su butaca y señalando inquieto hacia las sombras que se aproximaban.

Todavía tenían tiempo de reaccionar, pero mientras decidían los otros los fueron rodeando.

—Parece que son paramilitares—, detalló alguien sin disimular la preocupación. En la proximidad las armas largas empezaban a destacarse, la forma como los fueron cerrando no dejaba lugar a muchas dudas.

—Entonces mejor nos vamos—, sugirieron algunos. Pero ya no había tiempo.

—Yo no me paro de aquí hasta que no termine de ordeñar la vaca—, insistió don Emilio—. Al fin de cuentas yo a esa gente no le he hecho nada y lo que estoy es trabajando.

Los recién llegados no pensaban lo mismo. Aún sin reconocerlos, porque la oscuridad todavía no permitía distinguir bien los cuerpos unos de otros, los llenaron primero de improperios.

— ¡Ve, cómo encontramos a estos guerrilleros hijueputas juntos!—, gritaron.

No hubo ni siquiera tiempo de reacción. A los insultos les siguieron las ráfagas de los fusiles.

Algunos alcanzaron a lanzar alaridos de dolor antes de rodar por el suelo desmadejados. Después sobrevino el silencio. Sin decir palabra, los asesinos continuaron su camino de sigilo, pero ya el sol empezaba a desvanecer las sombras que protegían e iluminaban con una luz nueva los cuerpos de los caídos.

Un minuto largo pasó antes de que los muertos volvieran a levantarse. Junto con los asesinos caminaron hasta el frente del tablado e inclinaron reverentemente sus cuerpos para recibir el aplauso del público, que fue incluso más estrepitoso que las balas que habían silenciado el mundo unos instantes atrás.

2.

Don Emilio Betancourt es un campesino de Chigorodó, municipio del Urabá antioqueño. Es prácticamente

analfabeta y aun así alcanzó a ser concejal de su municipio en 1990: su historia como luchador social y líder comunitario lo acreditaba para ello. Fue tan buena su gestión que resultó electo para un segundo periodo en el Concejo Municipal, aunque no se pudo posesionar porque las amenazas y la persecución política lo obligaron a desplazarse con su familia hacia regiones que no conocía.

Su lucha comenzó en Provivienda, organización conformada por gente sin casa que orientaba invasiones en terrenos baldíos o abandonados para desarrollar colectivamente proyectos. Al final venía un proceso de negociación con el Estado y con los dueños de los predios para llegar a acuerdos que les permitiera a los campesinos legalizar la propiedad de sus casas.

Era un hecho que la gente tenía que pagar su lote, pero las negociaciones buscaban, y casi siempre lograban, que fuera a un precio razonable y con cuotas muy suaves. Después venían los convites para construir las casas, porque en Chigorodó la vivienda era un problema realmente serio: además de que no había acueducto ni alcantarillado, las casas eran casi todas de madera y los techos de iraca. El que tuviera una casa con techo de zinc podía considerarse rico.

Después de la pelea por la vivienda digna, que inició incluso cuando él no tenía ni siquiera 15 años,

la siguiente gran lucha de don Emilio fue para que los caseríos tuvieran escuelas. Él mismo no había podido estudiar porque la escuela más cercana le quedaba a medio día de camino, y además tenía que trabajar, como la mayoría de los niños por allí, para ayudar a sostener su casa.

Pero no fue así como don Emilio consiguió su vivienda. Él trabajaba en lo suyo desde muy joven, a los 17 años aprendió sastrería y se dedicó a su propio negocio. Su esposa, doña Teresa del Socorro Dávalos, contadora en la Caja Agraria², consiguió un préstamo con esa entidad que les permitió construir su propia casa sin tener que recurrir a las invasiones a las que otros campesinos sí se veían obligados a apelar. Luego organizaron un negocio de billar, cafetería y cantina que les permitió vivir más o menos bien.

Tal vez era eso lo que la comunidad más reconocía en don Emilio: que se dedicara a resolverle a la comunidad necesidades que él mismo ya tenía resueltas. Así, a punta de invasiones y luchas comunitarias, se construyeron barrios en Chigorodó como El Ferrini, Los Olivos, 10 de Enero. En la última invasión que lideró y en la que participó don Emilio se construyó el barrio Linares, pero él apenas alcanzó a dejarlo empezado porque tuvo que escapar.

2 Institución financiera del agro colombiano propiedad del Estado, liquidada en 1999.

Desde muy temprano, don Emilio reconoció en sí mismo su capacidad para los negocios y para el trabajo político. Por eso no le sorprendió que su comunidad lo propusiera y lo eligiera concejal por dos periodos seguidos, a pesar de no haber estudiado más allá de segundo de primaria y no poseer alguna formación política. Lo que no soñó nunca don Emilio fue hacer teatro. Cuando descubrió sus habilidades escénicas ya había pasado los 60 años de edad y formaba parte de Reiniciar (Corporación para la Defensa y Promoción de los Derechos Humanos), organización de desplazados y víctimas, muchos de ellos antiguos militantes de la Unión Patriótica (UP)³, con quienes se unió a otro grupo de desplazados como él para representar en las tablas muchos de los dramas que habían vivido.

Con ellos, desde entonces, ha hecho decenas de representaciones en diversos eventos organizados por las víctimas del conflicto social y armado en diversas regiones del país. Han representado en varias ocasiones dramas como el de los campesinos a los que un grupo paramilitar dejó regados en el ordeñadero después de acribillarlos a tiros; o el de las familias en situación de desplazamiento en Medellín que se organizan para salir a hacer el “recorrido”: salen muy temprano en la mañana desde las laderas donde han improvisado sus viviendas

3 Partido político formado en 1985 como resultado de los acuerdos de paz entre el gobierno de Belisario Betancur y la guerrilla de las FARC. En enero de 1995 Naciones Unidas confirmó que la UP había perdido a más de 2.000 integrantes, asesinados por motivos políticos.

con cualquier material desechable, en una nueva invasión, esta vez no organizada colectivamente, y llegan a los grandes centros de abastecimiento de alimentos como la Plaza Mayorista en Guayabal o la Minorista en Medellín por la salida de la ciudad hacia el norte. Allí hacen largas filas para que los dueños de los locales les regalen algo de arroz, verduras o frutas para poder tener en sus casas algo con qué alimentar a sus hijos.

A veces les va bien porque encuentran personas generosas que les dan hasta carne. Pero cada vez es más difícil la situación, porque los desplazados se multiplican y la generosidad de los negociantes se va agotando. Entonces lo único que logran recoger son los productos que no se han podido vender y que están descompuestos o a punto de dañarse.

Estos no son los dramas de don Emilio, quien afortunadamente logró salir con vida de su tierra. Él tampoco ha tenido que hacer el “recorrido” porque su esposa alcanzó su pensión en la Caja Agraria, y porque a todos los lugares a los que llegaron en su huida él casi siempre logró establecer y posicionar su negocio de billares y licores. Sin embargo, el drama de los otros lo conmueve igual o más que el suyo propio. Por eso se entrega con toda su energía al montaje y presentación de las obras.

Hasta ahora no ha encarnado su propio drama. Y no sabe muy bien cómo actuaría si le tocara hacerlo,

pues la conmoción que le provocó aún persiste y no sabe si la rabia y la indignación le permitirán asumir su representación como si fuera algo que simplemente sucedió hace años.

3.

Ocurrió por allá en 2001, cuando ya don Emilio bordeaba los 58 años. Para entonces llevaba unos tres años viviendo con su familia en el barrio París (del municipio de Bello, limítrofe con el noroccidente de Medellín) y había logrado establecer junto a su casa de alquiler un negocio de billares y un café, tal y como había hecho en los otros pueblos donde había arribado después de que fue obligado a dejar su tierra en Urabá.

El barrio era un lugar donde la violencia no daba tregua. Desde luego, a don Emilio le dio miedo cuando debió alquilar una casa allí, pero escasamente él y su esposa, doña Teresa del Socorro, podían aspirar a algo mejor, pues la principal entrada en el hogar era la pensión de ella. Solo en los barrios de la gente rica de Medellín se podía vivir un poco más tranquilo durante aquellos días.

Las milicias urbanas ejercían control total y a punta de plomo hacían cumplir sus reglas en la calle. Por su parte el Bloque Metro de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), en menos de un año, ya había avanzado por todas las laderas de

Medellín, extendiéndose desde los barrios vecinos y disputándose el control de los territorios. La guerra entre ambos bandos fue corta, la mayoría de los líderes de las milicias guerrilleras fueron asesinados y los que quedaron en pie abandonaron el barrio o se integraron al nuevo combo. Desde entonces fueron los paramilitares quienes decidieron acerca de la vida y la muerte.

Desde que salió de Urabá don Emilio se dedicó a su trabajo, tuvo poca vida social porque no conocía gente en la ciudad y dejó de hacer política y de participar en actividades comunitarias; él sabía que las disputas entre bandas eran muy complejas. Así logró vivir con bastante tranquilidad en medio de aquel barrio erizado de violencia, hasta el día en que se topó de frente, en la calle, con quien lo amenazó.

Como el día había sido muy caluroso, don Emilio se atrevió a dar un paseo para disfrutar el viento que algo refrescaba en los barrios altos. En realidad quería llegar hasta un negocio que quedaba a unas dos cuadras de su casa, donde acostumbraba a jugar cartas con unos vecinos.

Faltaba poco para llegar al sitio cuando un hombre afro muy alto y mal encarado le cerró el paso. Lo abordó sin rodeos. No lo saludó, simplemente le ordenó:

–Tiene 24 horas para abandonar el barrio.

Don Emilio quedó de una pieza, apenas alcanzó a

preguntarle con la voz más firme que pudo sacar:

– ¿Cómo así? ¿Y es que usted quién es?

–Yo soy de las AUC–, contestó el otro con el mismo tono desafiante con que lo había abordado.

–Ah, bueno–. Eso fue todo lo que respondió don Emilio.

Aquel hombre desapareció de la misma forma como había llegado, rápido. Don Emilio continuó su camino. Llegó hasta el billar a donde iba, entró y saludó al dueño y a los compañeros de juego de la forma más natural que pudo, pero no se quedó a jugar. Así como llegó se marchó.

Ya en casa contó la noticia y se encerró un mes. Después pudo salir de aquel barrio con su esposa.

Fue un tiempo de mucha angustia. Aquel tipo le había dado apenas unas cuantas horas para irse y los días pasaban sin que lograran conseguir casa en otro barrio para trastearse. Todo estaba en manos de su señora y de su hija porque él no podía salir: la amenaza y el miedo lo mantenían atado a la orden arbitraria. Y cada vez que tocaban a su puerta el corazón se aceleraba y la sangre empezaba a fluir a borbotones y a calentarse.

Durante el tiempo de calma, don Emilio le dio vueltas a la situación tratando de entender por qué un tipo de las AUC le exigía que dejara el barrio si él no había tenido problemas de ningún tipo. Al principio

pensó que tenía que ver con la gente que llegaba a su negocio, dado que entraba todo el mundo y él tenía que atenderlo, fuera de la banda armada que fuera. Pero nunca había tenido un lío, se mantenía al margen de todo lo que allí acontecía, apenas se limitaba a atender el negocio.

Al final llegó a la conclusión de que aquello eran secuelas de lo que le había pasado en Urabá, no encontraba otra explicación. Muchos de los paramilitares que operaban en Medellín provenían de las estructuras paramilitares que sembraron el terror en Urabá y, además, don Emilio sabía que algunos de los que habían trabajado con él en la Unión Patriótica en Urabá se habían torcido hacia el otro lado y ahora andaban con los paramilitares. Así que alguno de ellos, amigo o enemigo, podía haberlo reconocido y mandado al tipo aquel para que lo echara. O el mismo tipo lo había reconocido de otro tiempo, cuando don Emilio era un dirigente político destacado en aquella región.

El caso es que, independiente de los motivos, estaba amenazado y tenía que dejar el barrio lo antes posible. Cada día era una tortura porque esperaba que llegaran a su casa a tumbar la puerta, como habían hecho en otras partes, para llevárselo. Esa angustia, muy parecida a la que vivió en Chigorodó varios años atrás, solo se disipó cuando salió en el carro de trasteo con su familia y sus corotos, aunque sabía que El Limonar, el barrio para donde por fin se

mudaban, estaba todavía peor que el que dejaban. Los exiguos ingresos de la pensión de su esposa no les permitían pensar en algo mejor.

4.

En Urabá el Ejército le hizo varios allanamientos en su vivienda cuando él ya era concejal. El más duro, sin embargo, fue el último. Llegaron en la madrugada, como a las dos de la mañana, y lo encontraron en una borrachera tremenda, así que fue a la mujer a quien le tocó enfrentar el incidente. Esculcaron toda la casa y dejaron todo regado por el piso.

— ¿Dónde tienen las armas?—, preguntaron los uniformados mientras levantaban los colchones.

—No ve pues que no hay—, contestó la señora. Pero ellos seguían insistiendo.

— ¡¿Dónde las escondieron?! Díganos de una vez porque si no cuando volvamos va a ser peor. Además, nosotros sabemos que aquí se mantiene la guerrilla y que ustedes les guardan las armas.

Ya nadie quiso contestar: don Emilio, porque estaba perdido de la borrachera y la señora, porque había comprendido que nada de lo que dijera les importaba a los militares. Los dejó hacer en la casa lo que quisieran hasta que se aburrieron y se fueron, pero regresaron a las diez de la mañana, con tanques cascabel y jaulas atestadas de soldados

como para realizar un gigantesco operativo contra la insurgencia.

Todos los soldados apuntaban inquietos hacia la casa como si de un momento a otro les fuera a salir un grupo guerrillero disparando.

—Ey, tirémosle una granada a la casa—, gritó uno de los soldados—, que ahí deben estar los guerrilleros.

La familia estaba encerrada y cuando escucharon los ruidos, don Emilio, esta vez en pleno juicio y en pantaloneta, cargó a su hija que apenas tenía dos años y estaba asustada, llorando.

Tocaron la puerta y cuando don Emilio abrió lo encañonaron.

—A ver, ¿dónde están los guerrilleros?—, inquirieron malhumorados.

— ¿Cuáles guerrilleros, hombre?—, preguntó a su vez con serenidad don Emilio—. Aquí no hay ningunos guerrilleros, entren y miren si quieren.

Y efectivamente entraron y esculcaron todo de nuevo, desbaratando el orden que la señora había recompuesto después de que esa madrugada ellos dejaran la casa al revés.

—Es que usted también es guerrillero—, dijeron al final, esgrimiendo como pruebas las fotografías del

Che Guevara que encontraron y algunas revistas que la UP le enviaba desde Bogotá, aunque él realmente no las podía leer porque no sabía leer.

Al momento llegó un mayor del Ejército. No tenía ninguna insignia de identificación pero todos lo llamaban “mi mayor”. Él se hizo cargo del resto del operativo y empezó a interrogar a don Emilio.

– ¿Sí que aquí se mantiene la guerrilla?

–Pues, hombre–, contestó él con tranquilidad–, yo no sé si esa será guerrilla. Lo que sí sé es que aquí viene la Policía a hacer retén al lado de mi estadero. Y cuando no es la Policía es el Ejército. Aparte de ellos yo no he visto a más nadie haciendo retenes.

Entonces, sin decirle nada, le amarraron las manos, le vendaron los ojos y lo subieron a una jaula en donde los transportaron hasta el Batallón Voltígeros, Batallón de Infantería No. 46 con sede en el municipio de Carepa, en el mismo Urabá.

Así, vendado y amarrado, lo tuvieron parado contra una pared de madera y con las manos levantadas, como colgado, durante cinco días. Atrás tenía un vigilante que le recordaba todo el tiempo que no podía sentarse ni bajar las manos. La única manera de cambiar de posición fue cuando, al tercer día de estar así, se atrevió a decirle al soldado que lo vigilaba que tenía necesidad de ir al baño. Entonces

el otro lo acompañó y cuando terminó lo regresó al mismo sitio y a la misma posición.

—Tengo sed—, se quejó don Emilio. Entonces el otro sacó agua de un tanque donde tenían remojando los trapos sucios con que lavaban los carros y se la pasó. El sabor y el olor de gasolina casi lo hacen vomitar la primera vez, pero como la sed era tanta terminó por beberla.

Fueron cinco días en una posición terrible, sin comer y sin que nadie se acercara a conversar con él, por lo menos a acusarlo de algo. Escuchó varias veces los gemidos de algunas personas en otra habitación cuando les daban patadas y golpes. Al parecer, alguien le había arrebatado un fusil a un soldado en el pueblo y el Ejército se regó por todas partes a buscarlo. Detuvieron a varios jóvenes y los golpearon. Mientras, don Emilio esperaba que en cualquier momento llegaran a hacer lo mismo con él, pero al final del quinto día lo soltaron sin decirle nada y lo llevaron a indagatoria. Contestó todo lo que le preguntaron y después lo dejaron partir para su casa.

Al otro día lo llamó por teléfono el mayor que lo había sacado de su casa:

—Hasta aquí le llegó la carrera política suya—, dijo.
—¿Sí?—, preguntó don Emilio sin mucha extrañeza—. Ah, bueno. Está bien, señor. Como usted diga.

Don Emilio no sabía bien qué significaba esta advertencia, pero necesitó poco tiempo para descifrarlo. A los tres días fueron a buscarlo a su casa tres hombres, quienes no disimularon sus armas ocultas debajo de sus ponchos. Don Emilio estaba por fuera, en una reunión de la UP y ya no pudo regresar más a su casa. Don Ruperto, un vecino que tenía un kiosco al frente de su negocio, le mandó a decir que no se apareciera por allá, pues lo estaban buscando.

Esa noche, y las noches de los siguientes dos o tres meses, don Emilio tuvo que pernoctar en casas de amigos o familiares hasta que a su señora le llegó la notificación del traslado que estaba solicitándole a la Caja Agraria desde el día del primer allanamiento, hacía ya más de seis meses. Sin posesionarse para su segundo periodo en el Concejo, don Emilio tuvo que irse y seguir a su señora a tierra fría y desconocida, al norte antioqueño, en el municipio de Toledo.

5.

Desde Toledo don Emilio debió viajar varias ocasiones a Medellín, donde se encontraba casi siempre en la Terminal de Transportes del Norte con muchos de los que entonces habían sido compañeros suyos de lucha en Urabá. Sin embargo, la mayoría de las veces en que vio a alguno de estos compañeros o compañeras no sintió alegría sino susto. Y es que todo el tiempo se enteraba de que algunos de los

más radicales habían terminado integrándose a los paramilitares; cuando advertía a alguien no sabía si saludarlo o salir corriendo. Con muchos se encontró de frente sin tiempo para esquivarlos, entonces se limitaba a un saludo rápido. A veces solo levantaba las cejas y continuaba su camino sin preguntarle al otro por su vida ni darle oportunidad a que indagara por la suya.

Con un excompañero de política, Óscar Calle Guzmán, los encuentros fueron repetitivos y era obvio que, en principio, los dos guardaban temores y cada uno hacía intentos porque el encuentro se disolviera rápido. Con el tiempo, dichos encuentros empezaron a hacérsele sospechosos a don Emilio y notó además que su antiguo colega, cada vez quería preguntar más cosas de su vida política después de que había salido de Urabá.

No tenían qué decirse. Al fin de cuentas don Emilio ya se había retirado de la política, dado que en los pueblos donde su señora trabajaba no conocía a nadie y en Medellín no podía confiar en ninguno de los viejos amigos con que se topaba. La insistencia, sin embargo, lo incomodó. Ya estaba a punto de romper aquella situación cuando su compañero se sinceró:

— ¿Entonces qué, hombre, Emilio?—, le preguntó—, ¿usted qué está haciendo?

—Pues hombre—, respondió él sin mucho entusiasmo porque esa conversación no lo animaba—, ahí bregando a levantar un negocito en San Andrés de Cuerquia.

Para ese entonces a su mujer la habían trasladado para ese pueblo, vecino de Toledo, y él allí intentaba hacer de nuevo lo que siempre había hecho para ganarse la vida: administrar un billar, una cafetería y una papelería.

– ¿Pero ya no le está bregando a la política?

– ¿Con quién, pues, si es que por allá no conozco a nadie y eso está lleno de paramilitares? A uno le da miedo abordar al vecino con cosas de política, porque nunca sabe uno con quién se está metiendo.

–Eso es verdad, hombre–, reconoció el otro.

El hombre empezó a contarle también sus peripecias. Él había sido alcalde de Mutatá y le tocó salir volado sin terminar el periodo porque lo iban a matar. Estaba viviendo hacía algunos años por los lados de El Picacho (barrio en la zona noroccidental de Medellín) y aunque también le daba miedo cuando se encontraba a algún antiguo compañero, ya había podido hablar seriamente con algunos: estaban formando un grupo para reivindicar los derechos de las víctimas, especialmente de los que estaban en situación de desplazamiento como ellos. Le mencionó algunos nombres que Emilio conocía bien y estimaba, y lo invitó a la próxima reunión a la que iba a llegar Jael Quiroga, una líder muy reconocida de la UP en todo Antioquia.

Don Emilio aceptó en principio por curiosidad pero esa primera reunión, que se desarrolló en un local

aledaño al Parque del Periodista (centro de Medellín), fue suficiente para que decidiera quedarse. Volver a encontrar gente con quién conversar acerca de sus problemas y tejer esperanzas lo revitalizó, ya que para entonces empezaba a sentirse pesado de espíritu.

Una de las cosas a las que primero se animó fue a poner la denuncia en la Procuraduría de su desplazamiento por las amenazas de oficiales del Ejército. Pero no le fue muy bien. El tipo que lo atendió no disimuló para nada su negligencia, se negó a tramitar la denuncia con el argumento de que el caso ya era muy viejo.

– ¿Cómo así que es muy viejo? ¿Es que acaso deja de ser una violación a mis derechos porque haya pasado hace mucho tiempo?

El funcionario no respondió la pregunta, simplemente insistió en que el caso ya había caducado.

– ¿Y este otro desplazamiento que sufrí en el barrio París el año pasado? ¿También está muy viejo?

Tampoco quería recibirle esa denuncia. Don Emilio aseguraba que lo habían hecho ir los paramilitares y el funcionario de la Procuraduría alegaba que en ese barrio no había paramilitares.

– ¿Cómo? ¿Que no hay paramilitares?–, preguntó don Emilio entre indignado y sorprendido–. ¿O sea

que yo le estoy inventando chismes aquí? Ni más faltaba, yo lo que no sé es usted de dónde saca que los paramilitares se acabaron cuando uno los ve operando por todas partes.

—Sí señor, es un hecho ya bien confirmado—, insistió el funcionario.

—Vea hombre—, dijo don Emilio ahora sí en tono desafiante—. Yo voy a ser bien verraco: nada más dígame cuántos paramilitares le traigo aquí para comprobarle que no se han acabado. Yo se los traigo.

Ante tamaño reto, el funcionario no tuvo más remedio que recibirle la denuncia, pero lo hizo de cualquier manera. Como don Emilio no sabía leer bien, simplemente recibió el documento y, sin revisarlo, se lo llevó para la casa y se lo mostró a su señora. Ella sí lo leyó con detenimiento y lo primero que notó fue que el tipo había cambiado el número de la cédula de don Emilio. Además, al final de la hoja decía que continuaba por detrás y atrás no había escrito nada. La primera hoja estaba llena con todos los detalles preliminares, pero el desarrollo concreto de la denuncia no estaba allí.

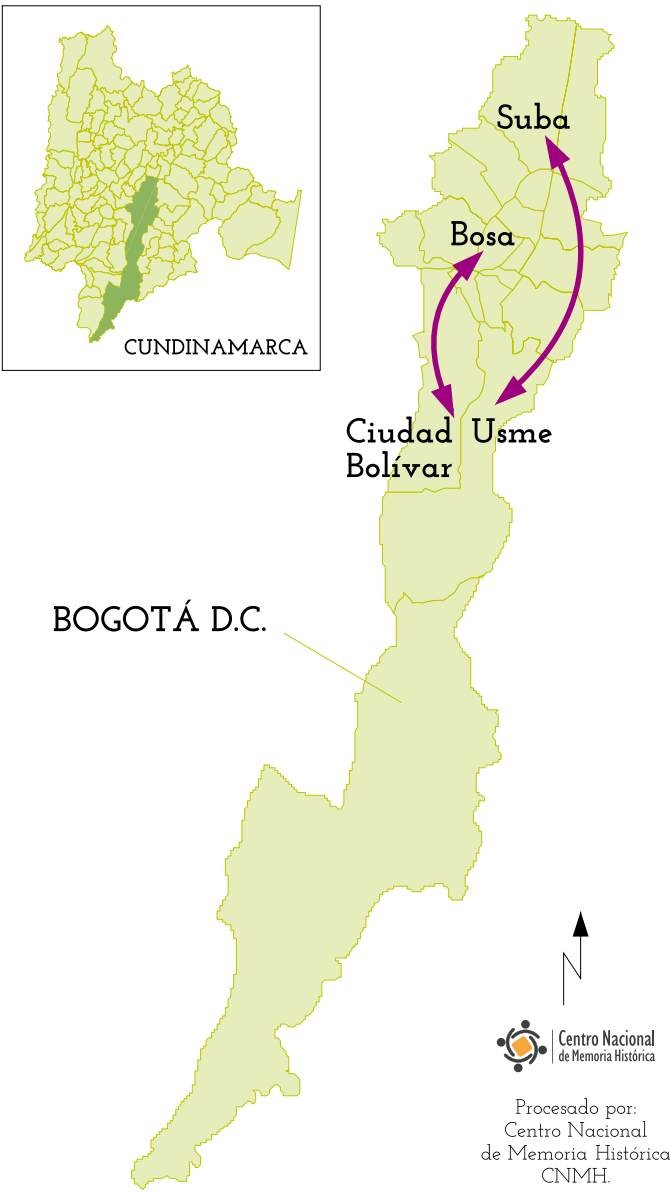
Entonces al otro día don Emilio regresó donde el funcionario y con un tono decidido lo amenazó con denunciarlo a él si no le tramitaba bien su denuncia. Para nada, igual: aunque esa vez sí se realizó completa, de eso ya casi 15 años y don Emilio no ha recibido respuesta del Estado.

Ahora Reiniciar continúa tramitando su caso, junto con el de miles de procesos parecidos, para lograr algo de justicia. Aunque los recursos monetarios de don Emilio no son holgados, ya que luego de su desplazamiento del barrio París sintió más menguadas sus fuerzas para embarcarse en otro negocio y ahora su familia sobrevive con la pírrica pensión de su esposa, la reparación económica que reconoce el Estado no es lo que más le desvela. Más allá de la posibilidad de reparación material por la injusticia cometida con él, lo que sí lo inquietaba lo encontró en Reiniciar: la acción política y de denuncia, en esta oportunidad a través del teatro.

A sus más de 70 años, don Emilio les muestra a todos con los que se encuentra las fotos donde aparecen él y sus compañeros en el escenario, con el mismo orgullo con que narra sus acciones políticas en Urabá cuando dirigía invasiones colectivas y construía casas y escuelas para la gente, o cuando debatía desde el Concejo con el alcalde por las obras y los recursos que necesitaban las comunidades pobres de su municipio.

El arte no fue su sueño de campesino, pero ahora es la posibilidad que descubrió de conservar en la memoria colectiva eso que una vez fue soñado.

Mapa 3. Territorios y trayectorias en “¿Y yo a quién perdono si su caso aún está impune?”



Fuente: CNMH.

1.2. “¿Y yo a quién perdono si su caso aún está impune?”

Investigación y redacción: María Tila Uribe

Contexto

Celina Mendoza de Umaña, “Chely”, es la madre de Eduardo Umaña Mendoza, brillante abogado como su padre, a quien la gente solía referirse como “el maestro” Eduardo Umaña Luna. Nacido en Bogotá en 1946, Eduardo Umaña Mendoza fue asesinado en abril de 1998, por el tiempo en que investigaba sobre los desaparecidos del Palacio de Justicia, defendía a integrantes de la Unión Sindical Obrera y denunciaba el uso de testigos falsos en la justicia sin rostro. Conforme a sus convicciones, denunció atropellos del Estado y asumió la defensa jurídica de sindicalistas, marginados y víctimas de violaciones de los derechos humanos. Era considerado de los mejores penalistas de Colombia. Una de sus últimas luchas fue tratar de que se reabriera el caso por el asesinato del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, un líder político popular del Partido Liberal. Según sus amigos, Umaña pensaba que ningún crimen debía quedar impune.

El 18 de abril de 1998 dos hombres y una mujer, haciéndose pasar por periodistas, entraron en la

oficina de Eduardo Umaña en el barrio Nicolás de Federmán, occidente de Bogotá. Luego de inmovilizar a su secretaria, los victimarios trataron de secuestrarlo; ante su resistencia lo asesinaron. Su madre, Celina Mendoza, “Chely”, se encontraba en el segundo piso del edificio.

En abril de 2013, al conmemorarse los 15 años de su muerte, su hijo Camilo Umaña Hernández (quien para el momento del asesinato contaba apenas 12 años de edad) escribió: *“Querían llevarlo, me explicaron. Él los retó, vertical, fuerte y valiente. Sus huellas se afirmaron en el suelo. ‘Si vienen por mí, resistiré, no me doblegaré’, había dicho meses antes. Dispararon, hurtaron lo que pudieron y salieron. Afuera, un taxi los esperaba. El golpe de las puertas estrelladas en el marco del vehículo abrió paso a un silencio, y nuevos pasos entrarían por ese mismo piso que me tragaba como un banco de arena movediza. Amigos y curiosos hicieron su arribo”* (El Espectador, 2013).

Al comienzo de la investigación por la muerte del hijo de “Chely” se habló del papel de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo Técnico de Investigación (CTI) de la Fiscalía. Sin embargo, a raíz de un “testimonio espontáneo”, la investigación se reorientó hacia otros cinco acusados que al final fueron absueltos. En una audiencia de versión libre, en abril 2009, el exjefe paramilitar Salvatore Mancuso reconoció que el asesinato de Eduardo Umaña Mendoza había sido planeado por algunos jefes de las AUC, entre ellos Carlos Castaño.

A finales de 2015, el exjefe paramilitar Diego Fernando Murillo Bejarano, alias Don Berna, condenado por la justicia estadounidense a 31 años de prisión por narcotráfico, señaló ante la Fiscalía a agentes del Estado colombiano en los crímenes del humorista Jaime Garzón, de los abogados Eduardo Umaña y Jesús María Valle y de los investigadores y esposos Mario Calderón y Elsa Alvarado. Cada uno de esos crímenes, aseguró Don Berna, se ejecutó por orden de Carlos Castaño (El Espectador, 2015).

El expediente por este asesinato permanece abierto en la Dirección de Derechos Humanos, sin que se haya llegado a algún resultado revelador y significativo.

"Ya hace varios años que mi esposo murió, y hace 18 que mataron a mi hijo. Yo no acostumbro hablar de esta última situación, no me gusta aparecer en la televisión ni estar en público, pero como se trata de mi propia vivencia tendría que empezar por decir que como cualquier mujer de mi generación, cuando me casé estaba estudiando en el colegio, tenía 17 años y fuimos a casarnos a la iglesia de Teusaquillo a las cinco de la mañana. No tuve el beneplácito de mi madre que para ese momento era una viuda joven, mujer de muchas inquietudes intelectuales que tenía muchas amigas profesoras. Eso fue en 1946".

Con una sonrisa que mantendrá a lo largo de nuestro encuentro, “Chely” –como le dicen cariñosamente–, nos recibe y con su paso cuidadoso nos ofrece bebidas y galletas. Su carácter es dulce y sobrio y tiene la calidez de una vieja amiga. De sus cotidianidades nos cuenta lo que ha pasado en los últimos días: su cuñada falleció y siente el vacío de una compañera con quien compartía la vejez. Salían juntas y eran vecinas.

Ella es una señora menudita, con el tono de voz de mujer joven que comparte su casa de puertas abiertas, sus memorias y sus objetos con generosidad. Habla amenamente y tiene comentarios repentinos graciosos. Por ejemplo, cuando le pedimos una fotografía para acompañar sus vivencias, se anticipó: “¡No! ¡Quedaría igual a la viejita de Goya!”. Se refiere a una de las pinturas de Francisco de Goya de 1823. Son alusiones corrientes en su conversación, porque “Chely”, ha sido mujer de aficiones literarias y musicales de las que habla con la mayor naturalidad.

Cuenta que suplió el estudio que no pudo continuar por su matrimonio temprano con cursos y lecturas que hizo siendo ya una persona mayor. “No pude seguir una carrera porque quedé embarazada muy pronto de José Eduardo. En aquella época todo el tiempo se le dedicaba a los partos, la crianza, el esposo... pero más tarde en mi vida encontré a dos profesoras maravillosas y con ellas estudié historia del arte y

de la música. En cuanto a la lectura me encantan las biografías, especialmente de los grandes músicos, porque me permiten entender mejor su música. Por ejemplo, si se conoce la vida de Chaikovski se va a entender mejor su Sexta Sinfonía, que es tan sentida”.

En su familia, marcada por hombres insignia, ella, la esposa y madre, ha permanecido a un costado de las cámaras y los reflectores. “Entre mi familia y la familia de Eduardo –continúa– existía algún parentesco, por eso nos conocíamos desde la infancia, y para mí resultaba maravilloso que fuera un joven al que la gente quisiera tanto; pero estudiante al fin. No tenía, digamos, un porvenir tan promisorio como se esperaba en ese tiempo. Me atrajo que fuera un joven tan inteligente, estudioso y tan político. Entonces nos casamos. Luego vinieron los tres hijos: José Eduardo, la niña [Luz Ángela] y mi otro hijo [Germán]”.

En un nuevo balance corrige el número de hijos que tuvo: “Fueron cuatro, uno murió chiquitico”. Todos se casaron jóvenes y está orgullosa de ellos: “Me profesan mucho cariño y me dan valentía para enfrentar la desgracia de la muerte de José Eduardo”. También menciona con alegría a sus nietos y nietas: “Tengo seis nietos que viven pendientes de mí y cinco biznietos, y mi soledad la lleno con la música”.

Entre sus recuerdos está con claridad el 2 de febrero de 1946: “El día en que Eduardo [su esposo] entró al Externado”. Tal vez porque a lo largo de su carrera

ella le ayudó a estudiar y cuando él se graduó sintió que ella misma lo hacía. Como él debía trabajar y estudiar al mismo tiempo, ella se convirtió en su mano derecha: le ayudaba con las lecturas, se encargaba de la casa, de los niños, y vendía mercancías que algunas amigas le enviaban desde París para *"completar lo del diario, porque lo que él ganaba no alcanzaba"*.

Mientras estudiaba, el maestro Umaña fue locutor de la Radio Nacional de Colombia y luego secretario de la Biblioteca Nacional. *"Procuré ayudarlo en todos los aspectos"*, dice con confianza. A su vez, su esposo la involucraba en esa vida nocturna y social tan activa que sostuvo en todos los escenarios. "Chely" también lo acompañaba al salón de clases. Se quedaba atrás, oculta, para no molestarlo.

Su relato no es el de una mujer sumisa. Es más bien el de una cómplice que conocía íntimamente a su compañero, un hombre al que admiraba pero también al que sabía tratar con mucha inteligencia. Cuenta que él tenía un temperamento fuerte, a veces malgeniado, pero de quien ella *"sabía sacar lo mejor"*.

Evoca los últimos años de Eduardo y cómo él dependía de ella casi para todo. *"Completamos 62 años de casados"*, dice, y muestra un libro que condensa ese amor madurado a lo largo del tiempo, con la cotidianidad, las tragedias y los triunfos vividos:

su propia vida. Es una selección de poemas que su esposo le escribió y le dedicó el día que cumplieron 50 años de matrimonio. Más adelante nos leerá uno de sus favoritos, un acróstico.

“Mi hijo era muy amigo mío”

“¿Quién fue mi José Eduardo? Fue mi primer hijo, un niño que creció sano e inteligente. Era tan alto y yo tan pequeña, entonces con frecuencia me alzaba para pasarme de un lado al otro. Cariñoso y político, hablaba de política desde que era un niño, quizá porque le oía al papá, y usaba palabras que escuchaba de las personas mayores. Desde niño, igual que el papá, la gente lo quiso mucho”.

Palabras como adversidad, infortunio y fatalidad surgen en la reconstrucción que hace la madre de lo que pasó ese horrible 18 de abril de 1998 en Bogotá: la llamada que recibió de José Eduardo invitándola a participar de una entrevista que le iban a hacer enseguida, invitación que ella resistió porque debía preparar el almuerzo para su padre.

Sin muchos detalles pero con un gesto de profunda nostalgia, dice que en medio de todo prefirió “eso” a que lo hubieran secuestrado para desaparecerlo. Considera que si ella hubiera bajado a presenciar “la entrevista” ese día (los separaba apenas la escalera del segundo al primer piso) todo habría sido peor: “Se

lo habrían llevado y eso habría sido insoportable". Lo cuenta así: "Fue y sigue siendo terrible. Él tenía su oficina en el primer piso; nosotros vivíamos en el segundo. Entraron... No me repongo, la muerte de un hijo es terrible. Pero hay que seguir viviendo. Momentos antes me llamó y me dijo: "Baje, mamá, que viene una periodista". Eran dos hombres y una mujer, y más o menos las once de la mañana. Y sí, entraron, le dispararon, decían vulgaridades. Todo fue demasiado rápido.

Justo en esos momentos llegaba la esposa de José Eduardo con su hijito que tenía 12 años, pero ella, quizá por instinto, dejó al niño en la puerta y le dijo: 'Espérame aquí, voy a entrar'. Así evitó esa imagen terrible para el niño. Ella, en cambio, vivió y vio el último momento de la vida de José Eduardo.

¿Venían a matarlo o a secuestrarlo? No lo sé, pero pienso que si yo hubiera bajado él se habría dejado secuestrar pensando en mi vida".

Su muerte "es una herida que todavía duele y la falta de justicia impide que sane –nos dice esta madre afligida–, aunque no es algo que se esté ventilando todo el tiempo, pero es un dolor que nunca va a pasar. Ya no tengo esperanzas de que se sepa sobre el autor intelectual. Pero está claro que fue porque él decía mucho la verdad, más que todo fue por eso".

Cuando nos habla del perdón y la reparación, “Chely” es clara al afirmar que no se perdona a quien no se conoce, para resaltar la impunidad que ha reinado desde el asesinato de su hijo. Menciona todos los homenajes que a él se le han hecho, como la conmemoración anual en la plazoleta que hoy lleva su nombre, situada en la calle 20 con carrera séptima de Bogotá. Igualmente nos habla del colegio al que también le pusieron su nombre: *“Es la solidaridad de la gente”*, reitera.

“Los asesinos fueron los paramilitares porque, ante todo en la vida, José Eduardo decía la verdad, investigaba el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, era –enfatisa– amante de la justicia. Después fui mucho a la Fiscalía con el doctor Alfonso Gómez Méndez [para entonces fiscal general], para que hiciera justicia... Lleva cuántos años [el crimen] y aún no se ha hecho nada... Bueno, ahora esperamos que por fin se vea algo de justicia”.

Y continúa: *“Creo que no pueden tener paz. Nunca haría justicia por mi propia mano, que tengan el castigo de la ley. ¿Yo a quién perdono si su caso está impune? Pero pienso a cada momento: era joven, alegre, lleno de ilusiones. José Eduardo Tenía 50 años, yo 67 y sí, espero un poquito de justicia en su caso, que no quede impune”.*

La conversación tomó finalmente otros giros y la escuchamos hablar de la vejez, de la situación de

Colombia, de las personas mayores y de sus lecturas. Refiriéndose a la edad dice que está de acuerdo con la eutanasia y sonriendo recuerda a un doctor Quintana que *"les daba la 'pastillita' a los viejos"*. *"A mí me gustaría... cuando sea el momento"*, afirma.

Sobre cómo ve el país y lo que está pasando responde: *"Sin duda, la paz sin justicia social no es viable. Hay la necesidad de generar empleo, de que haya comida y estudio disponibles para los niños"*. Y concluye: *"Los guerrilleros son tan humanos como uno, debemos comprender que todos somos humanos para poder pensar en el fin del conflicto"*.

Como mensaje para las personas mayores dice que se debe *"buscar una vida digna, un poquito mejor, con alguna actividad, tener presentes la música, la naturaleza, los conciertos. Cada cual que busque la manera de vivir en paz, comenzando por los hogares; que busquen la manera de vivir en armonía"*. "Chely" es un ejemplo vivo de sus palabras: una mujer que disfruta de unas flores puestas en su mesa, que sonríe sinceramente y que contagia tranquilidad con su sonrisa.

Al volver sobre el paso de los años recuerda cuando era más activa y asistía a cursos y seminarios sobre su pasión, la música. Cada vez sale menos porque teme caerse. *"La vejez es terrible, quien diga lo contrario es un mentiroso"*, dice sin amargura, dejando asomar la sabiduría que la experiencia le

ha dado. Menciona a Simone de Beauvoir y cómo ella le explicó mejor lo que es la vejez. *“El doctor –dice, refiriéndose al sicólogo– me ha ayudado mucho: yo leo, recibo clases de música, aunque he bajado porque mi ojo derecho está algo delicado”.*

Referencias

El Espectador, (2013, abril), “Gracias por no doblegarte, papá”, disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/gracias-no-doblegarte-papa-articulo-415924>

El Espectador, (2015, septiembre), “Las confesiones de Don Berna”, disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/confesiones-de-don-berna-articulo-584537>

Mapa 4. Territorios y trayectorias en “Mi edad dorada la estrené con el dolor de la violencia”



Fuente: CNMH.

Procesado por:
Centro Nacional
de Memoria Histórica
CNMH.

1.3. “Mi edad dorada la estrené con el dolor de la violencia”

Investigación y redacción: Gladys Orozco

Contexto

Las dos historias que siguen, tituladas “*Mi edad dorada la estrené con el dolor de la violencia*” y “*Parece mentira que a esta edad le toque a una vivir y contar esto*”, dejan ver el impacto del desplazamiento forzado intraurbano (DFI), una manifestación de la continuidad del conflicto armado interno en las ciudades. La Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento calcula que entre 1996 y 2012 fueron víctimas del DFI 20.481 personas (CODHES, 2014).

Estas historias coinciden en tres momentos. El primero, el conflicto reciente por el surgimiento y consolidación de las conocidas bandas emergentes o bandas criminales emergentes (bacrim) en diversos lugares del territorio colombiano, para el caso concreto en Medellín. Los municipios del Nordeste antioqueño también han sentido la presencia de estos grupos paramilitares: para 2012, año en que fue asesinado el nieto de Magdalena, en los municipios de Segovia y Remedios se presentaba

un claro dominio de Los Rastrojos, grupo que luego entró en disputa territorial con el llamado Clan Úsuga (también conocido como Los Urabeños o las Autodefensas Gaitanistas de Colombia), lo cual agudizó mucho más el conflicto en la zona.

La segunda coincidencia se da a inicios del presente siglo. *"Para el periodo 2000 - 2005, la implantación de las guerrillas y las autodefensas en los barrios de la ciudad y la consiguiente disputa por la hegemonía armada entre ellos, condujo a que, en el 2002, la región de Medellín aportara el 81 por ciento de los homicidios, el 93 por ciento de las masacres y el 70 por ciento de los secuestros del departamento de Antioquia"* (Giraldo, 2008).

Ya en ese momento se identificaba una presencia paramilitar en las periferias de Medellín que combatía las milicias urbanas del ELN y las Farc, y posteriormente los paramilitares cooptarían grupos de jóvenes delincuentes y, además, entrarían en disputa entre ellos: el Bloque Metro, que surgió de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, y el Bloque Cacique Nutibara, de las Autodefensas Unidas de Colombia.

Magdalena es mi nombre y mi edad dorada la estrené con el dolor de la violencia, que otra vez tocó a las puertas de nuestra casa. Iba a cumplir 60

años cuando pasó lo de Miguelito. Hoy tengo 73, pero si me pongo a pensar en todo lo que he sufrido me parece que fue ayer. Hay cosas que nunca se pueden olvidar. A nosotros nos ha tocado ver y vivir una violencia horrible.

Lo último que me pasó fue el asesinato de mi nieto Nicolás, hace tres años. Esa muerte sí que ha sido dura porque él era un hijo más, lo críe desde que tenía dos meses de nacido. Ahora tendría 34 años, recuerdo que le celebré sus 30 en mayo de 2012 y en junio fue que lo mataron. Él llevaba seis meses en Segovia trabajando en un restaurante. Cuando vino a Medellín para el cumpleaños le preparé su comida favorita: hígado encebollado con ensalada de remolacha. Lo que más me gustó fue que estuvo muy contento.

Me contó que tenía muchas ganas de hacerse a una panadería que estaban vendiendo allá en Segovia, quería que saliéramos adelante. A él no le gustaba que yo estuviera sin plata, me decía que lo que consiguiera era para mí. Fue muy buen muchacho, ni siquiera había que regañarlo. A pesar de las dificultades siempre estaba feliz, uno nunca lo veía bravo y vivía pendiente de mí.

Era jueves el último día que hablé con él por teléfono. Me prometió que iba a sacar un descanso para venir a estar con nosotros y que pasáramos bien rico. Pero el martes le había ocurrido algo en el trabajo y se

dañaron todos esos planes. Resulta que un muchacho, hijo de un *Rastrojo*, de esa banda que había por allá [Los Rastrojos], quebró el aviso del restaurante. Nicolás llamó al dueño y este le dijo que buscara a la Policía para que retuvieran la moto del que hizo el daño, pero al rato el mismo señor dijo que mejor lo dejaran ir para evitar problemas con esa gente. Para qué. Ya el problema estaba caminando.

A los tres días el papá del muchacho fue y pagó la plata del aviso, le dio una palmadita a Nicolás en la espalda y le dijo: *“Todo bien, Nicolás”*. Volvió el sábado a las 5:30 de la tarde y le disparó por detrás a mi muchacho, que estaba sentado en un muro mirando hacia adentro del restaurante.

Mi nieto era tan bueno que todos en el pueblo lo querían. Me contaron que le hicieron una despedida que no le habían hecho ni a un alcalde. Además del dolor que sentí me dio mucha tristeza porque a los 15 días también mataron al que mató a Nicolás, dizque por haberle hecho eso a él, que no tenía problemas con nadie y era muy servicial con todos. No me alegro porque la mamá de ese señor también está sintiendo lo mismo que yo. Nunca estoy de acuerdo con que maten a una persona.

¿Cómo voy a estar de acuerdo si esta violencia lo único que ha hecho es acabar con tantos inocentes? Nosotros, por ejemplo, hemos vivido siempre con miedo. Desde que empezó la milicia [grupos ilegales

armados urbanos], y todos esos grupos que se dicen paramilitares, que en últimas en el barrio eran lo mismo, ha sido una situación muy difícil. Yo llevo más de veinte años cargando el peso de la violencia. Uno nunca se acostumbra, al contrario, cada vez es todo más duro.

“Fuimos testigos de cosas horribles”

Yo fui desplazada de mi casita en el año 93. Los de esos grupos llegaban y arrasaban con todo y a uno le tocaba salir corriendo con lo que tuviera en las manos no más. La vez que nos amenazaron era como la 1:30 de la madrugada, apenas se escuchaba el llanto de muchos vecinos y hubo varios muertos. Nos dieron seis horas para desocupar; apenas clareó el día buscamos para dónde irnos. Después mi esposo habló con el jefe de la banda y él le dijo que podíamos volver, que hablara con fulano y le contara que él había dado permiso.

Volvimos porque esa era nuestra casa, pero allá fuimos testigos de cosas horribles ¡En el barrio asesinaron a tantos muchachos! Hasta dos masacres me tocó ver, ahí en los andenes de las casas. En la primera cayeron unos amigos de mi hijo Oliver, estaban visitando a otro que acababa de llegar del hospital herido también por la violencia. Fue una masacre de siete, todos sanos, todos. Mi muchacho se salvó ese día porque les había dicho que él iba

más tarde. Otra vez los que cayeron fueron unos pelaos, muy jovencitos, porque uno de ellos fumaba marihuana. Estaban sentados en la acera, llegó uno con un revólver y los mató a todos.

Y tantas otras cosas... Una vez mataron a un niño de 12 años dizque por equivocación. Conocí el caso de una señora que murió por balas perdidas: tenía cinco hijos, dos pequeñitos entre 3 y 5 años que ni sabían hablar bien todavía. En el velorio decían que la mamá estaba durmiendo.

Ahí en el barrio fue que perdí a mis dos hijos, en momentos distintos pero igual de dolorosos. Después de eso me quedé sin casa, rodando. Ahora vivo cerca aunque con mucho miedo; estoy en el apartamento de una hija porque es la mejor opción que tengo. Vivo en el tercer piso pero duermo en el segundo con otra hija y su familia para sentir compañía, a mí el miedo me mantiene azotada.

A pesar de todo ahora salgo un poquito más tranquila, aunque a veces me da la impresión de que hay personas que se quedan mirándome entonces evito pasar por ciertos lugares. Es que esa gente es muy miedosa, y cuando tiene problemas con una persona quiere acabar es con toda la familia. Esa gente más fácil se da cuenta de la vida de uno que uno de las mismas cosas que pasan. El miedo siempre está ahí. Lo que le pido a Dios es que perdone a los que nos han hecho tanto mal.

“¡Él tenía mucho talento para el fútbol!”

El primer hijo que perdí fue Oliver. Tenía 16 años y era muy estudioso, muy buen hijo, pero un jefe de esos combos, que creo que ahora está en la cárcel quién sabe por qué, decía que tenía que matarlo porque era un picado [engreído] que nunca quiso unirse a ellos. Es que a Oliver no le gustó estar en eso, incluso le dejó de hablar a varios amigos que sí se metieron a la milicia.

Era martes 12 de abril de 1994 cuando desapareció. Lo último que supimos es que jugó fútbol hasta las 9 de la noche y estaba parado en la esquina de nuestra calle cuando el papá llegó de trabajar, “lo vi ahí solo”, me dijo. Preparé la comida y me quedé esperando a que mi muchacho entrara, él que estaba tan feliz porque lo iban a mandar a jugar a otra parte. ¡Él tenía mucho talento para el fútbol!

Como a las 11 me venció el sueño. Aún dormida recuerdo que pensaba mucho en él, esperaba que apareciera, pero nunca llegó. Por la mañana vi un bulto en la cama y me arrimé a llamarlo, el que contestó fue un amigo que se había quedado a dormir y en el rincón estaba mi nieto. Corrí a la casa de mi hija Gloria, pero nada, Oliver tampoco se quedó con ella. Ahí sí me preocupé, es que él no se quedaba en la calle. Toqué en la casa del frente donde vivían dos de sus amigos que eran hermanos, pero nada, no había nadie.

Al jueves comenzó una de las búsquedas más angustiantes que me han tocado en mis 73 años de vida. Salí desde las 5 de la tarde para la inspección [de Policía] y de allá me mandaron al anfiteatro, pero no quise ir. Fui a los hospitales, a las estaciones de Policía, al F2, al DAS, lo busqué por todas partes. Pasaba por las calles mirando a los grupitos de gente, a los muchachos que veía por ahí, con la esperanza de identificar en una de esas caras la de mi hijo. No lo encontré.

Cuando cayó la tarde llamé otra vez a mi casa y lo que escuché en el teléfono fue la voz de mi hermana que decía: *“¡Mija, véngase que en el anfiteatro hay 16 muchachos!”*. Yo no quería creer que ese fuera el final de mi niño, no me sentía capaz de ir a ver. Ellos sí fueron y cuando llegué a la casa me contaron que había un joven muy parecido, pero no era Oliver. No sé si eso me dio un respiro o me llenó de más angustia. Ya no sabía qué hacer.

Pensaba que no había dónde más buscar, hasta fui a visitar a una bruja. Ella me dijo que tranquila, que mi hijo estaba bien, pero mentiras, apenas salí de allá sentí la voz de Dios, puedo jurar que la escuché; todavía me estremezco cuando lo recuerdo. A mí me dio un escalofrío tremendo, se me paró el pelo y casi me voy al suelo del susto que sentí. Me dijo Dios: *“Deja de creer en eso que tu hijo está muerto”*. Así me dijo. Yo estaba sola y me quedé ahí en la calle sin saber qué hacer. Lloré.

Cuando volví a la casa estaban escuchando la radio y oímos la noticia de tres NN [muertos no identificados] en Copacabana: uno de 16, uno de 20 y uno de 22 años. Ahí mismo salimos para allá, de todos modos me tocó ir al anfiteatro. Lo primero que encontré fue a mi hijo. Los otros dos eran los hermanos del frente de mi casa. Dicen que mi muchacho estuvo tres días tirado cerca al túnel de Guarne donde lo mataron, en una entrada que hay hacia una manga [un potrero]. Cuando lo encontré tenía un tiro en la frente, estaba sin zapatos, así dormidito, no parecía muerto...

Hace ocho años también sufrimos el asesinato de un nieto porque no se quiso meter a un grupo armado. El hombre que le hizo eso está en la cárcel. En ese momento le dijo: *"Váyase con nosotros, a su mamá le damos casa, un negocio, pero venga que usted es muy apto porque es un muchacho muy serio"*. Él les dijo que no y al poco tiempo lo mataron.

"Se despidió voleando la mano"

Lo de Miguelito también fue horrible, hace 14 años, cuando empecé mi edad dorada. A él todos lo querían mucho y tenía bastantes amigos. Algunos todavía van a visitarme y me quieren. Lo de él fue en una época en que otro grupo estaba extorsionando a Adriana, una de mis hijas; ella se tuvo que ir del barrio y yo me fui unos días para ayudarla a acomodarse en la nueva casa y acompañarla.

Estando allá recibimos una mala noticia. Un lunes me llamó Vilma, otra hija, para decirme que Miguelito estaba muy aporreado y que no sabía qué le había pasado. Yo salí de una para la casa y cuando llegué encontré a mi muchacho como un monstruo, lo tuvimos que llevar al médico. El domingo anterior habíamos estado todos juntos y lo acompañamos hasta la esquina porque él iba a jugar. Le dije que no aguantara hambre y que no se pusiera a tomar; me contestó que estuviera tranquila y se fue para donde los amigos.

El equipo de mi hijo ganó el partido y le ofrecieron trago para celebrar, pero él no quería tomar. Al final como que recibió unas cervezas. Lo que me contó es que cuando se iba a ir para la casa entró a la pollería [venta de pollo asado] y allá llegó un fulano que le pegó por detrás. Él volteó y le reclamó, pero ahí mismo aparecieron como treinta y le pegaron una aporreada impresionante, eso era lo que se acostumbraba allá: uno solo no golpeaba a una persona sino entre muchos. Como que estaban bravos porque habían perdido el partido.

El martes hablamos con el jefe del barrio para preguntarle si Miguelito tenía que irse y dijo que no, le puso la mano en la espalda a mi muchacho diciendo: *"Lo único que te digo es que cuando te tomés tus cervezas te las tomás calmado"*. Miguelito le contestó que él estaba quieto. Él lo abrazó, le dio una palmadita y le dijo: *"Por qué te vas a*

ir, tranquilo, todo bien". En cambio nosotros sí pensábamos que era mejor que se fuera, a la persona que tiene problemas con esa gente la aporrean y ahí mismo la matan, eso pasaba siempre. Le insistimos que se fuera para el Valle del Cauca a donde otra hermana, pero no quiso "*porque no le debía nada a nadie*", dijo. En verdad a él lo querían ancianos, señoras, niños, todos.

A los días de haber tenido ese problema era 12 de mayo y faltaba una semana para que Miguelito cumpliera los 21 años. Sentí una tristeza tremenda cuando él salió, volteó la esquina y se despidió voleando la mano. Yo no sé por qué se me apachurró el corazón. Me había pedido la bendición cuando se fue sonriéndose, todo contento, con un bulto de ropa para llevarle a una señora. Le pregunté que si no le daba pena salir con eso y me contestó que no, que ni de riesgos fuera a pagarle a otro para que me ayudara estando él en la casa. Salió con un amigo que lo iba a acompañar; le encargué que me comprara un coco.

Ese sábado estábamos en preparativos para celebrar el día de la madre y en el barrio se sentía el alboroto de los *pelaos* con sus partidos de fútbol. La tienda ahí cerca de la cancha deportiva, que quedaba a tres cuadras de la casa, estaba repleta de gente. Allá llegaron todos los que jugaban y también a los que les gustaba solamente ir a mirar. Mi hijo jugó fútbol desde que era pequeño, pero ese día yo no

lo vi con pantaloneta ni nada. Fue a la casa de la hermana, cargó a los dos sobrinos y les llevó unos carritos, almorzó y se volvió a ir.

Parece que entregaron la ropa con el amigo y se devolvieron por el callejón, donde se encontraron al hermano del muchacho que le había pegado hacía ocho días. Le dijo: *"Qué hubo, Miguel, ¿que vos tuviste problema con mi hermano?"*. Él le contestó que sí, pero que eso ya había pasado. Entonces siguieron para la cancha a ver el partido. Ahí se les iba el tiempo hasta por la noche, pero eran más o menos las 3 de la tarde cuando me llamó y me dijo: *"Mamá, voy a buscarle el coco en otra parte porque aquí no hay, más tarde voy"*, y otra vez me pidió la bendición.

A los cinco minutos... no, a los dos minutos sonó otra vez el teléfono. Alguien me dijo: *"¡Mataron a Miguelito!"*. Quedé como pasmada. Salí corriendo para la policlínica, allá el portero me dijo que había un muchacho muerto pero desde por la mañana. Me dio un dolor de cabeza tremendo, compré una pastilla y le pedí al de la farmacia que no me fuera a dar calmantes. Llamé a la casa y contestó mi nieta. Le pregunté: *"¿Y Miguelito?"*. Ella me respondió: *"No, mamita, el tío está muerto en la cancha"*.

Había más de 150 personas cuando pasó todo y, según cuentan, fue en cuestión de segundos. Eso fue horrible porque a él lo querían mucho: el uno gritaba,

el otro lloraba... Cuando volví encontré un tumulto, la gente no cabía. Busqué a mi hijo y ya me lo habían tapado con una sábana; la hermana lo levantó y se lo llevó a la policlínica pero ya mi muchacho estaba muerto. Me dijeron que ese hombre, el que se habían encontrado en el callejón, apareció por una esquina, se acercó y le dijo a Miguelito que se fueran a dar totazos. Él lo miró pero no le contestó y los amigos le dijeron que no, que siguieran viendo el partido. Entonces el hombre entró a la tienda y salió por el otro lado, y ahí fue que le pegó un tiro en la cabeza. Mi muchacho cayó en una zanja y el tipo se devolvió y le pegó otro tiro. Y ya. Hasta ahí llegó.

Años de vivir con miedo

Me pongo a pensar en lo de Miguelito y recuerdo que con eso tuvo uno de mis nietos para no volver a estudiar. Nos cambió otra vez la vida, todo se complicó... ya no era la misma vida. Para mí todo ha sido muy duro, pero especialmente lo de mis hijos. Ni la muerte de mi esposo hace tres años, con el que conviví casi cincuenta, me ha dolido como me dolió lo de mis muchachos.

Cuando murió Miguelito vendí la casa por lo que me dieran porque yo no tenía vida allá. Me mantenía muy triste, muchas veces empacaba una botella de aguapanela con limón y me iba para La Aguacatala [sector de importantes centros

académicos y administrativos al sur de Medellín]. Allá me sentaba a mirar carros, lo que fuera, para ver cosas distintas.

Una a los 60 años, después de tener su casa, ocho hijos, muchos nietos y hasta biznietos, y dando vueltas por ahí sola, sin ánimos de nada. Sinceramente, esos días fueron muy oscuros.

Con la plata que me dieron por la venta de la casa compré un apartamento en Bello [municipio al norte de Medellín] y allá se fue a vivir mi nieto Julio César. Un día fui y me encontré con que unos hombres estaban desarmando unas motos, entonces pensé: Dios mío, me van a matar a mi nieto. Me cogió un afán terrible y vendí. Después, hace como siete años, compré en Santa Cruz [barrio en una de las comunas populares de Medellín] y allá también se fue a vivir Julio César, pero ahí sí fue mucho peor: un grupo armado que dominaba ese barrio lo robó y otro día le pegaron que por ser tan *picado*, casi lo matan. En ese sector la gente vivía con miedo, amenazada. Dejamos la casa sola por un tiempo y se robaron todo.

En ese barrio también hubo una violencia tremenda. Cogían a la gente, la mataban, la picaban y la tiraban al río. A una señora anciana le tumbaron la casa y le mataron a un nieto de 12 años. Entonces mejor dejamos lo de la casa así porque esa gente [de las bandas] es muy mala.

La magia del perdón

A pesar de mis temores, lo mejor que tengo en este momento es la tranquilidad. Me siento muy feliz porque a mi edad todavía soy útil: puedo defenderme sola con las cosas que hago, tengo mis manos y mis ojos, puedo salir y llevar lo que tengo para compartir. He logrado salir adelante, primero, muy entregada a Dios, muy entregada, pidiéndole que me dé mucha resignación y perdón; y segundo, perdonando. Soy capaz de encontrarme con los que mataron a mis hijos y darles la mano, abrazarlos y decirles que no guardo rencor contra ellos. Todos los días, cuando hago mis oraciones, ellos son los primeros que tengo en cuenta.

Nunca he tenido la oportunidad de ver a los que mataron a Oliver, creo que también los mataron. El que mató a Miguelito dizque vive en Manrique [barrio de la comuna nororiental de Medellín], me han dicho que está en un sufrimiento horrible. Él estuvo en la cárcel y me contaron que lloraba lamentándose por haber hecho lo que hizo. En la cárcel lo apodaron *la Llorona*. ¡Ay, qué pesar! También conozco a la mamá de él, yo vivía más o menos cerca; ella pasa por mi casa, agachada, pero nunca hemos hablado. Sé que el muchacho a veces ha venido al barrio pero no se deja ver. Pido todos los días por ellos, para que el Señor les perdone.

El mensaje que les doy a los que también han sufrido por la violencia es, primero que todo, el perdón. Es que cuando uno ha perdonado de verdad se siente en otro ambiente. Es triste, sí, pensar en los seres queridos, pero sin rencor uno mismo se consuela.

El perdón es algo que también refuerzo mucho en la Asociación Madres de la Candelaria⁴, a donde llegué desde hace 10 años. Desde entonces Madres ha sido mi segundo hogar. En los años que me quedan quisiera ayudarle a muchas personas necesitadas que sé que están aguantando hambre, muchas que no tienen qué ponerse y otras que están enfermas. Hace mucho tiempo me propuse una misión: recoger ropa en buen estado entre la familia y vecinos. Hay mucha gente necesitada en todas partes y en el campo sí que más. Recuerdo cuando yo era pequeña la gran dificultad que había para tener ropa; no soy capaz de quemar o de romper un vestido o algo que sé que a otra persona le va a servir. Lo que más me satisface es ver la alegría de la gente que recibe mi ayuda. Ahí es donde digo que la violencia no puede acabar con lo bueno que hay en uno.

Ahora tengo 27 nietos y 19 bisnietos. La ilusión con ellos, pidiéndole mucho a Dios, es que no les toque la violencia que tuvimos que vivir nosotros y que nunca tengan esta situación que nos ha tocado tan dura. Eso es lo único que pido.

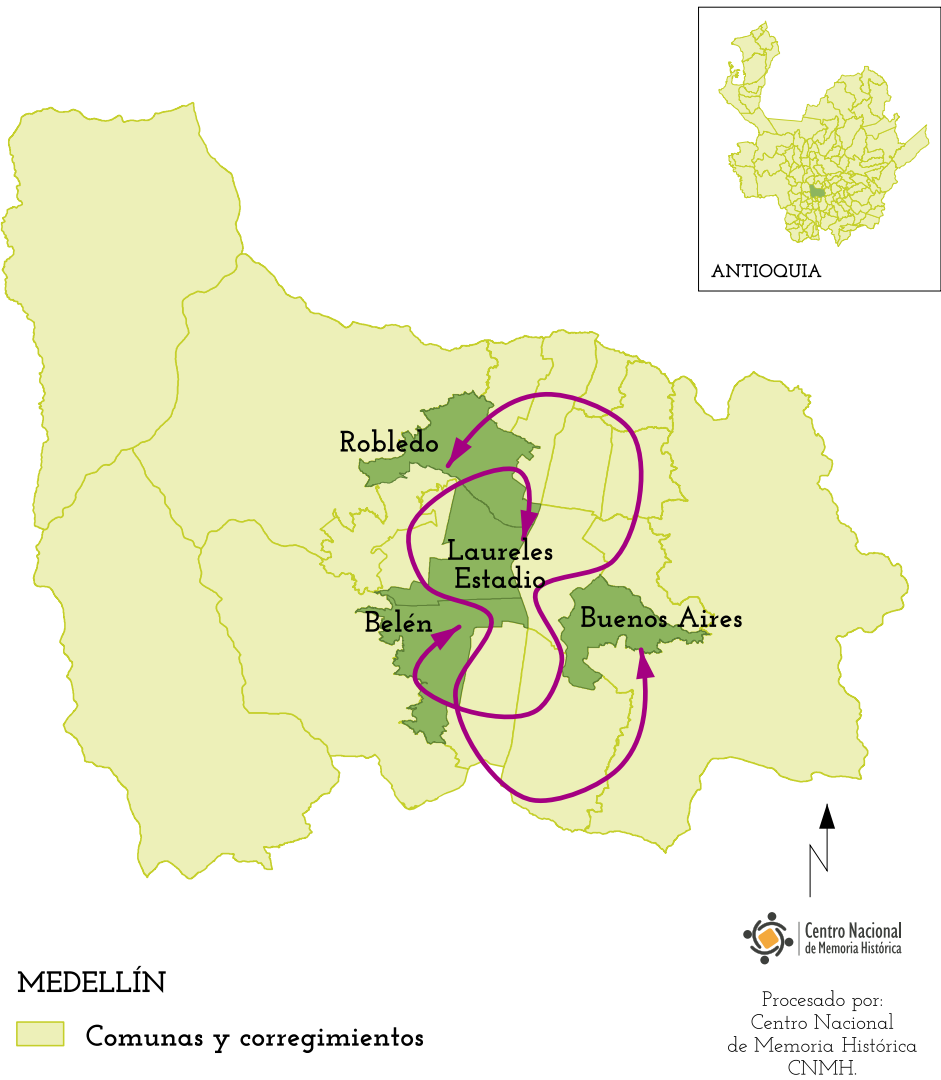
4 Colectivo fundado en 1999 en Medellín, en respuesta a las desapariciones forzadas, secuestros y homicidios en el marco del conflicto armado en Colombia. Premio Nacional de Paz.

Referencias

CODHES, (2014), "Grupos posdesmovilización y desplazamiento forzado en Colombia: una aproximación cuantitativa", disponible en http://www.codhes.org/~codhes/images/Articulos/GPD_y_desplazamiento_forzado_en_Colombia.pdf

Giraldo, (2008), "Conflicto armado urbano y violencia homicida. El caso de Medellín", disponible en http://www.banrep.gov.co/sites/default/files/eventos/archivos/Confl-urb-hom_O.pdf

Mapa 5. Territorios y trayectorias en
"Parece mentira que a esta edad le toque a
una vivir y contar esto"



Fuente: CNMH.

1.4. “Parece mentira que a esta edad le toque a una vivir y contar esto”

Investigación y texto: Gladys Orozco

Él era un hombre alto, robusto, fornido. Llegó a vivir al frente de mi casa con una señora morena y un niño negrito como él, de pelo crespo y quieto, al que solo se le veían los labios y la palma blanca de la mano. Ese niño era lo más de lindo, muy distinto al tipo, que parecía un demonio, miedoso y brusco. El día que me iba a matar se puso a gritar ahí en la calle que él era de la guerrilla. Como que mandaba por allá en Urabá, pero por esa época se mantenía aquí en el barrio.

¡Yo siempre le tuve miedo! Sobre todo porque pasaban cosas muy raras en esa casa. Pero lo que a mí me tocó ese día no tiene nombre: yo temblaba, sentía un taco en la garganta y el cuerpo frío, se me subió la presión... mejor dicho, me iba dando un infarto del susto tan horrible. Cerré los ojos y me entregué a Dios, de verdad pensé que era mi último día. Eso fue hace poquito, pero no me acuerdo bien la fecha, porque a esta edad a una ya se le olvidan las cosas, antes es mucha gracia que a los 72 años una siga dando guerra por ahí. Es que ni recuerdo el nombre de ese tipo. Me han dicho que está en la cárcel pero yo prefiero no averiguar, al miedo no le

han puesto pantalones y mi hijo dice que todavía podemos correr peligro.

Yo creo que todo pasó hace como cuatro o cinco años. Era un lunes y debieron ser las ocho o nueve de la mañana, porque yo apenas estaba abriendo el almacén que tenía ahí mismo en la casa. Era un negocito de variedades, una miscelánea que pude surtir con mucho esfuerzo cuando volví del pueblo al que nos desplazamos hace muchos años por culpa de los milicianos. Lo logré montar porque mandé a mi hija menor a vivir con una tía y así yo no tenía que mercar; aguantaba hambre pero fui ahorrando hasta hacerme al almacencito.

Lo que pienso es que no me morí porque Dios todavía no me necesitaba. Tenía por ahí 68 años y a fin de cuentas vivía feliz con mi negocio, que poco o mucho me daba con qué comer. Ese día abrí el almacén y como siempre me puse a limpiar; a la vez iba rezando los tres salmos que más me gustan de la Biblia con otras oraciones. Cuando de pronto miré para la calle y vi que venía cruzando, como con afán, el hombre fornido y alto de la casa del frente. Él venía hablando por celular pero colgó y guardó el aparato en el bolsillo antes de llegar a la vitrina. En ese momento pensé que me iba a comprar algo, aunque me parecía muy raro porque yo a ese señor ni lo saludaba del miedo que le tenía. Solamente sabía que le había comprado a mi hijo la casa hacía unos meses.

Ese fue un negocio que ellos hicieron como cualquier otro. A mi hijo le presentaron al tipo porque estaba interesado en la casa y hasta donde yo supe hicieron trato de compraventa y esa gente se pasó a vivir ahí. Me imaginé que la negociación de ellos ya estaba cerrada, ¡qué iba yo a saber si tenían platas pendientes! Incluso hacía todo lo posible por desentenderme de lo que pasara en esa casa, por más extraño que me pareciera. Nunca me metí con nadie ni comenté nada de lo que veía.

El hombre llegó a la vitrina y yo le pregunté qué se le ofrecía. La respuesta que recibí fue un grito. Enseguida sentí un pánico tremendo cuando él me puso un arma a la sien. Era un revólver grande, de cacha blanca, lo sentí como si fuera un hierro helado atravesándome la cabeza. Dijo enfurecido: *"Te voy a matar para que venga ese hijo tuyo a recogerte y matarlo a él también, empiezo por lo que más quiere y acabo con toda la familia"*. Escuché las palabras del hombre como perdidas en un eco.

Quedé medio muda, casi sin poder hablar, la voz me temblaba. Alcancé a preguntarle qué era lo que mi hijo le había hecho. Me volvió a gritar: *"¡Me está cobrando una plata, a mí nadie me cobra, nadie me cobra, y por eso los voy a matar!"*. Ahí sí pensé que era lo último porque me apretó con fuerza el arma contra la cabeza. Cerré los ojos, estaba como ida, con la mente en blanco, y en ese momento escuché el alarido desesperado de una mujer, como si viniera corriendo hacia nosotros.

“¡No mate a esa señora, mijo, no mate a esa señora! Cómo se le ocurre, ella es una anciana, mire que ella es muy buena, no la mate”. Abrí los ojos y vi a una mujer morena que cogió al tipo de la camisa y lo tiraba hacia atrás. Era la mamá del hombre y fue la única que hizo algo por mí, o mejor dicho, la única que podía hablarle y lograr que la escuchara. De resto, todos los vecinos apenas miraban desde las ventanas, pero nadie se atrevía a hacer nada.

“Ese día partió mi vida en dos”

No recuerdo muy bien el orden de las cosas que siguieron. Lo que quedó tallado en mi memoria fue el miedo de sentirme amenazada, sola, indefensa; una vieja como yo abandonada a mi suerte en mitad de la calle en manos de semejante tipo. La marca de ese revólver gigante me quedó por varios días en la cara, hasta me daba pena salir y que la gente me preguntara qué me había pasado.

Cuando todo pasó quedé muy aturdida, me encerré y estuve llorando un rato, no sé si por poco o mucho tiempo. Después llamé a mi hermana para que viniera a ayudarme a coger un taxi. También llamé a la policía, aunque con mucho miedo porque el tipo se quedó sentado en el andén, diciendo groserías y prometiendo violencia, gritando que era jefe de un grupo guerrillero y que nadie podía cobrarle nada a él.

¡Los policías llegaron una hora después de que todo había pasado! ¿Para qué? Lo peor de todo fue la impotencia que sentí viéndolos por la ventana cómo se sentaron a hablar con el tipo, entraron a su casa y hasta tomaron tinto. Se demoraron como una hora con él, después dijeron que no habían encontrado nada, que no había armas y que además el señor dizque me iba a pedir disculpas, que el asunto se quedaba así, como si con unas disculpas me devolvieran la paz y el sosiego.

Al rato llamé a mi hijo para advertirle del problema. Él ya sabía que lo iban a matar y por eso tuvo que salir ese mismo día de la ciudad. Ahí confirmé que todo se había desencadenado por una llamada que él le había hecho al hombre antes de las ocho de la mañana para cobrarle la plata que le debía por el negocio de la casa. Después de colgar, todavía sentía que me iba al suelo si intentaba dar un paso, las lágrimas no me dejaban ver y me dio un dolor de cabeza espantoso. Con la ayuda de mi hermana me fui para donde una hija y después para el hospital; allá me dijeron que tenía una crisis de hipertensión y me dejaron dos días en cuidados especiales. ¡Ahí sí que sentí la soledad y la vejez! Pensé que era mucho mejor vivir las tristezas joven, cuando uno las puede aguantar, y no tener que vivir una vejez todavía lidiando con la violencia.

Yo digo que ese día partió mi vida en dos, o bueno, los últimos años de mi vida, porque antes también

me había tocado sobreponerme a cosas horribles. Pero con esto definitivamente siento que no soy la misma. Tengo miedo y una soledad que me abruma cada vez más. Es que a una le da lidia vivir, esa violencia es muy dura para todos. Yo me pongo a pensar, por ejemplo, en la mamá de ese tipo: qué tristeza, ella todo lo que sufrió con ese hombre y quién sabe cuántas cosas tuvo que ver y soportar en esa casa.

Muchas veces vi movimientos extraños ahí, sobre todo a medianoche o en la madrugada se veía llegar despacito una ambulancia. Una vez bajaron a un señor que tenía cubierta su cabeza y atadas las manos y lo entraron a la casa; durante varios días permanecieron dos hombres cuidando desde la acera las 24 horas. A la semana volvió la ambulancia y se llevaron al tipo, ya no estaba amarrado pero sí tenía una venda en los ojos. Desde entonces yo sabía que ese hombre era malo, lo presentí y lo corroboré con creces esa mañana tan aterradora que quisiera olvidar.

A esa señora le tocó atravesar una situación muy difícil cuando el tipo se fue al poquito tiempo de haberme amenazado a mí. Me contaron que de vez en cuando mandaba a alguien que trajera mercado y nada más. La puerta y ventanas de esa casa permanecían cerradas. Un día le cortaron el agua, entonces le tocó pedirle agua a los vecinos durante mucho tiempo. Parece que vendieron la casa, nadie más volvió a saber de ellos.

Yo mucho menos pude saber qué pasó con ella, pues me tuve que ir para otro barrio en Medellín por el miedo y la amenaza, porque el señor ese dijo que me mataba a mí para hacer que mi hijo apareciera ¡Y no sé si fue peor el remedio que la enfermedad! Allá sí que me tocó sufrir por la violencia. Ni siquiera si me dieran todo el dinero del mundo volvería a vivir en ese barrio; allá me enfermé mucho, fueron días terribles de zozobra, apagando las luces, cerrando las cortinas y soportando el miedo que da escuchar tantas balaceras.

Allá se daban bala seguido como más de una hora con fusiles grandes. Un día esos tipos se entraron a esconderse a la casa de la vecina de arriba, esa pobre señora estaba toda confundida. Después fue la policía pero no los encontraron. Otro día, que yo llegué de comprar unas papas, bajaban tres hombres arrastrando por la mitad de la calle a un muchacho que habían matado, para tirarlo a una cañada. Eso era horrible, muchas veces la gente no podía salir a trabajar y nosotros nos manteníamos debajo de la cama.

Parece mentira que a esta edad le toque a una vivir y contar esto, como si a estos años no fuera suficiente ya cargar con las enfermedades que van llegando como sentencias, para que encima de todo una tenga que dormir escondida debajo de la cama. La peor enfermedad que me dio en ese barrio fue la de la columna y la del alma, pues mi hija poco hizo

para ayudarme a tratar, ni siquiera fue capaz de llevarme al médico.

Un día sentí que me traqueó algo en la espalda y no fui capaz de caminar ni moverme. Ella me dijo que aprendiera a defenderme sola, que resolviera como pudiera. A estas alturas ni sé cómo hice para bajar ese montón de escaleras que atravesaban el barrio, hasta que un taxista desconocido me ayudó a llegar a urgencias. ¡Un desconocido, que poco sabía de mi historia y mis tristezas!

Me mantenía llorando, enferma y asustada. El médico dijo que el dolor de la columna había sido por una fractura, entonces me mandaron remedios y se fue componiendo. La osteoporosis que tenía desde antes siguió siendo llevadera, pero el dolor que yo tenía en el alma... para ese ya no había remedio.

Por fortuna el hijo mayor se compadeció de mí y me sacó de ese barrio. Es que la situación se estaba poniendo muy dura por allá, tanto que los mismos muchachos decían que iban a llegar refuerzos del Urabá. Y preciso, justo cuando me fui, a los poquitos días supimos que hubo un enfrentamiento muy violento entre las bandas de delincuencia: esa gente se disparaba de un lado para otro sin importarles la vida de la comunidad.

“Mis hijos, esos muñequitos que yo cuidaba tanto”

Cuando pienso en los últimos desplazamientos que me han tocado, inevitablemente vuelvo a sentir parte de la tristeza que me trajo mayo de 1988, cuando un encapuchado me robó la alegría de tener conmigo a mi hijo Jaime. Era un adolescente de 14 años que todavía jugaba a las canicas y al que yo le prohibía salir de noche, precisamente para evitar los peligros de la calle. Desde ese día yo le tengo pánico al número 14, me da miedo salir en esa fecha y me espanta todo aquello que me la recuerde.

Ese año fue muy doloroso, muchos muchachos del barrio perdieron la vida. El mío, por negarse a ser mensajero de unos ideales que ni siquiera entendía. Era un niño, él iba para el colegio cuando el tipo se cubrió el rostro y lo mató porque no había querido repartir unos folletos de la guerrilla ni ir a unas reuniones que lo estaban invitando. Es que en todo lo que él me contaba, yo le decía que a él se lo querían era llevar para el monte; cuando eso a la guerrilla le decíamos la chusma. Ese día él iba para el colegio, era fiesta del maestro y llevaba la platica que habían recogido entre todos para comprar la torta. El tipo venía enmascarado en una moto y me lo mató a la una de la tarde.

Pasaron apenas 72 horas del asesinato cuando un petardo cayó sobre el patio de nuestra casa.

Yo estaba hospitalizada porque me enfermé del corazón, los médicos dijeron que por haber perdido a mi niño. Con eso entendimos que toda la familia estaba amenazada y nos fuimos, dejando atrás lo que habíamos logrado construir en años de trabajo.

A mí francamente ya se me había dañado la vida desde que me mataron a ese pelado, aunque lo del revólver en la cabeza es lo más terrible que me ha tocado enfrentar. Yo me pongo a ver las fotos de mis hijos cuando eran pequeños, esos muñequitos que yo cuidaba tanto, y ahora me toca vivir sola, a pesar de haberles entregado a ellos y a mi marido toda la vida. Él se fue con otra mujer hace 16 años Y mis hijos: a Jaime me lo mataron, las dos muchachas mayores viven lejos buscando trabajo, la otra está con el marido, el menor de los hombres vive en una isla, al drogadicto es a mí a la que le toca cuidarlo, y el mayor... ese tuvo que irse cuando nos iban a matar.

“Cada vez me da más lidia vivir”

El hijo mayor es el que me manda algo de plata para sobrevivir cada mes, pero no me alcanza. La nevera está vacía casi todos los días, de vez en cuando algunos conocidos y familiares me dan una manito y así voy salvando las angustias. Mi casa es muy humilde, con mucho esfuerzo pago por ella 230 mil pesos de arriendo, pero en medio de todo este es un lugar en el que me siento un poco segura, como en mi territorio.

Yo regresé después de todo ese problema, cuando me salí del otro barrio, porque me dijeron que ya no había peligro. Es que aquí es donde la gente me conoce y yo creo que me quieren. Estoy segura de que en otro lugar la soledad sería más grande, mucho más grande de lo que es, sobre todo cuando me pongo a pensar que nunca he tenido a alguien que me abraza fuerte y me demuestre amor.

Mi vida es como un montón de pedacitos de una película, de esas a blanco y negro, en los que quisiera no ponerme a pensar mucho pero es imposible. A mí me pesa demasiado el aburrimiento que me da no tener nada qué hacer, no tener a los hijos cerca, alguien que me ayude. Todo eso me pone a pensar y me cuesta mucho conciliar el sueño. Lo que creo es que cada vez me da más lidia vivir.

Hasta hace muy poco no le encontraba sentido a la vida y pensaba que sería bueno morirme. Pero el universo me regaló la dicha de hallar a un grupo de amigas que también son víctimas como yo; con ellas estoy aprendiendo sobre el perdón y sus ganas y todas nos apoyamos mutuamente. He encontrado en ellas a una familia en la que confío sin duda. Me siento respaldada, querida y contenta, tengo la oportunidad de entretener parte de mi tiempo con actividades que me han sanado de la fatiga y el dolor.

A veces realizo manualidades y asisto a eventos relacionados con la memoria y las víctimas del

conflicto; participo en capacitaciones y también puedo aprovechar la atención de sicólogos; entonces valoro mucho que allá, en la Asociación Caminos de Esperanza⁵ puedo disipar mi mente y sé que tengo un lugar a dónde ir. A mis 72 años todavía me siento con ánimos y con mucha necesidad de hacer algo. Lo que más dicha me daría es salir para un trabajo o a hacer algo que me mantenga ocupada. Yo sé que la quietud enferma, tanto que a veces yo misma me siento a punto de enloquecer. ¿A mí por qué no me dan un trabajito? Por vieja, ¿cierto? Pero seguro que no se arrepentirían. Yo puedo hacer cualquier cosa: poner cuidado a alguien, ayudar a manejar, hacer tintos... lo que sea.

5 Su nombre completo es Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria. Colectivo fundado en 1999 en Medellín, en respuesta a las desapariciones forzadas, secuestros y homicidios en el marco del conflicto armado en Colombia. Premio Nacional de Paz.

Mapa 6. Territorios y trayectorias en “No me desplazo más; tengo 66 años, ya no más”



Fuente: CNMH.

1.5. “No me desplazo más; tengo 66 años, ya no más”

Investigación y textos: Rodrigo Callejas Bedoya

Los tres sucesos victimizantes que exponemos a continuación: “No me desplazo más; tengo 66 años, ya no más”, “Florinda, viaje en busca de la verdad” y “Yo era sin agüeros, no les tenía miedo”, tienen como escenario principal a los santanderes, región situada al nororiente de Colombia y compuesta por los departamentos de Santander y Norte de Santander, una tierra muy rica por su gente y su geografía, así como por su aporte a la historia, la cultura y la economía de Colombia. Sus principales ciudades: Bucaramanga y Cúcuta.

Las víctimas que nos proporcionaron sus testimonios junto con sus familiares, amigos y vecinos se van a mover por un par de decenas de municipios que, según un registro de la liquidada Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación -CNR- , hacen parte de cien municipios colombianos donde se concentraron los mayores casos de violaciones a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario. Allí los grupos armados provocaron desplazamientos masivos, masacres, dejaron minas antipersonal, asesinaron a líderes sociales y destruyeron a comunidades organizadas que consideraban aliadas de algún bando de la guerra. En el transcurso de cada historia se van

registrando los hilos de los más importantes momentos de lo acontecido.



Mi decisión es que no me desplazo más; tengo 66 años, ya no más. Esa extraña maldición que me sigue desde que vivía mi padre nuevamente me acosa. Mi mujer se niega a huir y a abandonar lo poco que tenemos. A veces quiero parar, pero si mi destino es morir en la lucha y por las víctimas del desplazamiento que así sea, voy a defender lo que con tanto esfuerzo hoy poseemos.

A lo largo de mi vida, a base de necesidades, sufrimientos, golpes y vivencias, aprendí que solo peleando uno puede conseguir una posibilidad de vivir mejor. Aunque tengo momentos de amargura, de ganas de tirar la toalla, aunque sigo asustado por los últimos hechos, quiero seguir ayudando a los demás. Cuando observo a otros que están en peores condiciones que yo me muevo a seguir, a dar la lucha, a motivar a otros a que ayuden.

Soy Francisco Antonio Flórez Castro. Nací en Convención, Norte de Santander, donde los primeros habitantes fueron huestes de la tribu los Chitareros, familia de los chibchas y de los aguerridos motilones. Por tanto, tierra de mujeres y hombres luchadores y emprendedores. Vi la luz hace 64 años, en un hogar de campesinos laboriosos. Son tantos y tan

duros los hechos que mi mente se niega en ocasiones a recordarlos.

Sin duda, la niñez fue la mejor época de mi vida. Estudié hasta tercer año de primaria en la escuela del pueblo. La situación económica y de violencia de los años cuarenta, generadas por las confrontaciones de los partidos políticos Liberal y Conservador, acentuadas por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán [el 9 de abril de 1948 en Bogotá], provocaron una serie de ataques entre los dos bandos y mi región no fue la excepción.

Adolescente desplazado

Esos enfrentamientos originaron que yo tuviera que vivir prácticamente el primer desplazamiento en mi adolescencia, puesto que mi padre tomó la decisión de trasladarnos a Venezuela cuando yo contaba escasos 7 años de edad. A lomo de caballo en el estado Barinas transcurrió mi adolescencia; entre la ganadería y el cuidado de los pastizales pasé nueve años. Después retornamos a Colombia por los años sesenta. Un gobierno venezolano de características dictatoriales en un país convulsionado por huelgas, protestas, suspensión de garantías constitucionales, guerrilla campesina y urbana, intentos de golpes de Estado, con empleo de la fuerza en todas sus determinaciones, me obligó a tomar la decisión de regresar a Colombia lo antes posible.

El primer destino fue Cúcuta. Como había que rebuscarse a como diera lugar, la fuerza de las circunstancias y el deseo de construir futuro me convirtieron en vendedor de cuanto cosa se atravesara. A los 18 años conformé mi primer hogar con Concepción Alvernia, una mujer maravillosa que laboraba en una panadería.

Me atrajo su belleza y su porte. Fue un enamoramiento de padre y señor mío, del cual quedaron tres hijos: Edison, Yajaira y Richard. Al cabo de 12 años nos separamos y me trasladé a La Gabarra, corregimiento de Tibú en Norte de Santander, población que desde los años setenta ha soportado los embates de la violencia: primero por parte de la guerrilla del ELN y de las FARC; posteriormente, por la arremetida sangrienta de los grupos paramilitares.

A tesón de mi trabajo compré una finca de 448 hectáreas algo abandonada en esa zona, la que después de varios meses de mucho trabajo logré recuperar y poner como soñaba: le sembré yuca y recuperé sus pastizales y sembradíes de abarco, una madera muy fina. En ella laboraba de lunes a viernes, los sábados y domingos salía al pueblo a vender, comprar y *cambalachear* [permutar] mercancía: hamacas, sombreros, ollas de aluminio, correas.

“Un verdadero infierno”

Durante varios años realicé estos trabajos, pero justo cuando mi vida estaba mejorando económicamente, puesto que las ventas los fines de semana crecían y la finquita producía, por el año 87, un domingo a las cuatro de la tarde me aprestaba a volver a casa y camino del pueblo hacia la finca me abordaron seis hombres armados. Luego de inspeccionarme me dijeron: *“Señor, tiene dos opciones: o se va de aquí o sube a la finca, pero de allá no regresa nunca”*. Lleno de temor les respondí: *“Mejor subo a la finca que allá está mi familia”*. Dijeron: *“Su familia ya salió ayer sábado, de manera que tiene el tiempo suficiente para irse en el primer carro que pase”*. A partir de ese momento mi vida se convirtió en un verdadero infierno. Todo gracias a la guerrilla del ELN que empezaba a llegar a la zona y que necesitaba apoderarse de la región y de terrenos que le permitiera fortalecer sus finanzas.

En ese instante empecé a perderlo todo: la familia, mi tierra, las cosas por las que había luchado durante tantos años. Hoy quisiera darle fechas exactas y datos precisos, pero fue tanto el terror y el miedo que muchas ya las he olvidado.

Pero la vida continuaba, debía seguir luchando incansablemente, tocaba empezar de nuevo a como diera lugar. Por ello me dirigí, forzado por las circunstancias, a otro sitio de la geografía

colombiana: a Curumaní, Cesar, confiando en que estar cerca de algunos familiares me sería beneficioso y me ayudaría a superar la soledad en la que vivía. Allí me reencontré con mi madre Emiliana Castro y con Mery, mi hermana, lo que de alguna manera alentó mi espíritu terco y combativo.

“Me van a matar a mí también”

Ya ubicado en Curumaní regresé a las labores del campo y fui también conductor de transporte hacia el sector rural, pero ya el miedo había sembrado en mí, la desconfianza y los temores merodeaban mi existencia. Cualquier día hablando con mi compadre “Nando” Rico, que vivía en Norte de Santander, le dije: *“Venda su parcela y véngase para el pueblo, están llegando grupos armados a esa zona, no quiero que mis sobrinos terminen en problemas o forzados a pertenecer a un grupo de esos”*. Le insistí tanto que el compadre me hizo caso, vendió y se vino a vivir con su familia a Curumaní, entre los valles del río Cesar y el Magdalena.

Antonio, uno de los sobrinos, aprendió a conducir carro y le conseguimos su licencia; él tenía que ganar plata y nosotros debíamos darles alternativas de trabajo a esos jóvenes que solo sabían de labores del campo.

Pero ese deseo de sacarlos del peligro y brindarles un futuro se convirtió en tragedia. Con 21 añitos y con

todo el futuro por delante, transportando pasajeros y carga entre Valledupar y Aguachica, su vida se truncó por una inocente expresión: *"Ahí van los nenes"*. Una ocasión, mientras se divertía sanamente jugando buchacara en un billar del pueblo, al paso de los paramilitares exclamó: *"Ahí van los nenes"*, expresión que escuchó su contendor de billar y "amigo".

A la semana siguiente en las mismas circunstancias repitió la expresión, interpretada por su compañero de juego y por el ayudante de otro carro como "algo raro", por lo que de inmediato se lo comunicaron a los paramilitares. Les dijeron: *"Ese conductor debe ser algo raro, siempre que ustedes pasan él dice que ahí van los nenes, debe ser guerrillero"*. Y solo esa acusación bastó para que cogieran a mi sobrino los paracos [paramilitares], lo pusieran a trabajar todo un día y a la seis de la tarde me mataron a mi sobrino, un joven sano, trabajador, sin malas intenciones o actuaciones. Mi sobrino, un muchacho humilde al que hice salir del campo para que lo mataran. Si yo lo hubiera dejado allá quizás estuviera vivo.

Ya habíamos tenido un doloroso antecedente en la familia, cuando el negro *Vladimir*, un jefe paraco del Magdalena Medio, asesinó a unos jueces en La Rochela. En esos hechos cayó un primo hermano mío que dejó a sus hijos huérfanos; ese fue el inicio del terror para nuestra familia. Ya sabíamos del dolor, de la impotencia, de la ira, y con este nuevo hecho de mi sobrino volvían sentimientos reprimidos pero no olvidados.

Pocos días después de la muerte de mi sobrino en Curumaní, la compleja situación que se vivía en ese territorio me llevó a vivir otro suceso. Yo debía presentarme en una reunión, me lo había hecho saber un vendedor de chance del que yo ignoraba que era paraco: *"Usted debe ir a una reunión y yo estoy aquí para que asista"*, me dijo. De inmediato mi primer pensamiento fue: me van a matar a mí también. Sacando fuerzas asistí con el "guía". Por un milagro, este mismo hombre que garantizaría mi presencia en dicha reunión me salvó de presentarme ante sus jefes. Tal vez las charlas que habíamos entablado en días anteriores lo condolieron y me ayudó, me escondió entre la gente.

"Otra vez a salvar mi pellejo, a mis 59 años..."

Continué manejando y trabajando en labores del campo en mi lucha cotidiana. Con unos pesos adquirí una parcela en Pitalito, arriba de Curumaní, en la vía a la Sierra Nevada, pero el destino caprichoso se ensañaba en no permitir que yo lograra mis objetivos y se cruzaron de nuevo en mi camino los guerrilleros, quienes manifestaban que yo tenía que ser un informante, pues permanecía caminando o moviéndome tranquilamente por todas las veredas en el campero. No comprendieron que esa era la forma de ganarme la vida.

Como yo asistía y salía de los cultos –soy cristiano– un día me amenazaron. Me dijeron: *“Salga, es la orden, no lo matamos por ser buena persona con la gente pero se va”*. El carro que tenía me había costado seis millones de pesos, había dado la casita y otros pesos por él pero lo tuve que vender por lo que me dieron: 700 mil pesos. Y corrí otra vez a salvar mi pellejo, a mis 59 años, buscando un lugar para vivir dignamente.

Esa vez el camino de la vida me llevó a San Juan del Cesar. Allí, con los pocos recursos de la venta del carro, trabajé y me rebusqué de todas las maneras hasta comprar una renoleta [automóvil Renault] para vender ropa, pero la situación se puso muy dura, no ganaba ni para sobrevivir, la mercancía no pegaba. Entonces debí elegir un destino diferente que me permitiera reconstruir mi vida otra vez.

Es así como llegué a Mingueo, donde hoy vivo, un corregimiento del municipio de Dibulla, al occidente de La Guajira. Trabajé allí y en otras poblaciones cambalacheando, buscando la platica diariamente; a fuerza de interés he vuelto a salir un poco adelante, vendiendo mercancías que me han dado para conseguir un rancho, aunque sin terminar. También adquirí de nuevo una parcela de tierras secas y sin agua, tierras muy duras para el cultivo, pero donde con la bendición de Dios y la solidaridad de las gentes de este municipio sacaré adelante a mi familia. Ahí convivo desde hace 15 años con Grey

Carola. Somos padres de cinco niños, la menor tiene 12 meses.

“Le he agregado un nuevo ingrediente a mi vida: lucho por las víctimas”

Ahora le he agregado un nuevo ingrediente a mi vida: lucho por las víctimas. El bicho de la inconformidad me ha picado, lucho por un porvenir mejor para las víctimas del desplazamiento forzado. Esta lucha y mi voz rebelde me llevaron a conformar la mesa municipal de víctimas, luego a llegar a la mesa departamental y terminé haciendo parte de la Mesa Nacional de Participación Efectiva de las Víctimas⁶.

Ya no me da pena decir que soy desplazado. Lidero causas en favor de los que sufren las situaciones de un país que amo pero que mantiene muchos conflictos; trabajo por una nueva vida para todas las víctimas.

Hago de tripas corazón para olvidar y mejor ayudar. Hago derechos de petición impulsado por esa extraña fuerza que el dolor, los padecimientos y la rabia me provocan. Trabajo por los que me necesitan, no consiento es que roben a las víctimas y les cobren por exigir sus derechos. Aunque parezca que aro

⁶ Espacio de trabajo temático y de participación efectiva para las víctimas del conflicto armado en Colombia destinado para la discusión, interlocución, retroalimentación, capacitación y seguimiento de las disposiciones contenidas en la Ley 1448 de 2011, la Ley de Víctimas.

en el desierto continuaré luchando por las personas mayores víctimas del conflicto, por la pensión del adulto mayor, por una vivienda digna.

Cuando alguno de los que ayudo me sonríe me alegra, me da más verraquera de trabajar, pienso que esto sí tiene sentido. Es que el país tiene una deuda con los mayores. Debe quedar una ley que defienda sus derechos. Es hora de que dejemos de estar en el olvido.



Francisco, una vez más, ha sido amenazado por su defensa de los derechos de las víctimas. Muestra los panfletos que ha recibido, manifiesta el miedo que siente. Pero él, ante todo, es un compositor, un trovador. Reírse es su herramienta para sobrevivir.

Francisco tiene una vena cultural y compone canciones, poemas y versos. Como estos que tituló "Recuerdo para los viejitos":

*... Mirar la necesidad de buscar la solución / Y decirle
a don Gobierno que es su obligación / De velar por
el anciano que vive allá en la región / Y sacarlo de
la ruina y cambiar su situación...*

*... Yo moriré luchando por la persona mayor / Como
murió don Bolívar por una patria mejor / Que sea
una sola voz en esta gran convención / Todos los
departamentos pidiendo la redención / De la persona
mayor es esta la obligación.*

Mapa 7. Territorios y trayectorias en “Florinda y su viaje en busca de la verdad”



Fuente: CNMH.

Procesado por:
Centro Nacional
de Memoria Histórica
CNMH.

1.6. Florinda y su viaje en busca de la verdad

Investigación y redacción: Paul Alzate

Un día por correr a llevar unos papeles me agarró una moto y me partió. Eso pasó al pie de la Cruz Roja: reclamé unos medicamentos, yo iba cruzando de allá de lado de la Cruz Roja directo para irme pa' la Defensoría del Pueblo y yo miré pa' arriba y pa' abajo y no vi nada de carro. Me mandé, y yo que me mando y venía una moto, pero eso sí, ¡tenía gasolina de avión!, me golpeó, pasó a toda velocidad. El tipo a lo que me esquivó se cayó y voló pa' allá y en toda la moto con ese man, así me alcanzó y me partió el brazo derecho. En la primera radiografía me salieron tres partiduras, yo decía: "Señor Jesucristo, que no sean las tres, no más aquí".

Ya no puedo lavar ni planchar, sobrevivo con el arriendo del apartamentico pero ahorita ya van pa' dos meses que no se coge un peso de ahí, entonces [vivo de] lo que mis hijos me dan. Cuando no tengo nada voy al restaurante de los abuelos, ahí me dan de desayuno un pan y un pocillo de avena, o pan y un pedacito de queso, a veces chocolate, a veces caldo con huevo y arepa y café, y el almuerzo sopita y con su pedazo de carnecita o pollito y el juguito y el sequito y arroquito.

A veces me contratan para cuidar casas y me dejan la neverita llena. Cuando estoy solita pienso en "Chejo" y siempre que miro su foto me dan ganas de llorar. Cuando el Señor me socorra con esa platica [de la reparación] la recibiré pero la bañaré en lágrimas, porque no es igual que ver uno a su hijito.

"Mijo, de esta sí puede usted enamorarse"

Yo soy Florinda Tapias Sanabria, nacida hace 75 años en San Vicente de Chucurí [Santander], a 87 kilómetros de Bucaramanga. Mi padre se llamaba Campo Elías y mi madre Ana Belén, ellos fundaron una familia de cinco mujeres y tres hombres. Todos vivimos en una finquita que primero se llamaba El Cerro de las Flores, mamá quiso ponerle ese nombre porque habíamos bastantes damas, bonitas y tiernas.

No fuimos a aprender al colegio, pues cuando mamá nos fue a matricular a las mayorcitas, cuando teníamos entre 10 y 11 años, el cura dijo que no había necesidad, que podíamos sintonizar radio Sutatenza⁷.

Fue así que alcancé a aprender a leer y a escribir y lo de la salud, y aprendí también bastante de matemáticas. Me quedé solo con eso porque no volví a estudiar nada más, hasta que el año pasado

⁷ Emisora nacional de la iglesia católica dedicada a la educación popular en Colombia entre 1947 y 1988.

[2014] arreglé la letra cuando estuve en La Cira - Infantas⁸, en el programa A Crecer [para formación de adultos].

En San Vicente estuve hasta los 16 años, después ya nos conocimos con el papá de mis hijos, José del Carmen Molina, y nos pusimos a andar. Él trabajaba con la mamá en una finca sembrando plátano, haciendo potreros por la vía de Llana Caliente [vereda de San Vicente de Chucurí]. Mi mamá era amiga de la mamá de ellos, Rosalía Morales, y como uno está joven no se da cuenta. Ella le decía al hijo: *"Mijo, esta sí es su señora, de esta sí puede usted enamorarse, ella sí es trabajadora"* y le echaba carreta. Al fin nos encariñamos de un momento a otro y así fue que nos juntamos, como dicen, y doña Rosalía nos dijo que hiciéramos una casita ahí al lado de la finca. Como José del Carmen sabía trabajar muy bien casitas de pajiza, ahí vivimos un poco hasta que vino el primer hijo: José del Carmen Molina Tapias.

Después mi suegra vendió eso, se fue para San Vicente y empezamos a buscar fincas en compañía para trabajar. Estábamos un año en un lado, otro año en otro, porque nos las daban por dos años, luego otro tiempo donde la mamá y así, hasta que al fin ya teníamos cuatro hijos. Una vez yo venía pa' Barranca a donde una hermana y supe de un señor que estaba dejando montaña por ahí de Puerta

8 Campo petrolífero más antiguo de Colombia, situado en zona rural de Barrancabermeja.

roja pa' adentro, para los que no tuvieran propiedad y se fueran a trabajar esa montaña.

Yo también tiraba rula, tumbaba lo más pequeño y mi viejo lo más grande. Se sembró arroz, se sembró maíz y eso salió bueno. Allí se hizo un ranchito y nos llevamos el hijo más grande, que fue mi "Chejito", cuando él tenía unos 8 años. Luego el doctor Londoño, un amigo de la familia, nos dijo que nos regalaba la parcela, que él ya no quería más y ahí seguimos hasta los 18 o 20 años que tuvo mi "Chejito" cuando salimos de allá, ya que todos los hijos estaban grandes. Fue cuando nos vinimos pa' Barranca.

"Nos cansamos de tanto ver pasar la guerra"

Nuestra finca era muy bonita, pero de allá nos vinimos porque nos cansamos de tanto ver pasar la guerra, el Ejército, los paramilitares. Mi viejo dijo: *"Esto toca dar aunque sea barato con tal que haya alguien que compre"*, porque eso viera, la verdad era trabajoso, a uno le daba miedo, cobraba acá uno, cuando uno veía en el potrero del vecino que venía el otro me daba tembleque, porque ¡Dios mío!, lo culpaban a uno... Y así fue que decidimos vender. Encontramos una familia acá en Barranca que quería una finca para llevarse unos muchachos

a trabajar porque no querían estudiar, entonces cambiamos la casita medio regular por la finca. Eso salió baratísimo.

En aquel tiempo comencé a trabajar en casas de familias. Recuerdo tanto que cuando fui a trabajar por primera vez, estaba una [mujer] evangélica que un día me dijo: *"Tiene que hacer almuerzo pa' cinco, tiene que lavar la ropa que hay ahí, hacer el aseo y todo eso"*. Me puse a bregar, a hacer lo que más podía y eché la ropa en jabón; ya tenía el almuerzo listo, el aseo hecho y me preguntó: *"¿Y la ropa?"*. Yo le dije: *"Ahora que pase el almuerzo voy a jugarla"*. Dijo: *"No, no, las que han estado acá hacen todo rápido, ya usted se va a las tres de la tarde"*. Me fui, serví el almuerzo y mientras ellos almorzaban me fui a jugar la ropa. Y me puse a llorar, y lloraba y lloraba y lloraba pensando que nunca había estado así. La señora al verme así me dijo: *"Camine a almorzar, vamos a leer la Biblia"*. Nos salió un versículo igualito y comenzamos a llorar y nos abrazamos, y nos pedimos perdón, todo eso. Terminó el día, me fui pa' la casa y no volví más.

Seguí buscando en otra parte y me encontré con doña Isabel, la de la Panadería Quesada, que me quería tanto por mi trabajo y me daba ropita de segunda pero yo me ponía contenta por eso. Cada tres meses yo iba a San Vicente a llevarle un mercado a mi mamá.

Yo estaba solita en mi casita: mi viejo venía cada dos o tres meses y mis hijos cada uno cogió camino, uno para la finca y el otro se fue. Aprendí poco a poco la palabra de Dios. Pasó el tiempo y llegaron a un acuerdo de vender para irme a San Vicente, pa' la finca que mis papás dejaron cuando murieron. Me fui para allá con mi viejo a trabajar, él estuvo un año conmigo allá y después se enfermó mucho del corazón, ya no comía nada. Fue mi hijo y se lo trajo, lo llevó al médico y eso de un lado al otro, no tuvo reposición y murió, él tenía como 57 años. Mi viejo al morir le dijo a mi hijo, al que trabajaba en construcción: *"Si yo me muero no me dejen la viejita sola por allá, tráigansela"*.

Allá pasé año y medio solita con mis gallinas y animalitos, muy feliz. Tenía perritos, gatos y todo eso, también una marranita. Mis hermanas venían de Bucaramanga a visitarme. Mis hijos iban cada dos meses y me llevaban platica, por ahí 50 mil pesos, y me llevaban un mercado. Iban y hacíamos sancocho de gallina en el río.

Aprendí a manejar el celular para que mis hijos me llamaran. Me costó trabajo pero al fin aprendí. Tenía que treparme por una escalera a un zarzo y colocarlo alto para que le entrara señal. Ellos me decían que buscara comprador para la finca. Los vecinos querían comprar pero muy barato, por ahí cinco o seis millones a cambio de ganado. Un día escuché un mensaje en grabadora, un mensaje tan

bello que decía: *“¿Estás trabajando para el mundo o estás trabajando para Dios? La salvación de tu alma está en el Reino de Dios y su justicia, lo demás será por añadidura”*.

Entonces me dije: *“¿Señor Jesucristo, será que yo soy una de ellas? Dios, voy a buscar comprador, aparéjeme un comprador pero que sea de lejos, que no sea de aquí cerca porque aquí quieren es barato”*. Y así fue, la vendí en 13 millones porque tenía la casita y porque ya se cogía cacaito. Compramos un lote en Los Laureles hace ya siete años y estoy amañada. Aquí entra una camioneta con verduras todos los días, y todo está cerquita.

“Ellos sabían lo que había pasado pero estaban era embolatándome”

Me mataron a mi hijo mayor como en 2006, yo tenía 62 años. Él se llamaba José del Carmen Molina Tapias. Había pasado trabajando de finca en finca e iba a visitarnos a mí y a la “Nona”, mi mamá. Un día se encontró con la familia Bohórquez que había vivido cerca de la finca de mi mamá y lo convidó pa’ Cúcuta a trabajar en las arroceras. Estuvo un año y volvió.

Me dijo que le iba muy bien, que muy bonito, que estaba amañado, que cuando volviera iba a traer una moto que iba a comprar, que estaba ganando

bien en las arroceras esas a donde se había metido con la familia Bohórquez. Los de esa familia se fueron de aquí de San Vicente grandecitos y allá se crecieron en la finca que se llama El Núcleo, a donde se había ido mi hijo a trabajar con ellos. Pasó el tiempo. Él me llamaba por ahí cada seis meses, me mandaba platica, me decía que iba a venir y todo eso, y cuando se hizo un silencio, un año, dos años y nada, yo dije: *"Como no me llama voy a ir"*. Una familiar me dijo: *"No, eso viene ahora pa' diciembre"*. Yo me dejaba creer. *"Que viene pa'l Día de la Madre"*, y tampoco. Al fin me fui a buscarlo a Bucaramanga y di con la familia Bohórquez.

Él llevaba como unos cinco años de estar por allá. Me había dejado un pequeño escrito de dirección y todo: *"Llega a Cúcuta, coge pa' Puerto Santander y se baja en Puerto Lleras, entra a La Floresta, y allí pregunta por la finca El Núcleo, donde el señor Antonio Bohórquez, y allá va a dar"*. Yo así hice ese día. Me fui para donde me dijeron que era la finca, y no, por ahí no me dieron razón ninguna. La señora de Bohórquez estaba brava y no dejó que otra gente hablara conmigo, las hijas de él. *"Yo vengo preguntando por mi hijo, José del Carmen Molina, aquí traigo la foto"*. *"No, usted no sabe nada, no le digan nada"*, y se puso brava.

La señora Bohórquez estaba enferma: no hacía mucho le habían matado un hijo también, por eso estaba resentidísima. Ellos sabían lo que había pasado pero estaban era embolatándose.

Entonces me fui para el Terminal de Transporte y le pregunté a un señor que trabaja ahí: *"Dónde queda el barrio tal"*. Él me dijo: *"Por este lado en esta buseta"*, y me fui en las manos de Nuestro Señor a ver si alcanzaba a llegar a la tienda esa que decían que iba a mercar el tal "Chejo".

"Yo tenía mi presentimiento de que lo habían matado"

Yo llegué con el nombre a la tienda enviadita por Dios y me bajé de la buseta donde Dios me dijo: *"Acá es"*. Le pregunté a un hombre y me dijo: *"Pues el 'Chejo' que viene acá a mercar vive abajo frente al parque"*. Mandaron una niña conmigo y fui hasta allá pero no era mi "Chejo". Le pregunté a unos señores y me dijeron: *"Ese va a tomar guarapo allá abajo, camine yo le digo"*, me fui con ese hombre a ver si era mi hijo, bajamos a esas guaraperías y me dijo: *"Allá abajo vive, vaya pregunte"*.

Cuando me fui acercando vi que era otro. Me fui para una tienda y un señor sentado, tomándose un tinto, dijo: *"Háganme el favor y no me emboben más a esta mujer, por acá no hay ningún hijo suyo. Usted no sea tan boba, no se deje creer, váyase por allá donde le den posada"*. Fui a la Iglesia Pentecostal, oré hasta que terminó el culto. Una muchacha me dio comida y dos días de posada y siguió averiguando

a ver si aparecía el tal “Chejo” pero yo tenía mi presentimiento que lo habían matado.

Cerca de la finca El Núcleo, una señora de un restaurante sacó la foto para mostrar si habían visto al tal “Chejo”. Le preguntaron a un viejito morenito delgadito de cachucha que dijo: *“Ah, estos fueron de los que cayeron allá, que mataron a los muchachos de la arrocería”*. La señora recibió la foto y me la regresó, me fui pa’ un solar y lloré y lloré. El muchacho que ya me había llevado por allá a la finca fue y me abrazó y me dijo: *“No llore, mamita, esta noche se queda y mañana averiguamos a ver si aparece”*.

Me sentía mal y tan pronto pasó la buseta me vine pa’ Bucaramanga. No supe más nada.

“Estoy enferma, no tengo fuerzas”

Un día llamaron a mi hijo Ernesto y le dijeron que habían sabido que yo, la mamá de José del Carmen, había estado buscando al hijo por allá; que les había dado mucha tristeza saber que yo había estado llorando buscándolo, que a él lo habían matado, que no lo buscara más, que mataban la gente y la echaban a un río de Floresta pa’ allá, que todo lo echaban po’allá donde hay animales que comen. A mi hijo lo mataron como en 2006. Él no se casó, tenía como treinta y pico de años.

Me fui para la Fiscalía y dije que iba a poner el denuncia de una desaparición de un hijo. Una muchacha en la oficina 102 me recibió la denuncia. Luego me mandaron para la Defensoría del Pueblo, ahí me mandaron a buscar papeles de un lado al otro y a sacarle fotocopias a los papeles que había llevado, me atendía una sicóloga. Una vez en Bucaramanga fui a la Fiscalía y un señor me dijo: *"Sí, su hijo está muerto y el caso está en Barranca, en tal oficina está el radicado"*. Ese día confirmé que a mi hijo lo habían matado, lo que no me habían confirmado acá en Barranca.

Después me pasaron a otro doctor, Wilson, y ahora ya va como pa' cinco años. Primero comenzó que fuera dentro de dos meses y fui, que dentro de tres meses y así. Entonces dije: *"No, mejor voy a ir más seguido"*. Ahora voy cada mes, cada ocho días, y me manda pa' un lado y me manda pa'l otro, ya me mandó pa' una oficina nueva que queda por allá por las notarías. Hay que subir el ascensor donde una muchacha para que escaneara un papeleo. La muchacha me recibió ese papel, hizo lo que tenía que hacer y me dijo que me llamaba: estoy esperando. Ahorita estoy enferma, no tengo fuerzas.

A mi José del Carmen desde pequeño le decían "Chejo". Él era blanco, ojiclaro, muy cariñoso y trabajador, alegre, y me quería mucho. Había aprendido a amansar bestias. Me decía que quería comprar una moto y después poder estar al lado mío,

fuera en finca, fuera en casa pero seguir trabajando pa' poder ver por mí. "Chejo" se quería mucho con los hermanos Darío y Eduardo. Cuando ese hombre en Bucaramanga me dijo que él estaba muerto, yo salí y no podía parar de llorar. A mi hijo lo mataron esas gentes armadas.

Mapa 8. Territorios y trayectorias en “Yo era sin agüeros, no les tenía miedo”



Fuente: CNMH.

1.7. “Yo era sin agüeros, no les tenía miedo”

Investigación y redacción: Paul Alzate

Vivo en Barrancabermeja [Santander] con mi mujer Aurora, mis tres hijos y dos nietos. Pertenezco a la Mesa de Participación de Víctimas de Barrancabermeja, y aún espero que el gobierno me indemnice por el asesinato de mi hijo. A veces me pongo triste y lloro de solo pensar: lo mataron porque pensaban que era guerrillero. El día que mataron a mi hijo me fueron a buscar a mí a la finca para matarme, llegaron haciendo disparos, pero yo estaba acá en Barranca [Barrancabermeja].

Si estuviera en el campo sería feliz. Aquí en la ciudad es muy duro para vivir, a veces no tenemos con qué comer. La otra vez me conseguí para tener un galponcito, ahí tenía como cincuenta gallinitas, pero se enfermaron por tanta lluvia y calor y se fueron muriendo.

Soy Pedro Vicente Palacios Córdoba, tengo 81 años y nací en octubre de 1934 en Barilo, un pueblo de Chocó cerca de Istmina. No aprendí a leer ni a escribir, en los tiempos de antes los padres de uno lo metían a la escuela y luego lo sacaban para ponerlo a trabajar. Por eso trabajo desde los 10 años limpiando el monte

en las plataneras, deshierbando y sembrando maíz, plátano y chontaduro.

Vivía en finca y en casa propia, ahí mismo en el pueblo. En ese entonces no había violencia, todo el mundo trabajaba y todos vivíamos bien. Mi mamá se llamaba Lupipia y mi papá, Faustino. Soy el mayor de cinco hermanos, cuatro hombres y una mujer, todos ya murieron. Mi mamá murió, un brujo le hizo un mal y ella falleció; yo era muy niño aún pero recuerdo muy bien ese episodio de mi vida. Los hijos quedamos por ahí deambulando, luego mi papá nos recogió pero no me gustó la mujer que tenía y me fui solo.

Cuando cumplí 15 años trabajaba por ahí con mi papá, vendíamos plátano y chontaduro. A esa edad ya me defendía solito. Al poco tiempo salí de Istmina [Chocó] y me vine por estas tierras [Santander]. Mis hermanos me llamaban a darme noticias: que ha muerto el hijo de tal, que otro muerto, y así; me aburrí y no volví más. Aquí estudié como medio año y de ahí no volví a estudiar. Hace poquito, así viejo como estoy, estudié pero no pude aprender mucho, no podía escribir por el accidente de la mano. Un día los paracos me la partieron en dos a tiros.

Yo salí a recorrer el mundo, en ese tiempo no había desplazamientos. Eso se dio en el gobierno de Uribe [expresidente Álvaro Uribe Vélez], que hubo desplazamiento por los paramilitares.

En aquel entonces todo el mundo trabajaba sin ningún problema. Antes de Santander primero estuve en Medellín, lavé carros para sobrevivir durante seis meses y luego llegué a Puerto Berrío [Magdalena Medio antioqueño]. Trabajé en fincas, recuerdo que aguantábamos mucha hambre. Era un trabajo duro, cosechaba el arroz y el maíz y trabajaba para mi comida; no había en esa época más trabajo, no había más nada que hacer. En Puerto Berrío duré bastante tiempo. Luego llegué a Barrancabermeja a seguir trabajando en fincas, uno andaba era con puras botas pantaneras por el barro.

En Barranca me fue bien, ganaba diez centavos por día. Eso era mucho, millones en esa época. De ahí fui aumentando: tumbaba monte y me pagaban como 50 centavos en ese tiempo, que ahora son como 50.000. Estaba solo, sin mujer ni hijos, trabajaba y tomaba trago, hacía de todo.

Intenté trabajar con Ecopetrol pero no tuve palanca, entonces seguí en veredas y me fui para Ciénaga del Opón [corregimiento de Barrancabermeja]. Queda por arriba, yendo por La Rochela. Allá también me dediqué al campo, conseguí amistades, y como me rendía tanto con el machete la gente me buscaba y me contrataba. Yo era ágil para sembrar maíz y arroz, además disfrutaba mucho lo que hacía.

Allá en Opón me encontré con unos amigos del Chocó y fui cogiendo amistad por todo el río, trabajé

tranquilo porque nadie se metía conmigo. Mis días eran sabrosos. A veces salía a pescar, cogía mi atarraya y agarraba pescados y los vendía.

Primeros contactos con la violencia

En Barranca mi primer contacto con la violencia fue cuando se metieron los paramilitares, ahí empezó ya la cosa fea, se dañó el país. Allá en Opón, por Cuatrobocas, por toda esa región, uno no conocía a la guerrilla. Ellos pasaban armados por donde uno trabajaba y uno no sabía ni quiénes eran. Luego se formó la vaina de los paramilitares y estos llegaban donde uno a preguntar por la guerrilla, y uno lo único que contestaba era:

—Yo no he visto nada amigo, yo me dedico es a trabajar.

La guerrilla pasaba con el mismo uniforme del Ejército y uno se confundía. A veces la misma guerrilla preguntaba si habían visto algo raro para saber si uno era sapo. En fin, la guerrilla buscaba al Ejército y el Ejército buscaba a la guerrilla. Siempre andaban sacándole palabra a uno. Lo único que uno podía decir era: yo me la paso agachado voleando machete.

Ahí fue cuando mataron a Pardo⁹. Él andaba en el asunto de la Unión Patriótica [UP] y empezaron a

9 Jaime Pardo Leal, excandidato presidencial y jefe de la Unión Patriótica, asesinado en La Mesa, Cundinamarca, en octubre de 1987.

matar a la gente de la UP. En ese tiempo se hacía cuanto bazar se podía, fiestas y demás, pero todo se empezó a dañar cuando el Ejército empezó a andar con los paramilitares. Una vez, recuerdo tanto, en la inauguración del puente de Puerto Nuevo había algarabía, fiesta y todo el alboroto; ya el sancocho estaba listo, habíamos matado cuatro vacas para la inauguración del puente, había amigos de un movimiento político y, de repente, se metió el Ejército y acabó con todo. Nos botaron las ollas al piso, todo el mundo corrió, nos tacharon de guerrilleros y todo el mundo salió huyendo en buses para acá para Barranca. No hubo matazón pero fue un episodio muy triste.

La finca en Ciénaga del Opón se llamaba La Esmeralda. Éramos como noventa personas, pura familia, y los paramilitares llegaban y nos trataban mal, nos preguntaban cosas y uno callado. Luego empezaron a masacrar a la gente, recogían personas de todos esos lados de La Rochela [corregimiento de Simacota, Santander], toda la juventud, y se las arreglaban con ellos. Decían que estaban haciendo limpieza, pero nosotros éramos unos humildes trabajadores. En ese tiempo conocí a mi mujer, Amparo. Ella trabajaba en fincas; luego de varios meses la convencí para que nos fuéramos a vivir. Ella también venía del Chocó. Tuvimos cuatro hijos: dos varones y dos mujeres, todos criados en el campo, allá en Ciénaga del Opón. Era muy duro. Llegaban a las casas levantando todo a su paso, mataban

las gallinas, los marranos y se los llevaban para comérselos, y uno no podía cobrarles nada porque entonces lo iban era *pelando* [asesinando] a uno. La gente se cansó y poquito a poquito fue dejando todo botado. Fue cuando comenzaron a matar y ahí sí se armó. Yo me quedé allá. Si me iban a matar, que me mataran trabajando.

Yo arrancaba arrobos de plátano y me venía para la carretera a venderlos. Ahí estaba la guerrilla, paraba los buses y toda esa chorrera de carros esperando a que viniera el Ejército para darles plomo. Uno ahí asustado, aguantando hambre, con carros atravesados en toda la carretera; recuerdo que a los buses les metían candela. Eso duró dos días, luego fueron el Ejército y la Policía y empezaron a dar vía, hacían desocupar los camiones llenos de plátanos para revisar si había armamento.

De ahí la cosa se puso fea. En Puerto Nuevo mataron a muchos amigos míos; a uno de los Contreras que tenían tres fincas lo cogieron y lo amarraron. Se los llevaron y no volvieron a aparecer más, se los llevaban porque creían que eran guerrilleros. Empezaron a abusar porque creían que uno era guerrillero.

El gobierno nos sacó de allá en helicóptero y el Ejército nos trasladó para Barranca a la sede de la USO [Unión Sindical Obrera]. Ahí duramos más o menos dos meses hacinados, comiendo sancocho comunal. Volvimos para la finca otra vez y ahí

sí fue donde empezaron a masacrar: mataban a la gente y los tiraban al agua, a otros los mataban con motosierra.

Un viernes por la tarde bajamos a comprar la carne pa'l fin de semana. Estando en el puente de Puerto Berrío [sobre el río Magdalena], pasaban los carros pa'arriba y pa'bajo, escuchamos disparos abajo en el pueblo y salimos volando. La gente corría y gritaba: – ¡Corran que están matando gente! “¡Dios mío!”, decíamos. Nos fuimos en caballos camino arriba de sopetón. Cuando llegué a la finca el ganado se me salió, no hubo tiempo de cerrar la reja.

La guerrilla entraba a las fincas y mataba a quien quisiera. A mí no me mataron porque me escondí en un toldillo y no me vieron, por eso me salvé. Luego nos fuimos a Puerto Nuevo a ver los muertos, a ver a quién habían matado: la guerrilla los tiraba al monte, veíamos los muertos ahí tirados y todos nosotros campesinos de la zona no soltábamos el machete, con el caballo a cuestras y la peinilla en la cintura. A muchos amigos míos los mataron ahí, y a Mauricio, un primo mío, la guerrilla también lo mató. Fue el encuentro entre paracos y guerrilla.

“Me mandaron a matar”

Recuerdo que Charajo era el más malo, mataba con un tiro en la frente. A la gente a veces la mataban

a bolillo, los tiraban al agua y no aparecían más. A un familiar le mataron los tres hijos y jamás aparecieron, los mataban y los lanzaban a la ciénaga [del Opón] para que los caimanes se los comieran. Ese sitio era de los paracos, por ahí no podía pasar nadie, solo ellos.

Ahí fue cuando me vine para Barranca. Pensaba en los animales que había dejado en la finca, los marranos, las gallinas. Eso no era vida, todo se lo comían los paracos, iban a las fincas y robaban a la gente lo poco que tenían. Recuerdo a unos señores de apellido Riviera, ellos metían a la gente a trabajar y cuando ya llevaban dos o tres meses en el trabajo, los llevaban a la montaña y los mataban brutalmente para no pagarles. Los Riviera eran de Bucaramanga, de la guerrilla, después se volvieron paracos. Tenían fincas en El Opón con ganado, se la pasaban pa'riba y pa'bajo.

Ellos me mataron a mi hijo, el mayor. Esos señores le preguntaron a todo el mundo a qué me dedicaba yo. La señora Úrsula les dijo:

—Déjenlo tranquilo, ese señor no se mete con nadie, él al contrario nos da plátanos para comer y yo le doy leche para él y sus hijos.

Ese día no quise comer, estaba angustiado, enguayabado, tenía rabia. Me llevaron montaña adentro donde el señor Giraldo. Más para allá había como cincuenta guerrilleros, en lo único que yo pensaba era en mi hijo. Yo veía cómo mataban,

me metieron en un toldillo, estaba amarrado y me insultaban. Me dijeron: –Coja una macheta y haga el hoyo.

Yo lloraba de la rabia que tenía. Alguien me dijo: –Tranquilo, a usted no le va pasar nada y si le pasa algo yo mato a esos también, porque usted no debe nada.

Eso era lo malo de allá, que no investigaban y pensaban que yo era colaborador. Una vieja, la tal Matilde, fue la que me metió a mí en problemas, esa vieja estaba enamorada de mí y se puso a inventar que la finca donde yo trabajaba era de los paracos. Yo conocía al señor Néstor, un guerrillero, y él sabía que yo me la pasaba era trabajando. El daño que me iban a hacer era grande, me tiraron a la orilla del río. Recuerdo que le dije a esa gente:

–Por acá no vuelvan más porque lo que hicieron conmigo no se los voy a disculpar, me hicieron perder mi trabajo, muchas cosas por culpa de esa tal Matilde.

Me compré un arma l6 para cacería, era buena, yo pensaba: con esta me matan y yo también mato, pero no me voy a dejar joder acá en mi finca. Yo era sin agüeros, no les tenía miedo.

Otra vez ellos me mandaron a matar con un paisano mío de Chocó, un man [hombre] que se había metido a la guerrilla. A ese tipo yo le había prestado una plata, me fue a buscar y me dijo:

—Me mandaron a matarlo, pero yo no lo voy a matar porque sé que usted no debe nada— ¿Qué hago?—, le dije.

— ¡Váyase, vuélese!—.

Recuerdo que me dejó el arma y el uniforme, y ni más volvió por esos lados, no molestó a nadie más.

“Mi compadre ni se dio cuenta de la muerte”

Salí un viernes de la finca para ir a la plaza de Torcoroma [Plaza de Mercado de Barrancabermeja] a vender plátano y para dejarle plata a mi familia. Eran las 4:30 de la tarde cuando sucedió esa matanza, un 28 de febrero de 1999. Luego de dejarle la platica a mi familia, me acerqué con un amigo a una miscelánea (él estaba ebrio), y estábamos ahí conversando y tomando el pelo cuando dicen:

— ¡Oigan, viene la Policía y están tumbando a todo el mundo, vienen vestidos de verde!

Uno no sabía si eran paracos o qué, venían encapuchados. La gente corría y corría, y cuando llegaron a la tienda uno me apuntó a mí y yo le dije:

—No me apunte que yo no debo nada.

—Ábrase.

Cuando yo di la espalda para irme, recibí un tiro en el brazo. Llegaron los paracos, que le estaban dando a todo el mundo, y recibí otro tiro en el mismo brazo, la mano se me partió en dos. Enseguida el amigo mío le gritó:

– ¿Oiga, por qué lo mata a él? ¡Ese señor trabaja!
¡Pum! le dio un tiro y de una le sacó las tripas.
Luego pasó mi compadre, que llevaba varios días tomando, estaba disgustado con la mujer y estaba borracho. Ahí afuera lo cogieron y lo mataron de una. Ni se dio cuenta de la muerte, quedó tendido, borracho y muerto. Había también un hombre con sus hijitos, le gritaron:
– A usted no lo matamos por sus dos peladitos.

Los paramilitares no tenían consideración con nada, eran gente muy mala, sanguinaria. El comandante de ellos era el *Panadero*, hacían requisas, entraban a las casas. Esa vez no me mataron porque Jesucristo no quería que me mataran. Pensaron que nosotros éramos guerrilleros.

Esa gente mataba vestida de verde, sin preguntar nada iban dejando los muertos, llegaba luego la Policía y el Ejército y la gente se escondía. La misma ley respaldaba a los paramilitares.

Yo estaba tirado en el suelo herido en mi brazo, escuchaba el sonido de las ambulancias, me llevaron al hospitalito y ni cuenta me di, mis amigos me contaron que me desmayé. Luego me trasladaron al hospital grande, me metieron a un cuarto donde había heridos y muertos, la Policía nos metió allá juntos. Yo ya estaba pa' morirme y una muchacha decía:

—Oiga y ¿cuándo le van a poner mano a este señor?
Alguien le contestó:

—Qué le vamos a poner mano al ELN.

El policía se ganó la vaciada de la vieja, le dijo que si yo me moría ellos iban a pagar por eso. Entonces ahí mismo llamaron a los doctores, me pusieron en una camilla, me colocaron suero y no me di cuenta de más nada, solo de mi mano destrozada, inservible. Me mandaron para Bucaramanga y los médicos todos atareados solo me daban suero, esperé mucho tiempo para que me atendieran. Recuerdo que una señora guajira que había llevado a su esposo al hospital dijo:

—Oiga, ¿qué pasa con el negrito, lo van a dejar morir?

Habló con el médico, que era un muchacho jovencito, y de una me echaron para arriba, me vio la mano, y me dijo:

—Usted está vivo por gracia de Dios.

Me operaron, me dolió mucho. Un primo mío iba a visitarme, me llevaba platica, por eso yo vivo agradecido con él. La recuperación se complicó. Eso me pasó a los 64 años, yo nunca más volví a la finca, qué iba volver. Después amenazaron a Aurora, mi mujer. A mí me perjudicaron mucho.

Meses después, un señor llamado Alfonso me dijo:

—A usted lo van a llamar a la Punta'elpalo (un lugar donde mataban a la gente). Lo va a mandar a llamar *Bolman*, un comandante de los paramilitares.

La mujer del comandante lo necesita a usted. A ustedes los van a joder, la vieja está hablando de una matazón y vienen por usted y otros más.

Cuando llegamos allá todo era cundido de fusil. Había tres mujeres y mi persona, nos arrodillaron y comenzaban a preguntarnos. A mí no me amarraron, me preguntaron vainas, lo único que yo decía era:

–Yo no sé quién es paramilitar y quién es guerrillero, a mí me hicieron mucho daño, yo no me meto con nadie, yo soy un tipo trabajador. A mí me dañaron el brazo, mataron a mi compadre, a un trabajador mío, y ni sé por qué los mataron. Yo no he denunciado al gobierno.

A mí me iba matar el *Panadero* y *Bolman* dijo:

–Yo a ese lo conozco. Váyase tranquilo, de ahora en adelante le voy a decir a mi gente que no se meta con usted.

Eso fue un viernes.

A *Bolman* lo agarró un teniente del Ejército del Batallón Nueva Granada y hubo una investigación. Después puse el denuncia de todo lo que me había sucedido. Luego todo fue investigación, audiencias. A *Bolman* lo mandaron para Bucaramanga, no tenía como negar todo, hasta la mujer lo había denunciado.

“No se vaya por allá, ya le mataron a su hijo”

Mi brazo se me hinchaba, me dolía. Un viernes me fui con mi hijo para El Opón a buscar plátanos, pero me tocó venirme porque me necesitaban para ese asunto de víctimas. Yo pensaba regresarme el domingo, mi pelao quedó solo allá, y ese en 2000 me lo mataron. Estaba mi hijo allá trabajando con unos muchachos, él buscaba plátanos para vender. Al día siguiente me llegó la noticia. Me mataron a mi hijo Jhon Jairo y al compañero. Fueron esos paracos que formaban el grupo de *Julián Bolívar*, que mandaban en el Magdalena Medio.

A mi hijo lo mandaron a buscar carne al mercado, llegó a Puerto Nuevo como de costumbre. Esperando la buseta me lo cogieron a patadas, le pegaron un tiro en el estómago y un disparo en la cabeza, luego 14 tiros más. Cuando yo supe me volví loco.

Iba para El Opón cuando un conocido mío me dijo: –No se vaya por allá, ya le mataron a su hijo, y seguramente a usted también lo matan.

Allá ya tenían el carnet de mi hijo, un tío me ayudó y lo pudimos traer, lo prepararon y lo velamos en la casa de Aurora. A mi hijo le desbarataron la cabeza, era mi hijo mayor, un pelao educado, inteligente, no se metía con nadie. La voluntad de Dios es así. Aún espero que el gobierno me indemnice por el asesinato de mi hijo; ojalá esa platica llegue antes de morirme.

Luego ya vinieron las investigaciones nacionales, yo me la pasaba dando explicaciones y contaba cómo había sido la muerte de mi hijo. Después a todos los cogieron presos, pero este gobierno es muy flojo, los cogen y los sueltan.

Mapa 9. Territorios y trayectorias en “Mis cuatro hijas son unos girasoles que dejaron unas semillas”



Fuente: CNMH.

1.8. “Mis cuatro hijas son unos girasoles que dejaron unas semillas”

Investigación y redacción: María Tila Uribe y Esperanza Trujillo Uribe

Contexto

En los últimos 14 años Putumayo y Caquetá fueron casos emblemáticos de las transformaciones que experimentó el conflicto armado colombiano, en donde el Bloque Sur de las FARC fue el principal protagonista. Mientras Putumayo se convirtió en una zona de repliegue de las FARC, Caquetá, al ser bastión político y militar de esa guerrilla, se convirtió en objeto de planes sistemáticos de recuperación territorial por parte de los últimos cuatro gobiernos de Colombia: los dos del presidente Álvaro Uribe Vélez (2002-2010) y lo que va corrido del presidente Juan Manuel Santos (2010-2016) (Fundación Ideas para la Paz, 2014).

Adicionalmente, Putumayo y Caquetá fueron áreas de disputa entre actores armados por el control de los cultivos de coca, procesamiento y comercialización de drogas. Desde 1998 hasta 2006 el Bloque Sur de las FARC sostuvo enfrentamientos con grupos paramilitares. Después de las desmovilizaciones de

estas estructuras, en Caquetá no se tuvo conocimiento de actividades recurrentes por parte de bandas criminales asociadas al narcotráfico, por lo que las FARC se convirtieron en el actor armado ilegal predominante, aun cuando en 2014 se identificó la presencia de un grupo paramilitar denominado Águilas Negras dedicado, entre otras acciones violatorias de los derechos humanos, a ajustes de cuentas y hechos de "limpieza social". En el mismo periodo, las estructuras de las FARC en Putumayo mantuvieron alianzas con bandas criminales y desde 2014 conviven en el mismo escenario con el grupo Los Rastrojos a partir de su participación en el negocio del narcotráfico.

Es en esos departamentos donde se van a desarrollar las dos siguientes historias. La primera, *Mis cuatro hijas son unos girasoles que dejaron unas semillas*, tiene como escenario principal a Puerto Asís en el Putumayo, un pueblo muy tranquilo, centro de intercambio comercial con Mocoa, el valle de Sibundoy y Pasto, hasta que en abril de 1979 llegaron las primeras semillas de coca. Gonzalo Rodríguez Gacha, alias *el Mexicano*, fue quien las introdujo con la ayuda de comerciantes de la zona. "La semilla pegó y comenzó a regarse sin control. Bajó al valle del Guamuez y de ahí siguió por el río Putumayo hasta Puerto Leguízamo. Subió hasta Puerto Caicedo, pasó a Orito, y en su recorrido ascendente se instaló en Puerto Guzmán y Villa Garzón. La promesa de una riqueza fácil hizo que

los campesinos cambiaran sus cultivos tradicionales por la coca y atrajo a miles de colonos de todo el país” (Revista Semana, 2000), y también atrajo a la guerrilla de las FARC.

Por casi una década duraron las buenas relaciones de guerrilleros y narcotraficantes en la región, hasta que comenzó la guerra. Una disputa por asuntos de dinero entre el *Mexicano* y las FARC terminó de manera escabrosa hacia finales de los años ochenta, lo que ocasionó que aquel narcotraficante llevara al Putumayo a Los Masetos¹⁰ para sacar a la guerrilla de ese lugar. Los Masetos desaparecieron cuando las FARC retomaron su dominio en esa región, con una operación que llamaron “Aquí estamos Putumayo”.

Los subversivos volvieron a dominar el sur del país durante casi toda la década de los años noventa hasta que una siguiente generación de paramilitares, liderada por los hermanos Castaño Gil, retornó en 1997 y constituyó el Frente Sur del Putumayo. En 1998, el grupo paramilitar comenzó a operar en zona rural de Puerto Asís desde el kilómetro cinco al nueve, así como en las veredas La Danta, El Águila y Quirilí.

El bautizo de fuego del Frente Sur del Putumayo fue el 7 de noviembre de 1999, cuando incursionaron

10 Ejército privado conformado en Medellín a comienzos de los años ochenta, como una venganza de terratenientes, ganaderos y narcotraficantes por las acciones de las guerrillas. Su nombre proviene de la generalización de la abreviatura Muerte a Secuestradores (MAS).

en La Dorada, cabecera municipal de San Miguel, y en El Placer, inspección del Valle del Guamuez. De ahí en adelante no cesarían de sembrar el terror en varios municipios del suroeste del país, bajo la excusa de combatir la guerrilla de la región pero que tenía como trasfondo el control del negocio del narcotráfico.

En el Putumayo, no solo los guerrilleros fueron declarados objetivo militar, sino también mujeres, madres e hijas de las víctimas. Durante su accionar, el Frente Sur del Putumayo asesinó a por lo menos dos mil quinientas personas y dejaron cinco mil quinientas víctimas, según los registros de la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía (Verdad Abierta, 2010).

En cuanto al departamento del Caquetá, donde se desarrolla la segunda historia: *La tierra perdida* el Estado ha priorizado esta región desde el año 2000 en sus esfuerzos de recuperación militar y consolidación del territorio, con el plan de guerra de las Fuerzas Militares, que busca focalizar las acciones de la fuerza pública en zonas consideradas como retaguardias estratégicas de la subversión. La Fuerza de Tarea Conjunta Omega cubre tanto Cartagena del Chairá como Puerto Rico, los combates, emboscadas y hostigamientos allí representan casi la totalidad de las acciones bélicas en el departamento (Equipo humanitario Colombia, 2014).

La vivacidad del conflicto en Caquetá ha dejado un impacto humanitario de proporciones significativas. A lo largo del periodo 2000-2013, Caquetá presentó tasas de homicidio que superaron al promedio nacional; en desplazamiento forzado Caquetá se ubicó como el sexto lugar más afectado del país después de Antioquia, Bolívar, Magdalena, Nariño y Cesar. Además, fue el tercer departamento con mayor número de víctimas por minas antipersonal después de Antioquia y Meta (Fundación Ideas para la Paz, 2014).

El Gavilán violó a las niñas, las mató, las cortó por pedazos. Le grité: “¿Por qué mató a mis hijas?! ¿No pensó en la madre que lo parió?! Eso no tiene perdón de Dios, usted con un arma y ellas sin armas. ¡Cobarde!”.

Él me decía: “Perdóneme”. A mis hijas nunca las voy a borrar, “¿Por qué hizo eso?”, le pregunté.

—Lo que pasa es que a sus hijas las informaron como si fueran guerrilleras.

— ¿Por qué no averiguó si mis hijas sí eran guerrilleras?—, le contesté. Y si fueran guerrilleras, mis hijas tenían perdón.

Dijo que le pagaban dos millones de pesos por cada persona que mataba, que por eso había cargado con todas las personas que le mandaban a matar. Él quedó en la cárcel y yo aquí luchando por mis nietos.

Soy nacida el 8 de abril de 1956 en Consacá, Nariño. Mi nombre es Blanca Nieves, a la edad de 18 años mi mamá me unió con Alirio, con él me fui para el Putumayo donde nos casamos. Él tenía 30 años. Ahora soy una mujer viuda, desde el año ochenta y pucho, porque a Alirio lo mataron como en el 85 y yo seguí luchando con mi familia.

Hice mi vida con mi esposo socavando montañas, sembrando arroz, sembrando maíz, chontaduro, pescando, lo que Dios nos diera para poder vivir. Tuve cinco niñas y a Cristian.

La muerte de Alirio

Alirio era una persona estudiada. Llegó la época en que me dijo que no quería trabajar más ahí y nos salimos para Puerto Asís, Putumayo. Nos hicimos a una casa allí. Yo era la presidenta de la Junta de Acción Comunal, me gusta ayudar. Mi esposo era un líder, trabajó como doce años en la alcaldía. Comenzó como inspector y ahí empezaron las amenazas para nosotros.

Seguí siendo una líder, adonde voy siempre ayudo a las mujeres. Yo estaba amenazada desde antes de que mataran a Alirio y después de muerto él. A él lo iban a matar, eso salió en la prensa. Le pregunté:

– ¿Qué pasa, Alirio?

—Negra, yo no tengo problemas con nadie. Si me matan que me maten, yo de aquí no me voy a ir. Aquí tienes esta escritura, si llego a morir por estas amenazas, no se la entregues a nadie. Blanca, te toca a ti asumir la responsabilidad, darles de comer a las niñas.

Con ellas partí para San Miguel, Putumayo, allá yo tenía una farmacia. A la semana me llamó como a las cinco de la mañana el comandante del Ejército y me dijo que habían matado a mi esposo. ¡Que habían matado a Alirio! Arranqué con las niñas y encontré su cuerpo.

Toda la gente a la que yo ayudaba me acompañó. Mientras lo estábamos velando llegaron tres encapuchados, dijeron que me iban a matar. Cuando la gente vio esos tipos armados corrió, entonces yo quedé ahí. Recogí a mis hijos, a todos los ubiqué al pie del cadáver del finado, y les dije a los encapuchados:

—Miren, señores, ya mataron a mi esposo y esta casa para mí ya no vale nada, porque lo que valía era esto—, y señalé a mi esposo—. Él me daba de comer, de vestir, estaba pendiente de sus hijas. Si quieren matarme, aquí estoy.

Esos señores cogieron los rifles, los bajaron y se fueron.

Eran Los Masetos, una organización de paramilitares que mató mucha gente en esa época. Cuando mataron

a Alirio también asesinaron como a otras cincuenta personas, a muchas prostitutas, y las echaron al río San Miguel.

Yo tuve al finado cuatro días y nadie me ayudaba a sepultarlo, hasta que se reventó. Como pude llamé a un trabajador y le pedí ayuda. Así lo llevé al cementerio y lo sepulté.

Ya en la casa, cuando me estaba durmiendo luego de cuatro días sin dormir, llegaron unos muchachos y me dijeron: “¡Doña Blanca, doña Blanca, sacaron a Alirio del cementerio!”. Yo pensé: ¡pero, Dios mío, qué más quiere esta gente! Ya lo mataron, ¡¿qué más quieren?!

A la inspectora de policía, yo le decía:

—Mire, doctora, los muertos quedan encima de los troncos, están los chulos comiéndoselos, haga el favor y vaya a alzarlos.

—Que se los coman—, respondió ella—. Yo no voy a ir a hacerme matar.

Después de eso decidí devolverme a Puerto Asís.

Mi casa de seis piezas

Mi niñez fue con una madre muy linda que tuvo nueve hijos. Nos criamos cosechando el café, sembrando plátano, yuca, caña, hacíamos guarapo, hacíamos pa-

nela. Desayunábamos todos unidos y primero hacíamos una oración para dar gracias por el alimento, lo mismo para trabajar en el campo echando pala o pica.

La mayoría de nosotros nos quedamos sin estudio porque mi mamá, si tenía para comer, no tenía para un cuaderno o una pizarra. De la edad de ocho años me tocó cuidar a mis hermanos. A mí me tocaba bañarlos y vestirlos mientras mi mamá trabajaba en el campo. Teníamos a mis tíos, la mamá de mi mamá, las hermanas de mi mamita. En ese tiempo se tenía mucho respeto a las creencias como a *Pitonisa* o el *Pájaro Coco*. Nos criaron muy religiosos y con todas esas culturas maravillosas de nuestros padres.

Cuando me casé con Alirio perdí la comunicación con mi mamá. En ese tiempo no existía ningún teléfono, eran cartas, nos tocaba esperar un día entero para que bajara un bus.

Después de un tiempo, un día yo había llegado de trabajar y mi hija Nancicita que tenía como diez años me dijo que un tipo había metido por la puerta unos papeles, unos panfletos que decían que me fuera de ahí, que me iban a matar como mataron a Alirio. Llegué a la alcaldía y le dije al señor alcalde de Puerto Asís:

—No están contentos con haber matado a mi marido y que ahora me van a matar a mí, hasta esta noche me dieron plazo.

Nos fuimos a la policía. Me dijeron que me sentara en la puerta de la casa a ver si llegaba el asesino a matarme, que ellos me rodeaban. Me quedé esa noche allí, saqué una botella de ron y me puse a tomar: si me matan, que me maten borracha.

Esa noche no me mataron, pero al lado mío mataron a otros señores. Pensé: me voy de aquí porque tengo mis hijas, me han hecho la vida imposible.

Salimos para San Miguel, las niñas tenían entre diez y doce años. Pasaron los años, estaban mis hijas de 19, 18, 15 y 14 años. Las muchachas se enamoraron y tuvieron sus bebecitos. Entonces les dije que me regresaba para Puerto Asís, porque en La Dorada se estaba poniendo muy dura la situación. Mi hermano me había ofrecido un lote: "Te lo voy a regalar, vente a hacerte una casa, vos eres una mujer muy valiente". Yo ahí mismo fui, contraté trabajadores, compré tablas, saqué fiado y armé una casa muy bonita, mi casa de seis piezas porque eran seis hijos: cinco niñas y un varón.

Las niñas y sus vestidos nuevos

En 2000 mataron y desaparecieron a mucha gente. El miedo mataba, aquí era la trinchera de los paramilitares. Cuando se enfrentaban con la guerrilla apenas se miraba a los árboles que se mecían mientras las bombas y la balacera. Es horrible

cuando se agarran a plomo. Nosotros nos refugiamos en la escuela como dos meses. Un día llegó el alcalde y dijo que desocupáramos las casas porque se había acabado la guerra: "Tienen que irse".

Como yo no tenía a dónde ir me metí en una casa donde habían matado a una familia. Ahí estaba la sangre, los colchones y todo. Saqué todo, lavé esa casa, puse una cobijita que habían dejado los mismos muertos, y ahí nos refugiamos mientras pasaba la violencia. Sin embargo, llegó el Comandante Blanco y nos sacó a todo el mundo al parque. Era un paramilitar que venía de Urabá diciendo que estaban cansados de matar gente. Ellos andaban con collares de orejas de los muertos y a otros les cortaban la cabeza y jugaban balón con ellas. ¡Eso fue cierto, el pueblo y todo el mundo lo sabe! A mí la gente me decía: "¡Doña Blanca, cálese!", pero yo no tengo por qué callarme. Si yo hubiera sido guerrillera, ¿ustedes creen que iba a esperar a que vinieran a matar a mi familia?

Entonces llegaron ellos y sacaron a todo el mundo para la calle, los de las fincas para las fincas, los de los campos para los campos, y quedamos ahí, inocentemente. Entonces llegó ese señor, el mecánico, lo encapucharon y él entregó a todo el pueblo y a mis hijas señalándolas de que eran guerrilleras. Ese señor comía de la misma olla mía. Yo lo reconocí, era "Coco". Le pregunté si ahora se sentaba a entregar a la gente y él me dijo:

—No, doña Blanca, si usted supiera cómo estoy aquí...

Yo les había dicho a mis hijas que vinieran para la Navidad. "Coco" en ese tiempo era vecino de mi casa. Cuando llegó, mi hija Mónica me dijo: "¡Ay, mamá, qué alegría tan grande!". Había matado mi marrano, mis gallinas, hice los tamales, la natilla, buñuelos y les pregunté:

— ¿Ya comieron? ¿Tienen ropa?

—No, no tenemos ropa.

—Vayan donde Juan Pablo que les dé la ropa—, les dije. Yo tenía crédito. Contentas se pusieron sus vestidos nuevos y salieron.

El día que íbamos a hacer la fiesta en la casa, el 31 de diciembre, nos ordenaron que teníamos que salir todos al parque a festejar. Salimos todos a tomarnos unos tragos, bailamos, nos encontramos con mis hermanos, cada familia en cada puestico, en el polideportivo.

Festejando el primero de enero me fui al frente de la casa, donde don Julio, y le dije que me diera un permisito, que tenía una carne para ahumar. Cuando estaba prendiendo la candela sentí que un hombre me puso la mano en el hombro, don Julio me hacía señas. Era un hombre alto, indio, tenía brackets.

— ¿Qué está haciendo aquí, señora?

—Oreando una carne.

Era el Comandante Raúl, que tenía la trinchera al pie de mi casa.

—Mire, señora, a las dos de la tarde tenemos una reunión con toda su familia, con sus hijas y usted.

Como yo no tengo problemas con nadie le respondí: Bueno, señor.

—Muchachas, aquí vino un comandante y dijo que tenemos una reunión. ¿Qué pasó, hijas? ¿Qué problemas tuvieron?

—Mamá, si algún día por esta violencia me pasa algo, yo le dejo mis dos hijos. Váyase muy lejos, no se vaya a quedar aquí porque aquí es un infierno—, me respondió mi hija Patricia.

— ¡Cómo va a decir eso mamita, que me va a dejar sus hijos! Patricia, no diga tonterías, no piense en morirse.

—Tranquila, mamá—. Y nos abrazamos.

El grito por mis hijas

Esperé a que llegara el carro: llegaron en una camioneta a las 6:30 de la tarde, cuando ya estábamos todas en la casa reunidas. Nos sacaron por plena carretera, nos llevaron a El Arco. Esa camioneta era de cuatro puertas, iban atrás unos escoltas.

– ¿Saben pa' dónde van?

–No, señor, yo no sé. La única que hablaba era yo. Los nietos iban conmigo.

Cuando llegamos ese señor paró ese carro, lo frenó como pudo y nos recibió un comandante, el *Alacrán*, un negro grandísimo.

–Llegó el paquete. Bajen a la señora.

Me bajaron, yo quedé sola.

–Señores–, yo no le tengo miedo a nadie, solamente a Dios–, háganme un favor, si alguien denunció a mi familia, averigüen, no me las vayan a matar.

Yo estaba diciendo eso y un comandante me interrumpió.

– ¡Tienes que largarte ya!

–Pero, ¿a dónde me voy a largar?

–Es que tienes que largarte o te matamos–, me miraron los que tenían los rifles. Entonces dieron la orden a otra camioneta:

– ¡Hagan el favor y a esa señora la botan en el parque!

Les eché la bendición a las muchachas, como pude tiré a los chicos a la otra camioneta y los apreté, y me dejaron en el parque. En la camioneta que me

llevaron iba la mujer del "Coco". Cuando me bajé, cogí a los niños y me fui donde el alcalde:

—Joven, me quitaron a mi familia. ¡Ayúdeme!

—Doña Blanca, defiéndase como pueda, yo no puedo ayudarle porque a mí me matan.

Entonces me pasé a donde estaban los paramilitares.

—Señores, a mí me quitaron a mis hijas, necesito por favor que no me las vayan a matar, que me las devuelvan. Miren estos niños que están llorando—. Los niños lloraron como unas dos horas de ver que yo lloraba y suplicaba.

— ¡Lárgate de aquí vieja antes de que te matemos!

Yo cogí y me fui sin saber para dónde las llevaron, sin saber qué hacer. Yo gritaba, lloraba, pedía agua.

Todo el mundo me tiraba las puertas, nadie me daba un vaso de agua. Hasta ahí llegué, me faltaba el aire, me faltaba todo, me había desmayado. Me pusieron inyecciones. Fue cuando el Albeiro, el esposo de mi hija, me llevó en una camioneta con todos los niños para Sandoná, Nariño, donde mi mamita.

—Ay, por fin me viniste a visitar, hija. ¿Por qué dejaste las niñas? No le quería contar a mi mamá que a mis hijas me las habían desaparecido.

Ya de ver que mamá se sentía como fastidiosa porque los niños lloraban me fui para el pueblo. Allí me encontré con Lucila, una empleada a la que yo le había dado trabajo. Le conté lo que me había pasado y ella me dio posada con todos los niños.

Yo no tenía casa porque el *Comandante Blanco* me robó todo en 2000, y en 2007 cuando también me robaron todo. Empecé a pedir limosna en las calles, en los colegios; pedía en las iglesias, pedía a todo el mundo, les explicaba. Hasta que me colaboraron y pude salir a Pasto, donde puse la denuncia de que me habían desaparecido a mi familia.

En la televisión salió que los paramilitares se desmovilizaron y pensé: me voy para el Putumayo. Yo no sabía nada de mi familia, de mis hijas. Llamé a mi hermano y él me mandó plata para la comida y el transporte para llegar al Putumayo.

Viajé con mi mamá y llegué a una pieza. Fui a ubicar a los niños al colegio y a hablar con el alcalde, me dio trabajo de aseo. Le dije a mi mamá:

– ¡Mamita, ayúdeme, no me deje sola, mamá! Vámonos para la montaña a buscar a las muchachas.
– Bueno, hija, vamos.

Nos fuimos, llevamos un hacha, un machete y una pica, y cuando mirábamos un hueco o la tierra hundida ahí nos agarrábamos a cavar con mi

mamá. De ahí sacábamos ropa, encontrábamos ropa de otras personas.

En mi corazón están vivas

Encontramos una fosa. Al meter la pica y jalar, sacamos una costilla. Entonces me fui donde la inspectora.

– ¡Doña Socorro, yo encontré una fosa, creo que ahí están mis hijas!–, le dije, aunque nunca esperaba encontrarlas muertas– ¡Ahí están mis hijas!

–Váyase a la Fiscalía y cuénteles.

Me fui para allá y encontré borrachos a esos señores:

Pasa que yo tengo desaparecida a la familia Galarraga, necesito que me ayuden, yo encontré una fosa

– ¿Dónde?

–Al lado del Arco, en una marranera.

–Más tarde vamos, mañana vamos.

En 2007 recibí una llamada, me dijeron que tenía que desaparecerme porque me iban a matar a mí y a toda mi familia.

– ¿Volviste acá a molestar? Te vamos a matar hasta al perro.

– ¡Dios mío!–, grité, y colgué el teléfono. Habían pasado seis años, tenía apoyo de la Asociación Minga y ellos me sacaron en un avión para Bogotá.

En 2010 recibí una llamada del alcalde de San Miguel:

–Doña Blanca, ya encontramos a sus muchachas. Donde usted fue a buscar en la fosa, ahí las encontramos, a las cuatro.

Girasoles y semillas

Mis cuatro hijas son unos girasoles que dejaron unas semillas. Hicimos una colcha de retazos con todo amor contando nuestras penas. En la colcha pusimos las faldas, los vestidos, todo lo de ellas, ¡todo! A pesar de que se fueron, en mi corazón están vivas y yo sigo luchando por los hijos que dejaron.

Después de tanta vuelta, de tanto hablar por tantas partes, el asesino, al que le decían el Alacrán, quien me miraba llorar por la televisión, se entregó. Como yo denuncié, como yo hablaba, como no callé, el asesino dijo que quería pedirme perdón. Lo tenían preso en Bogotá. Eso fue hace cinco años, porque hace cinco años encontraron a mi familia.

Yo no lo veía, yo hablaba y él me escuchaba. Al tiempo me tocó otra audiencia, había 35

paramilitares, la mayoría del Putumayo. Lo miré. Me pidió perdón. Contó que él tenía la orden de matarlas, que como él no fue capaz se las entregó a un tal Gavilán.

*Como acto simbólico a la memoria de sus hijas desaparecidas Blanca Nieves construyó una colcha con retazos de sus ropas e inspiró con esta iniciativa la creación de El Costurero de la Memoria, espacio en el que continúa participando al día de hoy.

Referencias

Equipo humanitario Colombia (2014), "Informe final MIRA: Municipios Cartagena del Chairá y Puerto Rico (Caquetá)", disponible en <https://www.humanitarianresponse.info/sites/www.humanitarianresponse.info/files/assessments/Informe%20MIRA%20Cartagena%20del%20Chair%C3%A1%20y%20Puerto%20Rico%20v6.pdf>

Fundación Ideas para la Paz, (2014, junio), "Conflicto armado en Caquetá y Putumayo y su impacto humanitario, Boletín #73", disponible en <http://cdn.ideaspaz.org/media/website/document/544528ladOaOf.pdf>, recuperado el 3 de octubre de 2015 a las 8 a.m.

Revista Semana, (2000, 6 de marzo), "Las guerras del Putumayo", disponible en <http://www.>

semana.com/nacion/articulo/las-guerras-del-putumayo/41200-3, recuperado el 3 de octubre de 2015 a las 8 a.m.

Verdad Abierta, (2010, 9 de noviembre), "Así entraron los 'paras' al sur del Putumayo", disponible en <http://www.semana.com/nacion/articulo/las-guerras-del-putumayo/41200-3>, recuperado el 3 de octubre de 2015 a las 8 a.m.

Mapa 10. Territorios y trayectorias en “La tierra perdida”



Procesado por:
Centro Nacional
de Memoria Histórica
CNMH.

Fuente: CNMH.

1.9. La tierra perdida

Investigación: Nelson Fredy Hoyos Espinoza,
Corpomanigua.

Redacción: Héctor Tabares Ortiz

Uno dice que uno es guapo mientras no le tiemblen los pantalones, y eso sí, cuando le echen a temblar, hágale.

Yo viví bien, en la finca limpié potreros y cafetales, cultivamos coca y maíz y aserrábamos madera y pescábamos mucho. Luego trabajábamos de transportadores de los compradores de pasta básica y nos pagaban hasta cien mil pesos por un sancocho de gallina. Teníamos nuestra canoa de viajar y nuestro deslizador; también tuvimos hasta empleada, pero como dicen, lo que por agua viene por agua se va. El error más grande fue habernos metido de nuevo a la coca porque ya teníamos con qué vivir.

Yo en mis años de experiencia y con el Ejército me he dado cuenta de muchas cosas. Si hay paz y se cumple bien vamos a gozar y a disfrutar la tranquilidad, comer, vestir, viajar, pero donde haya una torcedura ahí no sufren unos sino todos.

Mis papeles marcan que tengo 90 años, me llamo Pablo Zoriano Vargas. Nací en San Antonio de Aguilera, Cundinamarca. En ese tiempo eran

cafetales y cañales que se trabajaban, y mucha cacería. El jornalito era barato, por una semanita le daban a uno 10 o 12 centavos. Hoy vivo en Cartagena del Chairá, Caquetá, con mi esposa Susana Arias de Zoriano, de 86 años, y con mis hijos Claudia Edith Zoriano, José Gregorio Zoriano y Luz Marina Zoriano. Tengo más hijos pero ellos no viven conmigo.

Mis primeros recuerdos de la guerra

Yo estaba muy joven, y en una fiesta que teníamos un 13 de junio llegó Tirofijo. Teníamos chicha de maíz, aguardiente, y de todo; ahí llegó él, cargaba una pistola y un sombrero chiquito de jipa blanco. A la madrugada se fue y por el camino lo balearon los conservadores, claro, porque él estaba con los liberales. Él también baleó como a tres. Lo atacó un muchacho de apellido Palacios, entonces él se bajó donde don Inocencio Torres Gaitán y se consiguió un fusil. De ahí fue que empezó la violencia donde él vivía, en la vereda Caraucha en Yacopí, Cundinamarca.

Después, en 1950, me llevaron para el cuartel y salí en 1952. En esos momentos ya había quedado viudo, yo soy casado dos veces, empecé a salir con Susana. La visitaba cuando iba donde mi familia, por ahí cada mes. Me daban permiso tres o cuatro días porque desde que llegué a la infantería del Ejército fui distinguido, el teniente me decía que le llevara

arepa y ají y yo me iba volado. El comandante era José Guerra Mora. Yo fui distinguido por el cumplimiento en la mesa de guardia, por el aseo y porque yo era muy curioso desde el momento en que llegué. Por la cabeza, la inteligencia de uno allá, por eso me trasladaron a la plana mayor.

En el tiempo que presté servicio tuve que combatir y patrullar. Durante uno de esos combates hirieron a siete compañeros y yo quedé con dos heridas de bala en la mano derecha y la barbilla, y un rasponazo en la clavícula derecha. En ese tiempo se peleaban los liberales con los conservadores, a nosotros los del Ejército nos mandaron a combatir con la Policía, nos estaban esperando cerca de La Palma, Cundinamarca, nos encendieron a plomo. Íbamos 65 soldados, nos hirieron a cinco y de ellos cayeron como unos setenta que los cogimos en un pastal; los que quedaron vivos se volaron. Duramos como tres días por ahí recorriendo. Ya uno después de sangriado se vuelve otro, pierde el miedo.

Para alimentarnos matábamos cualquier res que encontráramos y nos daban a cada uno su pucho de sal y lo echábamos en ameros, hojas de maíz.

De Cundinamarca a Caquetá

Después de que salí del servicio militar me casé, ya tenía pedacitos de cafetales para trabajar. Después

me dediqué a matar ganado y me di cuenta de que me estaban “cazando” para matarme porque yo era liberal. Yo tenía un compadre que se llamaba Aristides León, el inspector en San Antonio de Aguilera, y un día me dijo: “Compadre Pablo, es mejor que se vaya”.

Encontré huellas donde fumaban cigarrillo todos escondidos por ahí *siestiándome*, me arremangué y me fui para Tocancipá, Cundinamarca, cuando empezaba la violencia. Me puse a sembrar lechuga y cilantro y a recoger mierda de ganado por la carrilera para secarla y venderla por bultos.

Me aburrí por el frío y porque no se conseguía nada. Me bajé donde una tía que se llamaba Ernestina Ramírez que era enferma de lepra y vivía en Agua de Dios, Cundinamarca, donde estaban todos los enfermos de lepra. Ella y yo éramos compadres pero hacía años que no nos veíamos. Allá no me pude rebuscar la vida bien, entonces me fui a Tocaima, Cundinamarca, a un café que se llamaba El Nevado donde me daban un delantal y me vestía de mesero. Llegaban unos ricos de una parte y de otra y yo cogía un trapo y les limpiaba el vidrio del carro y ellos me daban de propina unas moneditas chiquiticas de plata; por ahí las tengo todavía porque mi mujer las guarda de recuerdo. Ahí duré como dos o tres meses.

Me volví para Agua de Dios del todo y empecé a comprar pedacitos de parcelas para sembrar maíz,

ajonjolí, hasta tuve créditos para algodón. De esa época recuerdo a Laureano Gómez, Mariano Ospina y Rojas Pinilla.

En Agua de Dios también me aburrí, alcé mi trasteo y me vine para el Caquetá, a Maguaré en El Doncello. Tenía un compadre, Celestino Ayala, con el que habíamos tenido negocios de tierras; me vine a buscarlo, y lo encontré. Él me ayudó a comprar la finca, me dio alimentación y ropa mientras nos desvarábamos, se iba a sus negocios de ganadero y me dejaba la finca a mí.

La tal coca

Trabajando como mayordomo de mi compadre me compré una tierra cerquita de Rionegro a orillas del río Guayas, y de allí, de la finca de Rionegro con el ansia de la tal coca, me llevaron en 1981 para Puerto Camelias¹¹. Me fui porque ya mi hijo se había instalado a sembrar coca. Nos fuimos a “estar bien”, que era comprar un cultivo de coca de unas cuatro hectáreas y tenerla ahí mismo para estar con los trabajadores y todo.

Planté como unas ocho hectáreas de coca de varias clases: una que se cogía a los 60 días y otra que tocaba a los 90 días, que es la “pajarita”; conseguí

11 Poblado a día y medio en bote, saliendo desde la cabecera municipal de Cartagena del Chairá.

buen ingreso porque por allá llegaban los que la compraban¹².

Ahí me estuve trabajando con la tal coca y compré más tierra en Rionegro, junto al pedazo de tierra donde inicié.

De Camelias nos subimos a vivir a La Redonda. Yo tenía una casa en Doncello y se la cambié hace 25 años al compadre Mardoqueo por una finca que él tenía abandonada de unas seiscientas hectáreas en la vereda La Redonda, en Santa Fe del Caguán, junto a una quebrada donde se ahogó el político Rodrigo Turbay Cote cuando estaba secuestrado por las FARC en 1997.

Esa finca la limpié y cultivamos coca y maíz, aserrábamos madera y pescábamos mucho. Bajaban los compradores y subían, y así estuvimos tres años hasta que la tuvimos que dejar. Allá todavía tengo una isla de unas 40 hectáreas donde había hasta cien marranos. Un día me dijeron que bajara para negociarla y yo dije: no, que se pierda.

Eso se puso muy maluco, había mucha guerrilla y nosotros temíamos que hubiera enfrentamientos. En ese tiempo operaban por ahí los frentes 13 y 14 de

12 Según la Alcaldía de Cartagena del Chairá, en la década de los setenta se empezó a cultivar la coca de manera prominente en el Caquetá. Una oleada inmigratoria de personas y familias de todas las regiones del país, atraídas por las bonanzas, en menos de tres años fundaron más de diez caseríos a la orilla del río Caguán.

las FARC. Ahora me cuentan que ya guerrilla no hay por ahí, porque eso lo llenaron hasta La Chipa [vereda del municipio de Puerto Rico] de Ejército, que patrullaba parejo por todas partes.

Por ese tiempo nosotros trabajábamos de transportadores de los compradores de pasta básica y nos pagaban hasta cien mil pesos por una comida. La finca de Maracaibo II era siempre el lugar de llegada de nosotros, no la vendí durante todos estos años mientras el caucho crecía, hasta que la situación en el medio y bajo Caguán se complicó, por la caída en los precios de la coca y la llegada del Plan Colombia, que desplazó a toda la comunidad. Después regresamos a Rionegro. El caucho estaba pequeñito y yo sembré cuatro hectáreas más, unos cultivos muy buenos. Al tiempo, me puse a rayar y a rayar, es decir, a sacarle la leche al palo para sacar la lámina, hasta que el caucho ya no tenía buen precio. Se sacaban los 90 o 100 kilos a la semana de caucho y hasta 150 kilos, pues había días que había que esperar, cuando llueve no se puede rayar.

También se sembraba maíz para las gallinas y los pollos, y para rebuscarnos montamos lagos de pescados y palmas de chontaduro. El caucho se vendía muy fácil porque la carretera pasaba por el patio de la casa. También tuve una tienda y un depósito, y hasta compré una camioneta doble cabina y un camión Ford 600.

Alguien me propuso que echáramos un viaje de coca para afuera. Yo compraba coca en Rionegro, la empacaba en el camión y me iba, hasta que unos se pusieron de acuerdo y me robaron la coca y me tocó entregarles todo, incluido el Ford, si no me mataban a mí, al chofer, y a mi hijo.

La zozobra

Duré como productor de caucho unos 18 años. Estando nosotros ahí en esa finca de Rionegro, al otro lado del río Guayas, en la vereda Maracaibo II, un día cualquiera vino el Ejército al frente de mi casa, y como llegan y acampan en cualquier parte, acamparon cerca de unas guaduas. Entonces unos del Ejército se fueron al frente a comprar unos huevos o un pollo para la comida, y la guerrilla vino a atacar el puesto militar y mataron a un soldado. Como a las cinco de la tarde bajó un helicóptero que recogió el cadáver del soldado, mientras nosotros mirábamos, y como yo ahí era el presidente de la Junta de Acción Comunal entonces todos los vecinos llegaron a pedirme que diera órdenes. Les dije: *“La orden es no correr, hay gente armada de la guerrilla y del Ejército, no corran, quédense quietos, si no el uno o el otro les dan. Los que tengan miedo vengan para mi casa que en dado caso de que me llamen los unos o los otros yo les contesto”*. La gente me hizo caso, muy obediente.

Esa situación de zozobra duró dos o tres meses, a veces pasaban diez o veinte guerrilleros y otras veces veinte o treinta soldados. Esos no pelean, es cuento: el uno dormía allá y el otro dormía allí.

Una noche bombardearon a Rionegro¹³: de un lado al otro del río lanzaron cilindros de gas y ahí mataron un poco de gente y acabaron casas. Se entró la guerrilla a Maracaibo II, hubo mortandad del Ejército, se llevaron una gente secuestrada y quedó el pueblo como amenazado. Se presentó la balacera en el lote de nosotros, en la finca de los cultivos de caucho y los tiros cortaban los árboles de caucho. El gobierno mandó un avión que le decían “la marrana”, yo no había visto un tiesto grande como ese, y entonces yo salí corriendo para la loma, y ese avión comenzó a disparar pensando que por ahí estaban los guerrilleros y me volvió nada el caucho. Esa noche dormimos los vecinos al aire libre, todos reunidos.

Fue una pela muy dura porque de eso vivíamos, del cauchito, y tenía sembrado entre el caucho, que me había dado el Incora, 350 matas de chontaduro. En ese caso fue cuando el gobierno se tomó la región y acamparon por partecitas. Fue cuando la guerrilla vino y mataron al soldado, y cuando a mi señora le

13 Se refiere al ataque en abril de 2012 perpetrado por la Columna Móvil Teófilo Forero de las FARC, que dejó un saldo de tres personas muertas en la inspección de Rionegro, en el municipio de Puerto Rico, Caquetá. Las FARC lanzaron cinco cilindros cargados con explosivos que dejaron totalmente destruido el puesto de salud de ese municipio.

dio el derrame cerebral. Ella me dijo: *"Dejemos todo botado y vámonos"*. Por esos días uno no sabía para dónde coger, no sabía con quién se iba a encontrar.

La tierra perdida

Buscando atención médica me fui con Susana a Rionegro, el Ejército me ayudó a llevarla al hospital de Florencia y se me salvó. Pero ella cogió con el desespero y me sentenció: *"Nos vamos de aquí, regale la finca o déjela botada y camine, yo no me quedo aquí, yo no aguanto más"*. Entonces hablé con Claudia mi hija y nos fuimos para allá.

La finca estaba hipotecada con el Banco Agrario, que le prestaba la plata a uno para invertir en la finca. Había que acabar de pagar y hacer los papeles para librarla de la hipoteca. Gregorio se fue a Doncello y le dio el poder a un abogado para hacer las diligencias, y se equivocó. Ese señor cobraba al 10 por ciento interés a la gente y nos dimos cuenta que no había hecho nada. A ese señor lo estaban buscando otras personas que nos dijeron que a ellos también los había estafado así. A mi mujer, tal vez apesadumbrada pensando que teníamos embolatada la plata de la finca, volvió y le dio ese derrame. Ella tiene la sangre de ella y de dos personas más. Los médicos me dijeron que me tocaba cuidarla y aquí la estoy cuidando.

De Rionegro nos vinimos a Cartagena del Chairá. Allá tengo todavía la finca perdida porque yo la vendí en 60 millones de pesos, me dieron 15 y el resto por allá está Gregorio, mi hijo, tras de eso sin poder hacer nada. Yo compré esa finca sembrada de caucho y la trabajé hasta que se metió la violencia.

Va para cuatro meses que no he recibido alguna ayuda como desplazado. El almuerzo para Susana y para mí sale en dos mil pesos, mil de para allá en la moto y mil de para acá. Me gano la cocinada del almuerzo. Yo no aguanto más, de la Unidad para las Víctimas me dijeron que en enero me salía la ayuda. La doctora de la Unidad en Florencia, Caquetá, me preguntó si me habían dado casa, a mí casa no me han dado, el rancho que hay es el de la esposa. Si no fuera por la herencia de la tierrita de mi señora estaríamos por ahí sin techo. Ahora vivo de lo que me dan las hijas, y una hija que tiene por ahí un ganadito nos abrió crédito en una tienda para que pidamos lo que necesitemos, la estamos esperando para que pague lo que debemos.

Don Pedro Zoriano, con comienzos de la enfermedad del Pákinson, y su esposa Susana residen actualmente en una casa prefabricada, en piso de tierra, sin baño, que la Agencia Presidencial para la Acción Social le adjudicó en 2011 a la madre de doña Susana, y que ella heredó cuando murió a los

104 años de edad. Su hija Claudia cuenta que ni la Alcaldía de Cartagena del Chairá ni la oficina de atención a las personas mayores de ese municipio, que administra el programa Colombia Mayor, les han prestado atención a don Pedro y a Susana. La ONG Corpomanigua los apoya a través de sus programas de acompañamiento sicosocial, orientado a la estabilización emocional, recuperación de dignidad, protección y proyección de vida de personas, familias y comunidades con poblaciones afectadas por el conflicto en especial niños, niñas, jóvenes, mujeres y personas mayores.

Referencias

Alcaldía de Cartagena del Chairá (2016), "Reseña histórica", disponible en http://www.cartagenadelchaira-caqueta.gov.co/informacion_general.shtml, recuperado el 7 de noviembre de 2015.

Mapa 11. Territorios y trayectorias en “Un día dije: no más, voy a empezar de nuevo”



Fuente: CNMH.

Procesado por:
Centro Nacional
de Memoria Histórica
CNMH.

1.10. “Un día dije: no más, voy a empezar de nuevo”

Investigación: Irene Muñoz.

Redacción: Héctor Tabares Ortiz

Contexto

Pese a la desmovilización implementada por el gobierno colombiano entre 2003 y 2006, el paramilitarismo en departamentos como Cauca y Nariño, en el suroccidente colombiano, ha seguido. El gobierno insiste en llamarlos bandas criminales o Grupos Armados Organizados, pero entidades como Human Rights Watch (2010) han señalado: “Poco después de la finalización del proceso de desmovilización, surgieron grupos sucesores en todo el país que continuaron las actividades delictivas que anteriormente habían desarrollado grupos bajo el mando de las AUC”.

Hoy, año 2016, continúan las acciones de estos grupos: asesinatos, torturas, violaciones, amenazas y extorsiones contra las comunidades afro, indígenas y campesinas, que mantienen vivo el fenómeno del desplazamiento forzado. Y Cali sigue siendo la ciudad de esta región que más recibe población desplazada, especialmente de la Costa Pacífica. Esa es la ciudad en la que se instaló, por obra de la violencia, el protagonista de la siguiente historia.



Me estreso a veces cuando me veo muy solito, sin hijos, sin familia. Es que la felicidad de uno es estar allá, en su lugar, reunido con sus hijos. Y ahora, como ve, paso solamente con la compañía de la comunidad que llega a cada rato a escuchar mis charlas, mis historias de la vida.

Rafael Riascos es mi nombre, tengo 78 años y nací el 8 de noviembre de 1937 en la vereda San Joaquín [del municipio López de Micay, en Cauca]. La vida allí era muy suave, tranquilamente vivía uno, no tenía atropellos de nadie, trabajábamos a la hora que nos daba su gana, todo lo teníamos ahí y nos manteníamos más o menos bien.

En casa éramos siete, el mayor era mi persona. En la época de mi infancia uno sabía que no podía ya quedarse en casa, desde muy chico uno tenía el presentimiento de salir a caminar rápido. Y otra cosa que me movió a salir fue mi abuela, yo la quería a ella mucho y se me murió. Yo le corté un mechón de su pelo para dormir con él: fue muy duro que ella se me fuera.

Entonces me trajo a Buenaventura un tío para conocer y tocó quedarme allí con otro tío, quien me llevó a la carretera a cortar madera y a estar me con él ahí hasta que tuvo un fracaso: se mochó la mano derecha en el aserrío y le tocó salir; luego me tocó

salir a mí, quedarme solo aventurando durante tres años. Me fui con una tía para Buga La Rial, aquí en el Valle donde está ahora la Basílica Menor del Señor de los Milagros de Buga.

Después pude ubicarme a trabajar de mi cuenta, ya andaba yo en 15 años, me sentía un poco más mayor. Así me estuve como dos años trabajando con una familia Palomino. De ahí me tocó salir y venirme aquí a Cali en 1953, donde hice mi infancia. Permanecí como hasta la edad de 25 o 30 años.

Ya saqué cédula a los 21 años y me fui a Tapaje, en El Charco [Nariño, Costa Pacífica], donde estuve dos años. De ahí subí y subí por las riberas hasta un punto que se llama El Rosario [Nariño], donde había una señora que tenía una hija que la llamaban Juana y tenía forma de tortuga¹⁴.

Ese mismo año, 1964, me salí de El Rosario para Bocas de Satinga [Nariño] cargao de pescao y de coco para vender como vivandero [vendedor ambulante]. Allí en Bocas de Satinga las costumbres eran muy buenas porque el trabajo era de agricultura: trabajar el maíz, la papa china, el plátano, la madera, irse uno a la mar a coger el pescao, el coco, a traer el arroz.

Esa fue la infancia mía, y ahí sí regresé a Bocas de Satinga a tener ya mi familia: Rafaela es la mayor,

14 Hija de incesto. Los negros de la región pacífica colombiana lo leen así a manera de castigo.

la segunda es Nohelia y Emiro, mis tres hijos. Después me separé con mi mujer, Doris Ortiz, pero mis hijos quedaron criados ya. Yo le dejé a ella una finca para que sacara a vender a Bocas de Satinga su coco, su maíz, su plátano, su frijol y no pasaran necesidades, pero le dije que no quería ver que me le pusiera un padrastro a mis hijos, que ahí sí tenía problemas conmigo. Ella cumplió, pero nosotros nunca nos juntamos nuevamente.

La política

Yo con la política iba bien, era político, soy político. Trabajaba con Samuel Escrucería Manzi, un senador de Tumaco, y trabajé con [Antonio] Navarro Wolf; también trabajé con "Chapita", con Manuel Cifuentes, con el doctor Hernán Cifuentes y con Mardoqueo, todas esas gentes son políticos todavía. Hacíamos campaña para buscar soluciones a las necesidades de la gente más pobre, llevábamos programas para los niños, los jóvenes, los adultos mayores y ayudábamos mucho por medio de la política. Yo llevaba un trabajo con la comunidad, fui concejal en 1984 e inspector de policía desde 1989 hasta 1991.

Cuando llegué de nuevo a Satinga eso [el negocio de la coca] estaba regado, todo el mundo tenía y yo seguía con la madera y la agricultura. De ahí me dediqué a trabajar con madres cabeza de hogar.

Tuve 22 hogares de Bienestar Familiar a mi cargo. De ahí los alzados en armas se nos fueron montando a nosotros, se fueron metiendo y nos fueron sacando.

“Si uno les vendía a unos los otros lo mataban”

Ahí fue el desplazamiento masivo, a familias enteras les hicieron desocupar: hubo masacres, los muertos bajaban por el río; todos miraban pero nadie se atrevía a preguntar de dónde eran los muertos por miedo. Enfrente de mí no hubo masacres ni muertes porque yo no resistí, yo salí inmediatamente, pero sí en otros territorios.

Esos hechos se presentaban así: a ellos [los narcotraficantes] uno los veía saliendo de los ranchos, es que uno allá trabaja es en las quebradas: uno se va con sus *chiros*, su familia y todo, se va a una quebrada. Allá es donde uno trabaja la madera y trabaja su agricultura que es la siembra del plátano, aunque la mayoría dejó de cultivar el plátano para cultivar la plata efectiva, pero uno sabe que es una plata que ven muchos enterrada, porque por eso matan ahora, por dinero.

Me pongo yo a pensar: esos actores del conflicto se disputaban y se disputan aún en esa región del Pacífico, el mercado negro, el cultivo de la coca, porque si no hubiera el mercado negro... Cuando

yo entré al río Satinga en 1964 no había esa coca, vivía uno del chontaduro, la madera y el plátano y vivía tranquilo. Cuando ya principió a entrar ese objeto la gente principió a tratar y a pelear, y principió a vender a 30 o 40 o 50 millones de pesos, y ya entró el conflicto. Atrás de esa fruta o de esa hierba van los grupos alzados en armas y va el mercado negro, donde van acabando con el personal y los van sacando de sus tierras porque si no los asesinan, entonces tiene que uno salir y dejar sus tierras abandonadas. Ahorita que me desplazaron de Satinga esas tierras están en manos del gobierno, porque el gobierno es el que actúa con eso.

Todos fuimos afectados. Se veían bajar los muertos por el río, muertes aquí y allá, familias enteras murieron a manos de los paras que llegaron ahí e hicieron todas esas matanzas y sacaron a la gente para quedarse con la droga. Si uno tenía la coca en su lugar ellos llegaban a decir que se la vendieran, pero también llegaba la guerrilla, y si uno les vendía a unos los otros lo mataban. Por eso, por el mercado de la droga, mataron a muchos, vinieron muchas consecuencias hacia mí, porque los paras me sacaron.

Ese es el conflicto que hay, que no se ha acabado, y está porque eso sigue transitando en toda la región pacífica, y mientras no se acabe la droga no se acaba la mortandad y el desplazamiento sigue.

Salida “en bomba”

Entonces yo me fui a trabajar a la finca en la vereda La Victoria de Bocas de Satinga. Cuando menos ya estaba rodeado de esa gente a la que yo no había puesto cuidado para acatar sus órdenes. Ese día fue duro, el 6 de enero de 2006, a esa hora yo creí que me iban a matar, pero voltié y los miré fijamente pa’ ver qué movimientos iban haciendo. Solamente me dijeron: “*Te perdés o si no te matamos*”. Entonces yo tuve que salir *en bomba* corriendo duro porque ellos seguían ahí, mirándome.

Me vine sin poder decirles nada a mis hijos. Tenía como 69 años, me dieron dos horas para que me fuera. No alcancé a recoger nada, todo lo que había conseguido se quedó allá. Mis hijos salieron enseguida con su mamá.

Cuando ya no me vi en mi territorio tuve amarguras, porque si a uno le toca salir a otro lugar uno viene desvinculado, ya entra a pasar trabajos. Fue muy duro reponerme, no lo lograba, hasta que un día dije: “*No más, voy a empezar de nuevo*”.

Cuando yo llegué aquí a Cali nos unimos nuevamente, ellos [los hijos] ya sabían la dirección donde estaba y se pusieron a trabajar: la hija en casas de familia y el otro en construcción, hasta que ahorita hubo una cadena y mis hijos están allá tranquilos [se fueron a Chile]. Ellos son los que me

pagaban el arriendo, antes yo lo pagaba porque no tenía casa, y ahorita que tengo esta casa, la que me ve es la hija; cuando yo estoy sin plata, sin billete, me mandan pa' mi remesa.

Ese 6 de enero de 2006 llegué donde una hija, Nohelia, que estaba aquí en Cali. Como ella es más cobarde se vino primero. Entonces llegué a Las Orquídeas, en la 105; ahí viví como dos o tres años.

La melancolía

Después del desplazamiento me sentía mal, ¿sabe por qué? Porque uno campesino, a pesar de haber estado en la ciudad años, solo se amaña es en el campo: no es el clima de aquí de la ciudad, porque la ciudad es territorio *calentoso*, frío, y al mismo tiempo no hay un clima suficiente como lo hay en el campo.

En el campo todo es bien, entonces esas son las cosas, esos son los cambios que tiene uno: un cambio de vivir no muy bien. Al mismo tiempo tiene el peso de que si uno no tiene plata en el bolsillo se muere de hambre y en el campo no, cualquiera le da un gajo de plátano a uno. En la ciudad no se lo dan, tiene que meterse la mano al bolsillo, pagar el arriendo. Nosotros allá no pagábamos arriendo ni luz. Todo eso se le hace difícil a uno y lo va llevando a una melancolía. Si uno se pone a sufrir mucho le cae una

gota de sangre al corazón y uno se sale muriendo, porque uno ya tiene un estrés tremendo¹⁵.

Eso [melancolía] me pasaba pero fui abandonando eso, logré superarlo estando yo más tranquilo, cogiéndolo más suave: si hoy tenía un peso y mañana no lo tenía me mantenía tranquilo. Yo me fui a declarar [denunciar su desplazamiento forzado] el 27 de febrero de 2006 y a finales de ese año me dieron las ayudas; enseguida llegué y con eso puse una tienda. También me dieron algo en el Minuto de Dios y con todo eso me puse a trabajar, entonces ya cogía los pesitos. ¿Ve? Ahí estuvo todas las oportunidades. No sentí más de eso [depresión] cuando ya tenía qué vender.

Con los paisanos de mi tierra me he encontrado. Y aquí, gracias al Señor, ya tuve donde meter la cabeza, aunque nunca como estaba ¿no? Las casas de la costa Pacífica son más grandes que esta. Pero bueno, aquí estoy metidito y le doy al Señor gracias por eso.

Esta casa fue la que el Estado nos entregó [en el programa de viviendas cien por ciento subsidiadas] y ahorita tenemos muchas dificultades, aunque estoy mejor: aquí me respetan, nadie se mete conmigo y como no tengo problemas con nadie vivo tranquilo,

15 Es una creencia de su tierra, dicen que cuando da infarto lo que sucede es que hay una gota de sangre que se coagula y tapona el corazón. Ellos creen que solamente pasa cuando las personas sufren.

me siento y no tengo que estar mirando para todo lado porque no le temo a nadie y nadie va a llegar a matarme ahora.

El líder

No fue fácil pasar todos los obstáculos pero había que seguir, mucho anduve buscando salidas. Las entidades son muy lentas y las ayudas después de la declaración tardaban en llegar, pero poco a poco fui saliendo, fui conociendo más desplazados de otras partes y de Satinga, fuimos hablando de todos los problemas y de cómo íbamos a buscar salidas. Ahora tenemos la Asociación de Campesinos Desplazados, se llama Asofuturo, y estamos trabajando con un proyecto de fortalecimiento de unidades productivas con doscientos sesenta asociados. Tenemos todo legal y aquí, como ve, trabajamos por las familias más pobres. Ahora estamos recibiendo papeles de los niños para los regalos de diciembre para la novena del Niño Dios.

Aquí tenemos el proyecto de fortalecimiento a los negocios, tenemos doscientos treinta y nueve beneficiarios del proyecto. Hemos tratado a la gente de tenerla en un contacto en conformidad, contenta, porque cuando usted le da a la gente así sea un vaso de agua, y usted como jefa se lo trae y se lo reparte al personal, el personal se siente tranquilo, se siente muy maravillado porque sabe que la fundación no

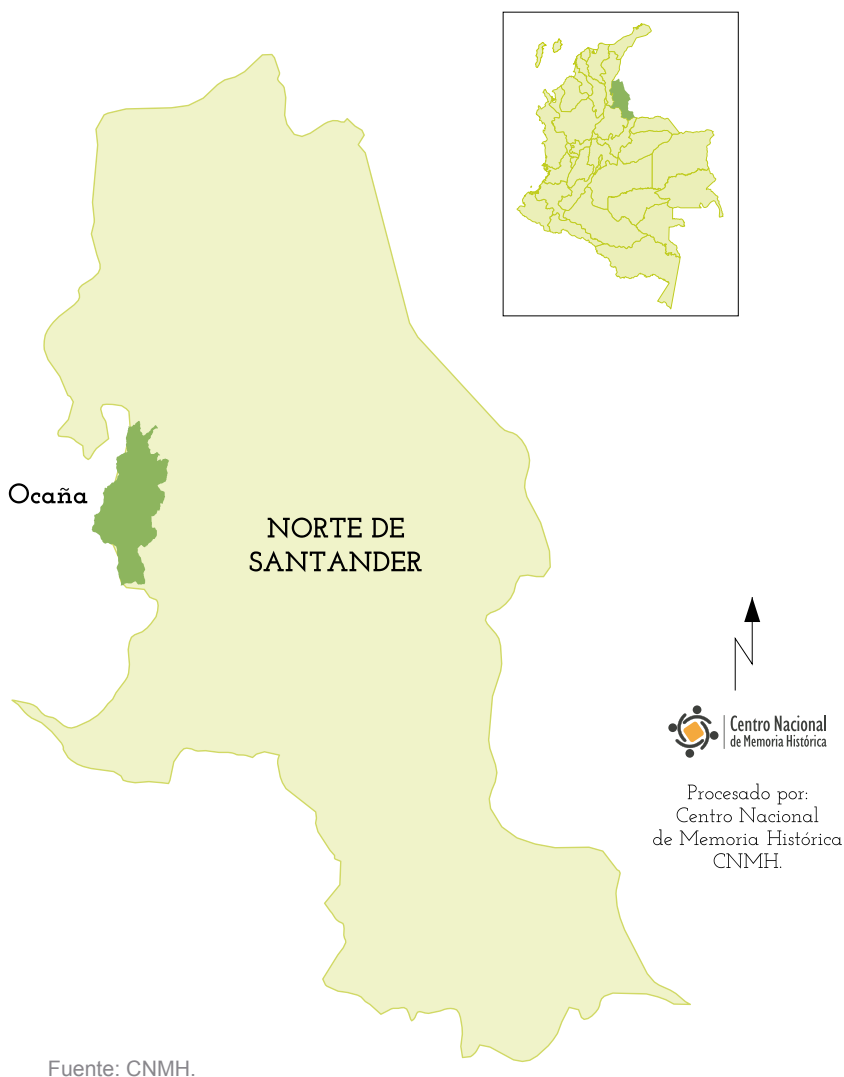
le está robando sino que le está es dándole. Esa es la cosa.

Como líder, eso sí, bendito sea el nombre del Señor, nos han respetado, y ¿por qué? Porque nosotros hemos sido tipos muy correctos; si aquí a usted le dan una hoja de papel, una hoja de papel se le entrega, nosotros no tenemos por qué quedarnos con nada, todo eso lo entregamos. Entonces ahí es donde vienen todas las cosas en marcha.

Referencias

Human Rights Watch (2010) "Herederos de los paramilitares, la nueva cara de la violencia en Colombia", disponible en <https://www.hrw.org/es/report/2010/02/03/herederos-de-los-paramilitares/la-nueva-cara-de-la-violencia-en-colombia>

Mapa 12. Territorios y trayectorias en “Le pido a Dios que me ayude a recuperar los restos de mi hijo”



1.11. “Le pido a Dios que me ayude a recuperar los restos de mi hijo”

Investigación y redacción: Julio Casas

—Mami estoy en Cúcuta, estoy por el centro de Cúcuta.

—Te quiero mucho y sabes que siempre estás con Dios—, le dijo ella.

Esa fue su última llamada.

Después de casi ocho años de la desaparición de Óscar, mi hijo, no he podido recuperar su cadáver. Él está allí todavía en una fosa común, no se sabe exactamente cuántos cuerpos hay en ese potrero en el que reposan. Lo único que sabemos es que además de Óscar están enterrados dos jóvenes más.

Otra era la idea de cómo sería mi vejez. Tenía una vida feliz al lado de mi familia y de mi esposo Darío Alfonso Morales, quien se dedicaba a hacer levantamientos topográficos. Para 2007 él tenía 62 años y yo tenía 60. Con él tuvimos seis hijos, cuatro hombres y dos mujeres: John Jairo, Rubén Darío, Nancy, Luz Marina, Carlos Alberto. Y claro, Óscar Alexander Morales Tejada, el motivo de mi historia.

En 2002 Nancy, una de mis hijas, quien para entonces tenía 24 años de edad, sufrió un accidente de tránsito en Bogotá. Al salir del trabajo rumbo a su casa un carro la arrolló en la avenida Boyacá, el impacto fue tan duro que perdió la vida al instante dejándonos dos bellos nietos de cinco y de tres años, y un gran vacío en nuestra familia. Este hecho fracturó nuestras vidas.

Nuestro hogar lo teníamos establecido en una pequeña finca en el municipio de Fusagasugá, Cundinamarca, donde nos dedicábamos a las labores del campo. Teníamos gallinas, patos, gansos y una pequeña porción de tierra para cultivar.

Al pasar los años mis hijos se fueron yendo de la casa: Nancy se casó y se fue para Bogotá; Rubén Darío se casó también; John Jairo el mayor y mi hija Luz Marina se quedaron con nosotros, ella es madre soltera. Carlos Alberto, que es de los menores, se fue para Ureña, pueblo fronterizo entre Colombia y Venezuela, allí conoció a una venezolana con quien se fue a vivir y hoy tienen dos hijos.

Óscar Alexander, uno de los menores, estudió hasta octavo de bachillerato y se dedicó a trabajar en obras de construcción y de auxiliar de topógrafo como cadenero, ayudando a extender el metro cuando necesitan pavimentar una calle. Él había planeado que con el fruto de este oficio reuniría un dinero y viajaría a Cúcuta, Norte de Santander,

para visitar a su hermano Carlos Alberto. Por eso el 18 de diciembre de 2007 salió para Medellín a comprar ropa que luego vendería en Cúcuta, hacia donde se dirigió el 23 de diciembre a encontrarse con su hermano, Carlos. Ese día me llamó para contarme que ambos se encontraban bien.

El corazón avisa

Óscar Alexander y Carlos eran muy unidos ya que eran los menores, pero Óscar no quería incomodar a su hermano ya que Carlos vivía en una habitación pequeña con su esposa. Por eso Óscar decidió quedarse en un cuarto de hotel en el centro de Cúcuta. Pasaron los días de navidad y el 31 de diciembre en la mañana me llamó Carlos y me contó que se había encontrado con Óscar Alexander el 27 de diciembre, que ambos se habían tomado unas cervezas y se habían despedido en la madrugada del 28 con el compromiso de volverse a encontrar el 29 para despedirse, porque Óscar se quería devolver, no quería estar más en Cúcuta, pero él no había aparecido. Al escuchar mi preocupación Carlos me dijo que no me inquietara, que seguro Óscar iba a llamar pronto y que aparecería en casa para las fiestas de fin de año con nosotros.

Pasaron las horas y más o menos a las 11 de la noche del 31 de diciembre recibí la llamada de Óscar. Lo sentí triste, me contó que no pudo viajar porque

había fiado la ropa y no se la habían pagado. Me dijo que lo esperara para la fiesta de Reyes y que me traería un regalo. Yo solo atiné a decirle: "Padre, cuídate". Quería levantarle el ánimo, él me confesó que estaba muy triste porque era el primer 31 de diciembre que no pasaba con nosotros. Yo le dije: "Te quiero mucho y sabes que siempre estás con Dios".

Algo que siempre recuerdo es que en esa llamada me repitió varias veces: "Mami, estoy en Cúcuta, estoy por el centro de Cúcuta". Esa fue su última llamada.

Llegó 2008, pasaron los primeros días y Óscar Alexander no aparecía ni telefoneaba. Yo le marcaba y el celular sonaba apagado. Seguía esperando y me animaba pensando que tal vez él no llamaba porque había perdido su celular. Siempre abrigué la esperanza de que entrara esa llamada, pero pasaron los días, los meses, los años y nunca llegó.

El 16 de enero de 2008, a las 10 de la noche, un frío pasó por mi estómago. El presentimiento que le mueve a una el corazón de madre y que nunca la engaña. Sentí como si algo se desprendiera de mi cuerpo. Me había despertado llorando muy preocupada, el corazón me avisaba que algo le estaba pasando a Óscar. Desperté a Darío mi esposo y le comenté mi angustia, él trató de tranquilizarme y me dijo que aparecería y nos llamaría.

Siguieron pasando los meses y nosotros no pusimos ningún denuncia porque siempre guardábamos la esperanza de que Óscar apareciera. Al llegar septiembre de 2008 me enteré por televisión de que los jóvenes desaparecidos de Soacha habían sido encontrados muertos en el municipio de Ocaña, Norte de Santander, lo que se llamó los “falsos positivos”, ejecuciones extrajudiciales. Al ver el sufrimiento de esas madres inmediatamente me eché la bendición y se me vinieron las lágrimas. Pensaba: Dios, esto no puede estar pasando. Se me apretaba el corazón y se me iba el aire pero me calmé. –“Mi hijo no puede estar en esa condición”.

Un falso positivo

Seguían pasando los meses, los años y nosotros siempre guardando la esperanza de alguna señal de mi hijo mientras continuábamos la búsqueda: fui a la Personería, a la Defensoría del Pueblo en Fusagasugá, pero no tenían información. Yo me la pasaba muy triste llorando a todo momento, sentía su presencia en casa, lo veía en todo lado, sentía que me movían las puertas tanto que ya ni sentía miedo. Un día, cuando ya no podía vivir con esa zozobra, desesperada les conté esto a mis hijos, pero ellos me dieron tranquilidad y esperanzas de que Óscar Alexander llamaría y aparecería pronto.

Llegó 2010. Un día le dije a mi esposo: “Algo más tenemos que hacer, esto no es normal, tenemos que

buscarlo". En febrero pedí ayuda a las autoridades, mi hija puso la denuncia ante la oficina de la Fiscalía General de la Nación en Fusagasugá; yo no fui porque sabía que no sería capaz de aceptar que mi hijo había desaparecido, no soportaría ninguna mala noticia. Mientras tanto con mi esposo comenzamos la búsqueda en funerarias, en hospitales, en Medicina Legal en Fusagasugá y en Bogotá sin éxito. Y así pasó ese año sin recibir alguna comunicación por parte de las autoridades.

El 13 de junio del año 2011 volví a sentir una corazonada y le pregunté a mi hija Luz Marina si yo podría ir a la Fiscalía a preguntar en qué iba la búsqueda de Óscar. Ella me dijo que sí, que a lo mejor yo tendría más suerte que ella, que pasaba cada 20 días a averiguar sobre su hermano y no le informaban nada.

Llegué a la Fiscalía de Fusagasugá llorando y contando mi historia, les conté que habían pasado ya tres años de la pérdida de mi hijo y no aparecía, que lo había buscado por todas partes y no había rastro de él, que necesitaba que ellos me ayudaran. Las funcionarias que me atendieron ese día me dijeron que en dos días me lo localizarían. Me pidieron un número de contacto, la foto de mi Óscar y la fotocopia de su documento de identidad. Salí de allí con la esperanza de que ahora sí tendría noticias de mi hijo pronto.

Al día siguiente me levanté temprano, como de costumbre, y pasé por las instalaciones de la Fiscalía nuevamente a eso de las nueve de la mañana a ver si había alguna noticia. Una de las funcionarias que me había atendido el día anterior me miró y dijo: "Doña Doris, ya se lo localizamos". En ese momento sentí una cantidad de emociones aterradoras, me temblaban las piernas, los brazos, se me durmieron algunas partes de mi cuerpo, se me fue el habla. La funcionaria me pidió que me calmara, al tiempo que se comunicaba por teléfono con la otra persona que me había atendido el día anterior. La funcionaria que me acompañaba le advirtió a su interlocutora que me contaría el resultado de su búsqueda y colgó el teléfono.

En aquel momento ella me repitió que me calmara, que habían encontrado a Óscar, que estaba en el municipio del Copey, departamento del Cesar. Yo la interrumpí, le dije que entonces ese no era mi hijo, que mi hijo estaba la última vez que hablé con él en Cúcuta. Fue cuando la funcionaria me dio la noticia que una madre no quiere recibir jamás: me manifestó que Óscar había sido asesinado en combate con el Ejército Nacional. Yo no entendí nada, no podía creerlo ni aceptarlo. La funcionaria de la Fiscalía que me acompañaba llamó a mi hijo Rubén, que se encontraba en Bogotá y le dio la noticia de lo ocurrido con su hermano, le pidieron que anotara un número de serial para que reclamara el certificado de defunción en la Registraduría Nacional del

Estado Civil. Él no creyó la noticia, me llamó para pedirme que me tranquilizara, que todo era un mal entendido, que seguramente Óscar había perdido sus documentos.

Ese día casi me vuelvo loca. Después de tranquilizarme un poco salí a deambular por las calles llorando. Hubiera podido llenar una piscina con mis lágrimas.

Mi hijo Rubén se acercó a la Registraduría a pedir el certificado de defunción y a hacer algunas averiguaciones. A los pocos días llegó a mi casa en Fusagasugá, nos sentamos a hablar, me pidió que me calmara y me confirmó que Óscar había muerto en combate con miembros del Ejército Nacional, adscritos al Batallón de Artillería No. 2 La Popa con sede en Valledupar, el 16 de enero del año 2008. Es decir, dos semanas después de su última llamada a nosotros. Me dijo que se encontraba en una fosa común junto con otros jóvenes más que cayeron en el mismo combate en El Copey, en lo que se llamó un "falso positivo". Yo le pregunté qué era eso. Me respondió: "El Ejército hace batidas, coge a jóvenes inocentes y les da de baja, haciéndolos pasar por delincuentes. Así ellos reciben prebendas, días de permiso, ascensos y demás beneficios que sus comandantes les dan".

Las mamás de Soacha

Yo me negaba a creer que mi hijo hubiera sido asesinado en esas circunstancias. Él nunca tuvo problemas con nadie en sus 26 años de edad, solo se dedicó a estudiar y a trabajar.

En nuestra familia sabíamos que enfrentábamos un problema serio, que lo que se venía no era nada fácil, pues había que iniciar el proceso de la entrega del cuerpo y comenzar a limpiar el nombre de Óscar Alexander, demostrar que no era ningún delincuente. Fue cuando tomamos la decisión con mi esposo de vender la finca que teníamos en Fusagasugá para comenzar una batalla que hoy seguimos dando para limpiar el nombre de mi hijo.

Pasaban los días y yo buscaba la manera de que alguien me ayudara a recuperar el cuerpo de mi hijo, sin éxito; en la Fiscalía y en la Defensoría del Pueblo de Fusagasugá siempre había una excusa, no me definían nada. Mi familia me sugirió que buscara ayuda y me uniera a las mamás de Soacha, las que por su experiencia con casos parecidos me podían aconsejar los pasos que debía seguir.

El 22 de julio de 2011 llegué a Bogotá buscando a las mamás de Soacha¹⁶, quienes me recibieron de

16 Madres de Soacha: 19 madres de jóvenes del municipio de Soacha (zona al sur de Bogotá deprimida social y económicamente) que fueron ejecutados extrajudicialmente por militares entre 2002 y 2008. Se reúnen periódicamente para reclamar justicia.

la mejor manera manifestándome su solidaridad y todo el apoyo que una necesita en esos momentos de dificultad. Me uní a ellas y comencé la lucha por mi hijo Óscar. Lo primero fue denunciar mi caso por cuanta oficina estatal pudiera y lograr que por los medios legales me entregaran su cadáver, para poderlo enterrar dignamente.

La peregrinación

Durante este tiempo he tenido que superar cientos de trabas para poder recuperar los restos de mi hijo y poderle dar cristiana sepultura; uno de ellos es que el caso estaba en manos de la Justicia Penal Militar y pues así el caso más se dilataba. Por todos estos obstáculos que se han presentado, decidimos con mi familia a mediados del mes de noviembre del año 2014 hacer una peregrinación al Copey, hasta el lugar donde se encuentra mi hijo para recuperar sus restos, exigir justicia y finalmente enterrarlo.

Viajamos en esa peregrinación 33 personas en un recorrido de 18 horas en bus, por más de ochocientos kilómetros, hasta la fosa común donde reposa mi hijo. Tuvimos el acompañamiento de varias organizaciones y del Centro de Memoria Paz y Reconciliación [de Bogotá].

A 35 grados de temperatura, con pancartas, pendones y telas cantando “Yo vengo a ofrecer mi corazón”

y “Duerme, duerme, negrito”, de Mercedes Sosa, exigimos la entrega del cuerpo de Óscar Alexander Morales Tejada. En el terreno donde está la fosa común la Alcaldía de El Copey tiene el proyecto de construir el nuevo cementerio del pueblo, donde ahora solo entierran a los que no han identificado, los cuerpos que nadie reclama y los habitantes de calle. Esa peregrinación sirvió para que en diciembre del año 2014 pasaran el caso de mi hijo de la Justicia Penal Militar a la justicia ordinaria, y así agilizar la entrega del cuerpo de Óscar.

Visité el lugar donde fueron asesinados los tres jóvenes y allí sembré tres caballeros de la noche, un árbol que después de las seis de la tarde suelta un aroma muy agradable, que ahora tengo en mi casa también y que me ayuda a tener a los muchachos siempre presentes, ya que los siento a los tres como mis hijos.

El gran vacío

Hoy, 2015, después de siete años, no he podido recuperar su cadáver¹⁷. Él está allí todavía en una fosa común, donde no se sabe cuántos cuerpos hay, en ese potrero. Lo único que sabemos es que junto con Óscar están enterrados dos jóvenes más: Octavio David Bilbao y Germán Leal Pérez, uno de Cúcuta y el otro de Valledupar.

17 Doris es la única de las 19 madres de Soacha que no ha recibido los restos de su hijo.

Lo único que le pido a Dios es que me ayude a recuperar los restos de mi hijo, que se haga justicia, que se sepa la verdad y que nunca jamás vuelvan a repetirse estos hechos con muchachos inocentes, porque a nosotras nos dejaron un gran vacío que nunca lo llenarán los demás hijos, son un pedazo de vida que se le va a uno.

Continúo en la lucha, aunque con los años uno se va agotando. A pesar de todo, hemos hecho muchas cosas para mitigar el dolor y la tristeza que todavía viven conmigo porque no he recuperado a mi hijo. No he terminado el duelo, solo ocurrirá el día en que me lo entreguen y logre darle cristiana sepultura en algún cementerio donde yo pueda ir a hablar con él y desahogarme.

El caso de mi hijo hoy sigue en la impunidad, la justicia ha sido lenta y en el proceso los militares investigados están libres pero vinculados a la investigación. Seguiré haciendo plantones en la Fiscalía, que consisten en pararme por horas al frente de las instalaciones del búnker de la Fiscalía General de la Nación en Bogotá, con pancartas, fotos de mi hijo y de otros desaparecidos en circunstancias similares, a ver si alguien me pone atención algún día y logro por fin traerme a mi hijo Óscar y tenerlo cerca de mí en algún camposanto.

Quiero que las familias que tienen a uno de sus seres queridos desaparecidos los busquen, que tengan

coraje y mucha fuerza para seguirlos buscando, ellos necesitan descansar en paz. No pueden perder las esperanzas, aunque algunos por miedo o por amenazas desisten de seguir con la búsqueda.

Yo creo en Dios y tengo una fe enorme en que va a haber justicia y que algún día se sabrá la verdad. Hoy tengo un angelito en el cielo que vela y cuida de nosotros, lo siento a mi lado y eso me reconforta y me llena a veces de alegría.

Batalla compartida

Ahora mi vida está dividida; sin embargo, le sonrío. Le doy mucho amor a mi esposo, Darío, si no fuera por su apoyo y el de mis hijos yo no podría levantarme todos los días con las mismas ganas de seguir batallando como el primer día por saber la verdad de lo que pasó con Óscar Alexander. Darío me dijo que contara con su apoyo para todo y que mientras él pudiera me acompañaría en esta lucha.

Viajo a Bogotá semanalmente a preguntar cómo hago para que me regresen el cuerpo de mi hijo y me digan la verdad sobre quiénes y por qué lo asesinaron. Mi esposo permanece en casa en Fusagasugá, trabajando como sastre y en cuanto oficio le sale para poder pagar el arriendo de la casa en la que vivimos y los demás gastos que se necesitan para financiar estas batallas. Batallas

que solo terminarán el día en que Óscar Alexander descanse en paz, nosotros sepamos la verdad y se limpie el nombre de él.

Siempre estoy pendiente de mis demás hijos y de mis nietos, ellos también han sido un gran soporte para mí en este camino. Por ellos seguiré adelante con mi lucha, siempre con la frente en alto. Hay días difíciles, en que siento que solo con llanto mi alma pierde peso y saco el dolor y la tristeza de mi cuerpo.

Por la memoria

Tengo la convicción de que con mi lucha y la de cientos de madres que perdieron a sus hijos lograremos que algún día haya justicia, verdad, reparación y no repetición de actos como estos. Por eso soy feliz de compartir con otras víctimas nuestras experiencias y por medio de actividades como el costurero, que realizamos semanalmente, plasmamos nuestras vivencias en unas telas bordadas. Así quedan plasmadas nuestras vidas y ayudamos a preservar la memoria de este país.

Sueño con sonreír y salir algún día a la calle gozando de tranquilidad, demostrándole a la gente que se puede sonreír aun cuando tenemos problemas, dándole al menos un abrazo y extenderle la mano al que lo necesita.

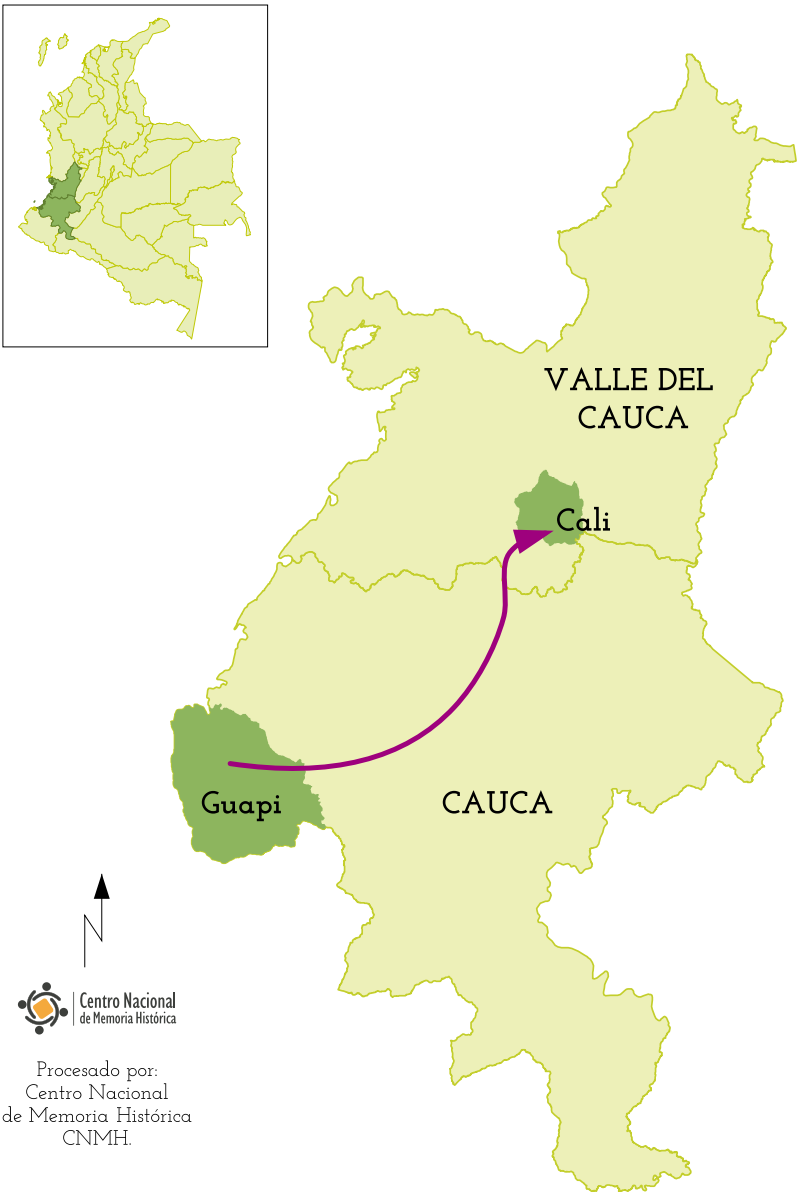
Recuerdo a mi Óscar como un excelente bailarín y cantante de rancheras de Vicente Fernández. Me gustaba mucho bailar con él, era mi mejor pareja, con él bailábamos vallenatos y salsa, que era lo que más nos gustaba. Estos recuerdos me animan en los momentos difíciles. Óscar desapareció a los 26 años de edad, no dejó hijos. Aunque en la casa se le enseñó siempre a ser responsable y a no dejar hijos regados por ahí, me hubiera gustado que por lo menos una vez se hubiera desordenado, así me hubiera dejado un retoño.

Referencias

Human Rights Watch, (2015, junio), "El rol de los altos mandos en falsos positivos, evidencias de responsabilidad de generales y coroneles del Ejército colombiano por ejecuciones de civiles", disponible en <https://www.hrw.org/es/report/2015/06/23/el-rol-de-los-altos-mandos-en-falsos-positivos/evidencias-de-responsabilidad-de>, recuperado el 7 de diciembre de 2015 a las 6:34 p.m.

El Espectador, (2016, abril) "Jorge Arturo Salgado. El general que frenó los falsos positivos en Sucre", disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-general-freno-los-falsos-positivos-sucre-articulo-627510>, recuperado el 7 de diciembre de 2015 a las 6:34 p.m.

Mapa 13. Territorios y trayectorias en “Si hay paz, entonces he de volver a mi tierra”



 Centro Nacional
de Memoria Histórica

Procesado por:
Centro Nacional
de Memoria Histórica
CNMH.

Fuente: CNMH.

1.12. “Si hay paz, entonces he de volver a mi tierra”

Investigación y redacción: Esperanza Trujillo Uribe

Estoy aquí a una edad en que un día me voy a morir; estoy sufriendo enferma pero vuelvo y digo: “*Gracias a Dios que me tiene aquí parada*”. Vea, yo soy capaz de volver si tengo cómo montar mi tienda y yo misma administrarla. Antes de llegar al negocio grande también tenía negocito, por lo menos en mi casa vendía algo porque yo no me ha gustado vivir sentada, me ha gustado el monte. He sido una persona muy echada pa'lante, pero ahorita no me veo los ánimos.

Nosotros éramos del campo, de una vereda cerca de Guapi, Cauca. Me crie con mi mamá, éramos cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres. Ella era muy buena, muy luchadora, pa' todas partes donde ella iba, iba yo. No fui a la escuela porque me gustaba trabajar, íbamos a coger papa, yuca, cogíamos cangrejos, jaiba, camarón con canastos o con cabo cuando las aguas estaban buenas. Lo que nos tocara y lo que uno cogía era pa'la comida de la casa. Si uno quería vendía algo, pero era más para la casa.

Luego me casé, hice con mi esposo mi casa y mi mamá vivía vecina. Tuve 12 hijos, y para tantos

hijos no tengo muchos nietos, porque el que más tiene, tiene dos. La comida no nos hacía falta porque él era muy trabajador, éramos agricultores, teníamos tierra allá. En mi casa no se compraba nada, lo único eran cosas así de azúcar, de aceite, inclusive yo hacía aceite de coco.

Ya estábamos organizados, teníamos un supermercado grande con mis hijos; yo era la cabeza, estábamos estables. Ese negocio, primero un hijo mío lo montó en Buenaventura y como él era muy amigo de un paisa que tenía otro negocio grande allá, entonces nos mandaban en barco los víveres por el río Guapi [Cauca, Costa Pacífica de Colombia] al pueblo y uno reclamaba en el mismo pueblo [Guapi] su bulto de arroz, de azúcar, todo lo de mercado, hartó en cantidad. Lo llevábamos para la tienda y allí nosotros lo vendíamos también al por mayor. Yo iba por el día y recogía lo que vendíamos diario.

“Mátenme aquí para que mi mamá me entierre”

El negocio gracias al Señor estaba funcionando bien, pero de un momento a otro... Yo tenía 70 años, un día estaba sentada con todos conversando. Ya tenía la comida hecha porque yo les hacía la comida, cuando de pronto vi una gente en camuflado que venía por una calle larga. Les dije a mis hijos:

—Muchachos ¿qué hará el Ejército por acá a estas horas?—. Iban a ser las ocho de la noche.

Eran bastantes en montón, entraron como seis a la tienda cuando oí:

—Hijueputas, tírense al piso todos aquí y si no se mueren ya.

Yo me quedé parada hasta que me gritaron: “¡Tírense aquí, hijueputa!”.

Iban buscando plata. Nosotros más de dos o tres horas *tiraos* en el piso y ellos haciendo lo que les daba la gana, tirando las cosas por toda la casa, destapando las ollas. Ellos decían: “*Cállense, cállense*”. Yo les respondía:

—Ay, señor, no hagan eso con nosotros, nosotros no tenemos plata, podemos tener compromiso pero plata no tenemos porque este negocio no es de nosotros, esto es uno que vive aventurándose para ganarse un peso.

A mis hijos los patearon, los azotaron. Yo rogaba que no me los fueran a matar. La gente del pueblo venía y al que llegaba le decían lo mismo: “¡Tírense al piso, hijueputas!”.

Me contaron a mí después que ellos se fueron, que toda esa calle era así, todos boca abajo y a todos los iban robando. De una casa vecina se querían asomar y cuando se asomaron les dijeron:

— ¿Qué quieren acá, malparidos?

Un señor se atrevió y les dijo:

—Es que esto aquí no es propiedad de ustedes.

— ¿No es propiedad? Vamos a ver...—, respondieron, y el señor tuvo que callarse.

Así estuvimos nosotros como tres horas, yo lloraba mucho. Le pedí a mi Dios que me diera valor. A mi hijo al otro día le amaneció la mano hinchada, que lo iban llevando pa' matarlo en el agua, vea, porque ellos andaban en unos botes, lo iban llevando pa' embarcarlo en un bote y mi hijo dijo:

—Yo de aquí no me muevo, mátenme aquí para que mi mamá me entierre.

Ellos hablaban con unos de una canoa:

—Que no tienen plata... que no...

—Háganle que ellos tienen plata.

— ¡No tienen nada!

Entonces les dijo uno de la canoa:

— Si no encuentro nada ténganse duro, hijueputas, porque la plata la tienen. Toda esa plata, como unos 30 millones—. No les dije nada.

Cogieron toda la mercancía y la llevaban a embarcaciones grandes, lanchas rápidas. Quién sabe pa' dónde voltearon, pa' dónde se fueron. La mayoría de la gente decía que a Tumaco, que ellos eran tumaqueños. Eran hartos, cargaban como un brazalete como de autodefensas, no sé, como AUC.

Cuando se fueron me decían los muchachos que me parara, que esa gente ya se había ido. Estaba bañada en sudor y en lágrimas. La gente me consolaba pero yo no superaba eso. Al otro día ni comí, aunque mis hijos

me decían que comiera, que no nos había pasado nada. Usted hubiera visto: no había por dónde andar, todo lo que teníamos, todo lo que había en los andamios, lo tiraron al suelo, lo que se partió se partió, lo que quedó bueno quedó bueno. Partieron cerveza, se llevaron cajas de brandy, de whisky, de aguardiente. Fue como una sal que nos cayó.

Menos mal que yo tenía la “platica” reunida y le debíamos al paisa como treinta millones de pesos. Yo le dije a mi hijo:

—Andá a pagar eso pa’ que esa gente, si vuelve, que no se la lleven.

Mi hijo le llevó la plata al paisa, los otros nos quedamos vendiendo lo que podíamos. Después fuimos a Guapi, porque del mismo pueblo llamaron y las autoridades no vinieron; imagínese, si esa gente se enfrenta había sido peor, quién sabe cuántos muertos habrían aparecido. Gracias al Señor no vinieron. A la Virgen del Carmen la tenemos en un monumento arriba, ella es la patrona de allí, por eso nosotros tanto ruego y por eso sería que ellos no regresaron. Ya quedamos todos asustados, yo no podía oír una lancha grande porque jay, Dios mío! ¿Será que esa gente vuelve? Los muchachos a los pocos días se fueron. Ellos me dijeron:

—Nosotros nos vamos. Les dije que cómo vamos a dejar todas las cosas abandonadas. Ellos me insistieron:

—Mamá, ¿usted qué cree? Si estamos vivos es porque mi Dios es grande. ¿A usted no le da miedo salir por ahí?

—Tampoco pa' irse, uno tiene que bregar. ¿Cómo me voy a ir dejando todo *tirao*?—, les dije yo.

—Si usted quiere quedarse, se queda, pero con el dolor del alma nosotros nos vamos.

Como ellos tenían que ver por sus hijos porque ya tenían su familia, los muchachos necesitaban conseguir su trabajo. Yo me quedé allí con unas poquitas cosas administrando la tienda, ellos todos se vinieron. Me quedé pero toda asustada, con mi esposo, como un año o menos. Él ya murió aquí en Cali, tiene dos años de muerto.

"Por mi edad es más duro"

Luego nos fuimos a reunirnos con los hijos. Imagínese usted, que se venga uno de su tierra, llegar pasando trabajo, volteando para un lado y pa'l otro y con eso que me hicieron. A buscar una institución: que vaya a una parte, que a la otra. Entonces llegué a la Fundación [Paz y Bien, que trabaja con poblaciones vulnerables de Cali], hablé, me acogieron y me fueron dando ánimo. Yo les expliqué lo que pasaba y me mandaron a la UAO [Unidad de Atención al Desplazado]; allí declaré y me fueron ayudando a superar lo que me había pasado, porque yo me mantenía era llorando. Me pusieron una sicóloga...

Yo fui la que quedé como desplazada con el papá, mis hijos no. Desde ahí me han estado dando la ayuda humanitaria, pero imagínese, cada tres meses, y ahora ya no, no sé qué pasó. Nos daban 500, 540 mil pesos. ¡Imagínese, cada tres meses! ¿Quién le va a dar tres meses de espera para pagar el arriendo de una casa si el arriendo se paga cada mes? Hay dueños de casa que dicen que lo sacan a uno de ahí porque no tienen que ver con la vida de uno. Estoy viviendo con un hijo y una nieta. El hijo está trabajando pero ganándose el mínimo, ¿y el mínimo pa' qué alcanza? Doscientos cincuenta mil pesos pagando arriendo, y los servicios que nos están llegando tan caros: que pa' los remedios y pa' la comida, pues hay días que se puede y hay días que no, que arroz con lentejas o frijoles, cualquier cosa. Cuando hay se compra y se hace una comida buena; cuando no, pues lo que haiga. A aguantar hambre, porque usted sabe que cuando uno no tiene...

Por mi edad es más duro. Si yo estuviera joven tendría mi trabajo, habría buscado. Aquí lo único es que uno mismo haga algo con sus propias manos: que una fritanga, arepas. Yo nunca había sufrido de la presión pero se me disparó. Además me dio un derrame, estaba sentada y cuando me dio eso me quedé babeando. Había una sobrina mía y estrujó unos limones, me dio una toma de limón y vea que ni podía tragarla porque el agua se me regresaba otra vez, hasta que por fin comencé a tragar, y cuando tragué ahí me

volvió la voz, porque yo me quedé muda. Perdí el ojo, yo veo con el de acá [derecho] pero con este no.

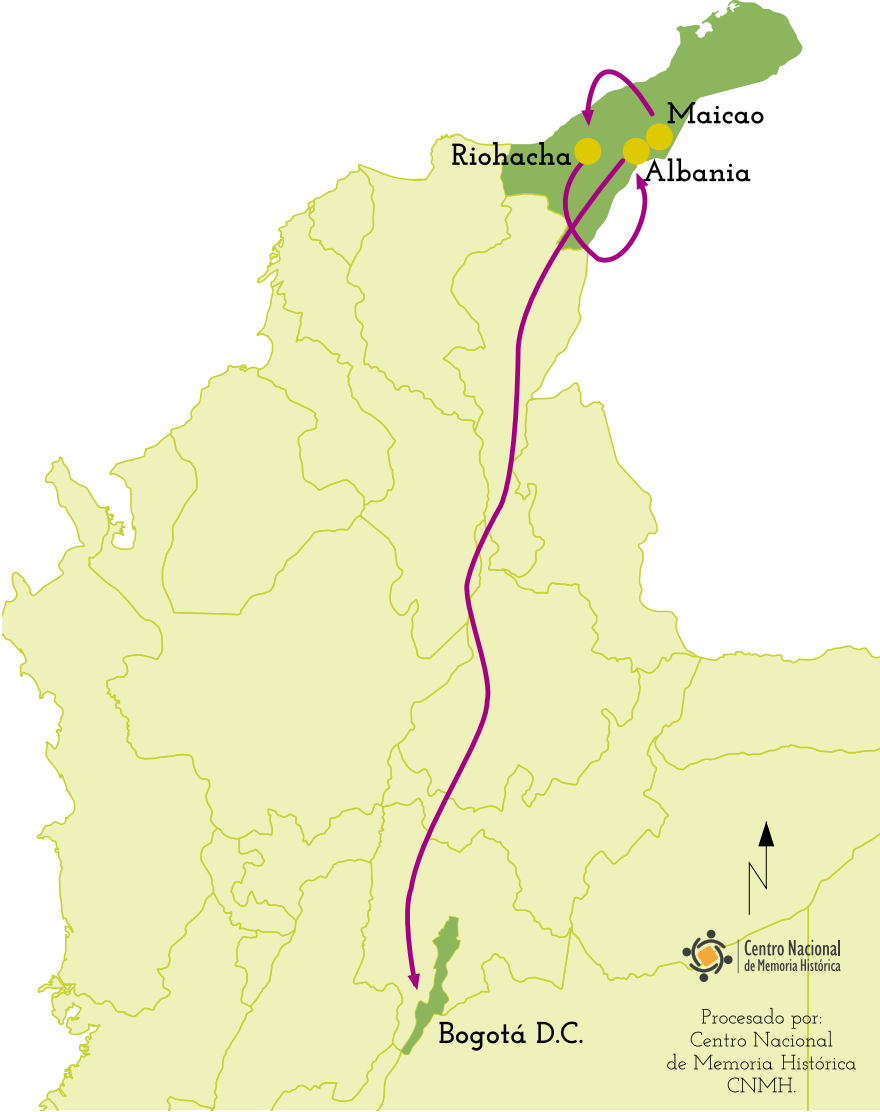
Tengo acá es una carta de Caprecom [entidad prestadora de salud estatal] pero eso no sirve. Cuando tengo así como para comprar las pasticas, las voy comprando así al azar y las amigas también me dicen qué yerbita me sirve.

La gente trata de estresarlo a uno, creen que yo nací así, pero yo era una mujer normal como todo el mundo. Esto es una enfermedad, por eso no me da pena salir a la calle, no me da pena reunirme con gente, el que se quiera burlar que se burle que la enfermedad es pa' cualquiera, no tiene dueño.

Que haya la paz, que yo estoy creyendo en Dios, paz sí puede haber. Tengo fe y si yo todavía estoy aquí, si hay paz, entonces he de volver a mi tierra.

Nota: La redactora agradece a la religiosa Alba Estela Barreto, directora de la Fundación Paz y Bien, su colaboración para el desarrollo de esta historia.

Mapa 14. Territorios y trayectorias en “Solo descansaré el día que esté nuevamente al lado de mi hija”



Fuente: CNMH.

1.13. “Solo descansaré el día que esté nuevamente al lado de mi hija”

Investigación y redacción: Julio Casas

Contexto

En Colombia, desde la península de La Guajira hasta la región amazónica habitan 134 grupos indígenas, lo que representa una de las diversidades étnicas más ricas del planeta. Son ellos, sin embargo, los de mayor vulnerabilidad ancestral y social en el marco del conflicto armado que ha vivido el país durante 60 años. Eso ha llevado a la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) a denunciar que ese conglomerado está en peligro de extinción. Entre esos grupos indígenas la etnia wayúu ha sido gravemente afectada por el conflicto, al ser víctima de masacres y desplazamientos forzados.

Desde los años setenta La Guajira ha padecido un ciclo de violencia, inicialmente a raíz de la “bonanza marimbera”¹⁸. Desde entonces, allí también han arreciado las actividades violentas de carteles de narcotráfico y estructuras paramilitares y guerrilleras.

18 Bonanza marimbera es el término con que se conoció el “boom” de los mercados de marihuana, cocaína y heroína en la década de los setenta.

“En 2004, las AUC avanzaron por la península encontrándose en su camino grupos de contrabandistas, narcotraficantes y wayúu que ejercían control en el territorio. Para imponerse, los paramilitares tuvieron que interactuar de manera directa con la población, lo que ocasionó en algunos casos, graves consecuencias humanitarias” (Fundación Ideas para la Paz, 2013).

Sigo sin entender por qué los paramilitares acabaron con mi familia, pero si de algo estoy segura es de que mientras tenga fuerzas seguiré luchando y solo descansaré el día que esté nuevamente al lado de mi hija, Irina. Hoy, a mis 69 años, mi vida transcurre entre reuniones con otras víctimas, para compartir experiencias y reivindicar el trabajo realizado por las diferentes asociaciones de víctimas que ha dejado el conflicto colombiano, y para exigir nuestro reconocimiento.

Todo arrancó en 2000: primero asesinaron al papá de ella, lo mataron en Maicao [La Guajira] el 13 de junio de ese año y, cuando faltaban 17 días para cumplir su año de muerto, asesinaron a nuestra hija el 26 de mayo de 2001. Este hecho marcó mi vida y la de mi familia.

Nosotros pertenecemos a la comunidad indígena wayúu ubicada en Riohacha [La Guajira]. Después

de doce años no me he acostumbrado al frío de Bogotá, ciudad a donde llegué desplazada por grupos paramilitares tres meses después de la muerte de Irina.

Sentada al lado de esta mesa vieja trato de recordar cuánto ha pasado el tiempo; mi cabello largo y blanco y mi piel arrugada dejan ver los años que tengo. Con cuidado veo la foto de mi hija, quien me da fuerzas para seguir luchando, para algún día poder esclarecer los motivos y los responsables de su tortura, su violación y muerte por parte de paramilitares al mando de Rodrigo Tovar Pupo, alias *Jorge 40* [excomandante paramilitar del Bloque Norte de las Autodefensas Unidas de Colombia, que fue extraditado a Estados Unidos en 2008 por cargos de narcotráfico].

Faltaban solo 17 días para cumplirse el aniversario del asesinato de mi esposo, Rubén Antonio Loperena, un reconocido *piachi*, que en wayúu significa curandero. Era un hombre con mucha sabiduría y líder de la comunidad. Irina fue tomada por los paramilitares en el mercadito guajiro de Riohacha, mientras vendía mercancía artesanal nuestra para reunir dinero y conmemorar el cabo de año a su padre muerto, como se acostumbra en nuestra comunidad.

Esa práctica consiste en la reunión de familiares y amigos donde amanecemos comiendo chivo, jugando dominó o

cartas y tomando *chirrinchi* para hacerle ver al espíritu de la persona que todos estamos con ella. El *chirrinchi* es un licor artesanal que tiene mucho significado para la etnia wayúu, lo tomamos en los velorios, festejos y acontecimientos especiales. Se elabora fermentando durante cinco o seis días solo agua y panela.

El último día que la vería

Irina había comprado una mercancía el 16 de mayo para venderla en los pueblos cercanos a Maicao como Cuestecitas, Barrancas, Villanueva, La Junta, entre otros caseríos. Luego de celebrar el día de la madre conmigo, se despidió dándome un beso y diciéndome que pronto regresaría con el dinero fruto de sus ventas para la conmemoración del primer año de la muerte de su padre. Ella emprendió su rumbo con un grupo de amigas que la acompañaba; llevaban algunos chinchorros, artesanías, ropa y sandalias para venderlos y así conseguir recursos para el homenaje que le tenían preparado a su papá. Nunca me imaginé que ese sería el último día que la vería.

Yo, por esos años, era integrante de la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia (Anmucic)¹⁹ y ayudaba como

19 Organización gremial de género, de servicio social. Está constituida por mujeres vinculadas al área rural o que han sido desplazadas por la violencia. Su mayor presencia se encuentra en Boyacá, Huila, Cundinamarca, Chocó, Quindío, Arauca y Atlántico.

intérprete a las diferentes comunidades indígenas que no hablaban el castellano y necesitaban de mi ayuda para poderse comunicar con funcionarios de hospitales, notarías y diferentes entidades, y en ocasiones para defenderlos de las humillaciones y actos de discriminación de que eran objeto por ser indígenas.

“No sea boba, su hija aparece”

Mi vida era tranquila y feliz al lado de mi familia. Con Rubén tuve cuatro hijos: Lorin, de 13 años, que significa persona inteligente con buenos valores; Irina del Carmen, de 15 años, que significa mujer creativa y solidaria; Daniel, de 16 años, que significa hombre astuto e inteligente; y Rubén Antonio, de 17 años, que significa hombre creativo solitario y respetuoso. Irina era particular, tenía una visión política adelantada para su edad. Con mi comunidad nunca nos faltaba nada para poder vivir. Siempre nos ayudábamos cuando alguna calamidad ocurría.

Días después de la despedida de Irina, más exactamente el 28 de mayo, llegó una indígena a mi casa a contarme que habían matado en el municipio de Cuestecitas a seis muchachas muy bonitas. Inmediatamente me invadió el miedo y la angustia por saber de mi hija, pero no quise decir nada a mi familia guardando la esperanza de que ella aparecería.

Por eso, al tiempo de no recibir noticias de mi Irina, una mañana me acerqué a la estación de policía y le comuniqué al uniformado que estaba de servicio lo que me había comunicado la indígena en Cuestecitas. El policía trató de tranquilizarme, pero ante mi insistencia de que se comunicara con la estación de policía de ese municipio, le confirmaron la noticia de la desaparición de seis jóvenes y le indicaron que solo aparecía el cuerpo de una mujer con facciones indígenas, de cabello largo y tez blanca. *"Ahí no hay más nadie"*, me dijo el policía. Yo exclamé: *"¡Es mi hija!"*, pero él me respondió: *"No sea boba, su hija aparece en estos días"*.

Invadida por el desespero salí para mi casa, no recuerdo si pagué el pasaje del bus. Al llegar mis hijos trataron de calmarme, pero comencé a movilizar a mi familia para dar con el paradero de Irina; mientras mis hijos varones salieron en búsqueda de un carro para que nos llevara hasta Cuestecitas, yo envié a mi hija menor Lorin donde su abuela paterna a un pueblo cercano llamado San Juan. Ella obedeció. Junto con mi hijo Daniel yo salí rumbo a Cuestecitas acompañada también de unos vecinos.

Al llegar allí comencé la búsqueda de mi hija mostrando su foto, pero la gente del pueblo, invadida por el temor, no decía nada. Al llegar a la inspección de policía hablé con el inspector y él tampoco me dio razón inicialmente de mi hija, pero al ver su

foto me sugirió que hablara con la mujer que había bañado el cadáver de la joven hallada muerta.

“Había sido enterrada sin identificar”

Salí en búsqueda de esa mujer. Cuando la encontré le mostré la foto de mi Irina y fue cuando ella me dio la noticia que yo no quería escuchar: que efectivamente, esa foto correspondía al rostro de Irina. Las esperanzas de encontrarla viva se me desvanecieron, la ilusión que tenía de que me dijeran que la joven muerta no era mi hija se esfumó.

Entré en estado de *shock*, reaccioné de forma airada contra la mujer que me había dado tan triste noticia, y sin control salí gritando por las calles buscando respuestas sobre quiénes y por qué habían matado a mi hijita. Al llegar nuevamente a la estación de policía trataron de calmarme, mientras tanto le entregaron a mi hijo que me acompañaba unos aretes y una manilla, las únicas pertenencias que quedaron de Irina. Ahí su hermano confirmó que sí era ella, y aguantando el dolor no quiso confirmarme que definitivamente era su hermana la que estaba muerta.

Desconsolada, pregunté dónde estaba el cuerpo de mi hija pero nadie me dio razón, lo único que se sabía hasta el momento era que había sido encontrada en un pozo llamado La Cantera, pero que no sabían

dónde se encontraba ahora el cuerpo. En medio de mi tristeza tomé la decisión de regresar a Riohacha para comenzar a dar con el paradero del cuerpo de mi hija y hacer los trámites legales para sus actos fúnebres con mi comunidad.

Durante esta búsqueda me enteré de que Irina había sido enterrada sin identificar en una fosa común en Cuestecitas. Pasaron dos largos meses para que por fin, luego de infinitos trámites y papeleos, pudiera tener conmigo nuevamente a mi hija. Recuerdo con mucha tristeza que nadie quería ayudarnos a regresar su cuerpo desde Cuestecitas hasta Riohacha, por el mismo temor con que vivía la comunidad por culpa de la fuerte presencia paramilitar que existía en la zona. Al fin un señor, viendo el sufrimiento de nuestra familia, aceptó recoger el cuerpo de Irina y regresarlo a nuestra casa para darle el último adiós²⁰.

Me dan ganas de llorar y siempre se me quiebra la voz al recordar el día que sepultamos a Irina, y le reclamo a la vida: ¿por qué?! ¿Por qué mi hija joven?! Si el orden de la vida es que son los hijos los que tienen que enterrar a sus padres y no los padres a sus hijos.

Ahora recordando, entiendo por qué la noche que mataron a Irina sentí un hormigueo por todo mi

20 Para los wayúu es sumamente importante celebrar el ritual del entierro de sus seres queridos, con el fin de proporcionarles el camino al Jepirrá (lugar sagrado) y la ascensión a la Vía Láctea.

cuerpo, caminaba desesperada por toda la casa rascándome todo el cuerpo hasta sangrar. Recuerdo que con el pasar de las horas, luego de tomar un remedio casero y de aplicarme talco, se fue calmando el dolor.

Días después de haber sepultado a Irina, un compadre que llegó a mi casa a visitarme se sorprendió al verme de ropa negra. Yo le conté lo ocurrido, y él horrorizado me narró que la noche de la muerte de Irina él había salido a cazar conejos y escuchó los gritos desesperados de una mujer. Él, escondido entre la maleza, escuchó que una mujer llamaba desesperadamente a su mamá: “Mami, mami, ayúdame, defiéndeme”, mientras unos hombres la torturaban y la violaban. Contó que los hombres sacaron sus armas y la asesinaron. Al escuchar los disparos mi compadre dice que salió a correr muy asustado para no correr con la misma suerte de la mujer, sin saber que ella era mi hija.

“Comenzaron las amenazas”

Al pasar los días comencé la lucha para esclarecer la muerte de mi Irina y al mismo tiempo comenzaron las amenazas contra mí por medio de panfletos, llamadas y visitas a la casa de hombres en motos amenazando a toda mi familia. Mientras tanto, yo veía con desespero cómo el proceso judicial por la muerte de mi hija no avanzaba, hasta el

punto de que el expediente se perdió en el juzgado. Si no hubiera sido por la copia que yo guardaba celosamente como un tesoro en mi casa, el caso de Irina habría quedado en la absoluta impunidad como tantos casos en este país.

Con valentía y cansada de las amenazas, tomé la decisión de viajar a Bogotá para denunciar mi caso y poner en conocimiento de las autoridades lo ocurrido con mi familia, ya que en Riohacha no podía hacer nada.

Mi llegada a Bogotá no fue fácil. A mi arribo a la capital colombiana en compañía de Daniel, mi hijo, una bolsa con unas pocas mudas de ropa y unos cuantos papeles eran lo único que nos acompañaba. El resto de mi familia se quedó en Riohacha. Triste por dejarlos, comenzaba una nueva vida alejada de mi comunidad y de mis seres queridos, enfrentada a una ciudad tan grande como mis deseos por saber por qué los paramilitares se ensañaron con mi familia.

En Bogotá llegamos a pasar muchas necesidades, hambre y humillaciones [A Blanca Nubia se le corta la respiración. Lloro]. No puedo olvidar los múltiples actos de discriminación de que fui objeto por mi condición de desplazada. No me daban empleo por ser vieja, al buscar alquilar un cuarto para vivir, como no teníamos muebles y menos trasteo, no me arrendaban, llegando al punto de vivir en la calle una temporada al lado de mi hijo, donde nuestro cobijo y compañía eran unas cuantas cajas de cartón.

Con la ayuda de algunas organizaciones comencé a trabajar en restaurantes como ayudante de cocina, y mi hijo Daniel se empleó como mesero. Así, poco a poco, logramos reunir un dinero y comprar una cama para que por fin nos pudieran alquilar un cuarto donde vivir.

En cuanto a la alimentación recuerdo que la acomodada fue difícil, acostumbrarse a la comida de esta ciudad no es fácil por los nombres, la variedad en sus precios y la forma de su preparación. En nuestra comunidad la alimentación es con chivo, pescado y friche, que es el plato típico de la comunidad wayúu. Es infaltable en ocasiones de gran importancia para la comunidad wayúu como los matrimonios, los novenarios de difuntos y la entrega de dote para una boda. Básicamente está hecho a partir de un chivo joven que es primero cocido y después frito. Por eso, llegar a Bogotá a probar platos que ni siquiera había oído nombrar fue un choque brutal.

Aquí continuó la persecución de los paramilitares hacia nosotros; un día me raptaron por cuatro días en una habitación al sur de la ciudad exigiéndome información sobre mi familia, la que no di negando todo lo que me preguntaban; haciéndoles creer que se habían equivocado de persona me soltaron dejándome en una zona desolada en el municipio de Soacha. Luego de pedir dinero para poder coger un transporte llegué a casa, donde me encontré con que el dueño me exigía que le desocupara la habitación que arrendaba porque mi desaparición había sido sospechosa.

“La muerte de Irina sigue en la impunidad”

Las causas y autores materiales de la muerte de Irina siguen en la impunidad porque nadie quiere dar declaraciones por temor a represalias, pero yo sigo dando la pelea. Sé que “Kiko” Gómez [Juan Francisco Gómez Cerchar]²¹, el exgobernador de La Guajira, quien hoy está preso respondiendo por sus supuestos nexos con grupos paramilitares y en la época en que ocurrieron los hechos era el alcalde de Barrancas, sabe qué pasó con mi hija; igual que Marcos Figueroa, alias *Marquitos* [líder de la organización criminal Los Curicheros, detenido en octubre 2014].

En 2014 un nuevo hecho marcó la historia de mi familia: mi hija Lorin fue violada por paramilitares en Riohacha. Fruto de esa violación ella quedó embarazada y fue obligada a desplazarse, llegó a Bogotá a estar nuevamente a mi lado.

Seguiré luchando hasta esclarecer la muerte de mi hija, pues me siento más fuerte que nunca a pesar de los años, de mis canas, del cansancio físico, del dolor de mis huesos que son normales a mi edad. El conocimiento que he adquirido en los últimos años me ha ayudado a perder el miedo a hablar en público, aunque vivo con él”.

21 Juan Francisco Gómez fue llamado a juicio por su presunta responsabilidad en los asesinatos de la exalcaldesa de Barranca, Yandra Cecilia Brito Carrillo en 2012; y su esposo, Henry Ustaris, y el escolta de este, Wilfrido Fonseca Peñaranda, en 2008.

Referencias

Fundación Ideas para la Paz, (2013, junio), "Dinámicas del conflicto armado en La Guajira y su impacto humanitario, Boletín # 61", disponible en http://archive.ideaspaz.org/images/DocumentoMonitoreo_ConflictoArmado_Guajira_Mayo2013-REVISADO.pdf.

Puente, Ángela María, "Bonanza Marimbera 1976 - 1985", disponible en <http://www.verdadabierta.com/victimarios/244-la-historia/auc/512-bonanza-marimbera->

Organización Indígena de Colombia, (2012), "Mujeres Indígenas, Víctimas Invisibles del Conflicto Armado en Colombia: La violencia sexual, una estrategia de guerra". Informe presentado a Margot Wallström, representante especial del Secretario General para la lucha contra la violencia sexual en los conflictos, durante su visita a Colombia, 16 de mayo de 2012, página 6.

Zamora Cardozo, Elizabeth, (2013), "La mujer Wayuu: cultura, territorio y paz", disponible en <http://agendapu.blogspot.com.co/2013/02/la-mujer-wayuu-cultura-territorio-y-paz.html>

Mapa 15. Territorios y trayectorias en “Que Dios les perdone”



MARÍA LA BAJA

- Cabecera municipal
- Corregimientos

Fuente: CNMH.


 Centro Nacional
de Memoria Histórica

Procesado por:
Centro Nacional
de Memoria Histórica
CNMH.

1.14. “Que Dios les perdone”

Investigación y redacción: Héctor Tabares Ortiz

Contexto

El viernes 10 de marzo de 2000, 150 miembros del bloque paramilitar Héroes de los Montes de María irrumpieron en el corregimiento de Mampuján, municipio de María la Baja, departamento de Bolívar. Por orden del temido jefe paramilitar Rodrigo Antonio Mercado Pelufo, alias *Cadena*, intimidaron y amenazaron a la población con armas de fuego y machetes: la sindicaban de ser colaboradora de la guerrilla. La orden era quemar sus casas, matarlos a todos junto con sus animales, tal y como lo habían hecho un mes antes en el caserío El Salado, también localizado en los Montes de María.

Según la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, CNRR, entre 1999 y 2001 en esta región los paramilitares ejecutaron 42 masacres, que dejaron 354 muertos (Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, CNRR, 2009). Con respecto a El Salado, los paramilitares se referían a uno de los capítulos más crueles de la reciente historia de violencia en Colombia: la masacre ocurrida en febrero de 2000 en la que fueron torturadas y asesinadas al menos 61 personas, según la Fiscalía General de la Nación.

Aunque generalmente se habla de la masacre de Mampuján, no fue en ese corregimiento precisamente donde 11 campesinos fueron asesinados. Por un acto que la mayoría de sus pobladores atribuyen a un "milagro de Dios", alias Cadena suspendió la acción criminal aunque, de inmediato, él mismo le ordenó a la población abandonar el territorio, dirigirse al casco urbano de María la Baja y resguardarse en la alcaldía. Después secuestró a siete jóvenes, a los que obligó a conducirlo a la población vecina Las Brisas, una vereda de San Juan Nepomuceno, en donde tuvo lugar la masacre. Los jóvenes de Mampuján fueron liberados luego.

La comunidad de Mampuján salió despavorida en la madrugada del 11 de marzo, dejando atrás su pasado ancestral y sus propiedades. Se reubicó de manera temporal en el colegio de María la Baja hasta 2001, cuando las víctimas se reasentaron en un lote de seis hectáreas y medio en el sector de La Curva de María la Baja (vía San Onofre - Cartagena), donadas por el sacerdote italiano Salvador Mura. La nueva comunidad se autobautizó con el nombre de Rosas de Mampuján o Mampujancito para conmemorar su adversidad. Otras víctimas huyeron y se reubicaron en la ciudad de Cartagena; unas más en la vereda El Sena, de María la Baja.

Por el desplazamiento masivo de Mampuján y la masacre en Las Brisas fueron condenados los exjefes paramilitares Edwar Cobos Téllez, alias *Diego*

Vecino, y Úber Enrique Banquez Martínez, alias *Juancho Dique*, comandantes del Bloque Héroes de los Montes de María de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). En abril de 2010, en audiencia pública, durante un incidente de reparación, estos exjefes paramilitares revelaron ante las víctimas de Mampuján y de Las Brisas que existió una colaboración entre los paramilitares y oficiales del Batallón de Infantería de Marina de Malagana (Mahates, Bolívar). En la sentencia de Justicia y Paz contra Cobos Téllez y Banquez Martínez, sin embargo, se lee que la justicia no ha establecido aún responsabilidades para el caso de integrantes de la Fuerza Pública (Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá, 2010). La Corte Suprema de Justicia confirmó la sentencia en 2011 y señaló, igualmente, que no había elementos para inculpar a la Armada (Corte Suprema de Justicia, 2011). *Diego Vecino* y *Juancho Dique* ya cumplieron su pena alternativa de Justicia y Paz de ocho años de prisión y salieron libres en 2015. Del temido alias *Cadena* se presume que murió, aunque nunca se ha encontrado su cuerpo.

En octubre de 2012 el Juzgado Segundo Civil del Circuito Especializado en Restitución de Tierras ordenó entregar 65 hectáreas a 14 familias que abandonaron sus fincas presionados por aquellos paramilitares. De esta forma, la comunidad de Mampuján se convirtió en la primera población en ser favorecida con una sentencia a favor por

una demanda de restitución de tierras en nombre de víctimas del desplazamiento y del despojo paramilitar en Colombia.

En noviembre de 2016 la Asociación para la Vida Digna y Solidaria (Asvidas), con su iniciativa "Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Paz de Mampuján", fue una de los dos ganadores de la 17 versión del Premio Nacional de Paz. La iniciativa ganó gracias a la labor en la recuperación física y psicológica de la comunidad de mujeres de Mampuján.

El siguiente relato es de Adjemiro Joaquín Maza, el "Profe", líder de la Veeduría de Personas Mayores de Mampuján. Desde el momento mismo del desplazamiento ha estado trabajando junto a la comunidad, líderes, organizaciones de base, ONG y operadores judiciales por la defensa de los derechos humanos, la reparación de la comunidad, la recuperación de la memoria colectiva, el tejido social y la dignidad de las víctimas.

A nosotros la presencia del grupo [paramilitar] en Mampuján nos cogió por sorpresa. Fue muy doloroso tener que abandonar el pueblo así, en un plazo tan corto. Era nuestro pueblo querido, donde habíamos vivido casi toda la vida de manera sencilla y tranquila.

Ese día nos amenazaron allí mismo, nos decían que nos iban a matar como en Salado, que los perros también iban a morir y que iban a quemar las casas. Luego nos dijeron que no iba a pasar nada. La gente en cuanto a eso se tranquilizó. Esa misma noche siguieron hacia arriba, por la zona del oriente y llegaron a la vereda Las Brisas, ya en el municipio de San Juan de Nepomuceno. Allí sí masacraron a 11 personas, cosa que no sucedió acá en Mampuján. Nos duele que haya sucedido con esa gente, nosotros los conocíamos y considerábamos que eran personas trabajadoras, pero tuvieron mala suerte.

De nosotros, había niños y menores embarazadas y casi todos estábamos entre los 20 y los 85 años. De las personas que estaban entre 80 y 85 años ya no hay ninguna, todas fallecieron. De las que tenían entre 50 y 75 algunos estamos vivos, unos pocos todavía están aquí con nosotros. Esas personas ya es poco lo que hacen, algunos viven con los hijos o con los nietos. Algunos sirven para cuidar la casa cuando sale la gente para el trabajo. Aquí a donde vivimos ahora [Mampujancito] llegamos en el último semestre de 2001, fuimos viniendo escalonadamente porque la gente tenía lote pero no tenía construcción. Hicimos lo que pudimos.

Salimos desplazados el día sábado y el lunes que volví todo estaba intacto todavía: la casa, el lote, los animales. Estaban todos ahí, pero faltábamos nosotros, lo más necesario. Ver esas casas vacías, como nunca las había visto, me dieron ganas de llorar por primera

vez. La gran mayoría nos reubicamos en María la Baja, algunos en casa de familiares, otros en los colegios y en algunos lugares públicos como la Casa de La Cultura y sitios así, a donde el alcalde nos llevó.

Cuando las personas mayores retornaron estaban muy deprimidas, lloraban, comentaban “yo no aguanto esto”. Era una situación crítica, sobre todo para las personas adultas mayores que habían decidido que no iban a salir por su propia voluntad del pueblo donde habían levantado sus hijos y ellos a su vez habían sido levantados por sus viejos.

Fundaron Mampujancito

En cuanto a solidaridad fuimos muy afortunados. Como desplazados recibimos gran apoyo de la gente de la comunidad, la administración municipal, personas de la región y las entidades gubernamentales y no gubernamentales. Los sacerdotes que estaban en María la Baja también nos ayudaron muchísimo.

Esos sacerdotes hicieron un “desplazatón”: de todos los corregimientos y de la cabecera municipal llevaron a la plaza vestidos, calzados, enseres y ayuda económica. Esos sacerdotes también consiguieron con otro sacerdote, Rafael Castillo Torres, que era el jefe de la Pastoral Social, que nos llevaran mercados a cada familia. Vino una tractomula tres veces con alimentos para los desplazados de Mampuján.

Las tierras donde estamos viviendo ahora la gran mayoría de las 245 familias desplazadas fueron compradas por los sacerdotes que le dije; algunos hicimos la casita y otros todavía no. [Mampujancito] fue fundado en junio de 2001. Se construyó un alcantarillado, pero nunca llegó a funcionar. El trabajo quedó a medias. Las aguas negras se ven por las calles, eso podría generar algún problema de salubridad para los niños. El chikunguña nos afectó bastante. Hemos hecho reuniones con la Secretaría de Salud Municipal y hemos venido trabajando en eso, pero la verdad es que el problema hay que solucionarlo, sobre todo el de las aguas negras que corren por las calles.

El peso mayor del retorno a Mampuján está en los hombros del grupo mixto que tenemos aquí en la comunidad: mujeres, hombres y jóvenes. Hacemos reuniones y programamos lo que vamos a hacer tal día de tal mes. Convocamos al personal y nos trasladamos. Siempre encontramos quién nos dé apoyo para la cuestión de los alimentos, el agua y lo que necesitemos.

Entre los logros más importantes en este proceso de retorno yo resaltaría la gran acogida que hemos recibido de parte de la población, de las entidades, y también que hemos sido restituidos, lo cual para nosotros ha sido bastante importante. Aunque todavía lo de la restitución y reparación no se ha terminado, sí nos ha ayudado.

La restitución

Aunque nos desplazaron de allá, seguimos yendo a Mampuján diariamente a trabajar la tierra. Es para nosotros muy triste ver aquellas casas grandes y vacías, mientras ahora vivimos de una manera tan estrecha aquí en este pueblito, donde lo poquito que hay lo hemos hecho nosotros mismos sin capital, sin nada.

El problema que más hemos tenido que afrontar en el trabajo de la restitución ha sido ese de la legalización de las tierras. Los que somos propietarios todavía no hemos recibido los títulos. No estamos en condiciones de acceder a los préstamos con el Banco Agrario porque no tenemos las tierras legalizadas. Cuando se presentó el desplazamiento en marzo del año 2000 sí estábamos en tierras propias, tituladas algunas, heredadas de los ancestros o compradas. Pero cuando debimos abandonarlas ya la gente no pagaba catastros. Mampuján viejo está abandonado. Ahora mismo hay unas 92 casitas nuevas que hizo el gobierno; algunas familias iremos a vivir allí pero cuando terminen el puente, cuando instalen la luz eléctrica, cuando se den las condiciones para vivir de una manera más o menos digna. Acueducto no lo estamos pidiendo porque nosotros nos conformamos con el agua de esos ríos que son una maravilla para nosotros. Pero sí colegios, luz eléctrica, y que terminen el trabajo del puente.

Luego de una visita a Mampuján viejo

Sentí mucha nostalgia al mirar ese lugar donde nací yo, donde nacieron todos mis hijos. Por un instante vi a mi papá, mi mamá y mis hermanos reunidos, charlando, haciendo tantas cosas. Me conmueve recordar estas cosas. Esa casa donde nací yo la había levantado mi padre y duró como 35 años, pero estando yo joven la tumbaron e hicieron una nueva donde nacieron mis hijos. El arroyo del lado de Mampuján viejo siempre se llamó Mampuján. El nombre, según dicen, deriva del nombre de un cacique de todo ese territorio.

Cuando hablo con mis nietos, los más grandecitos, los que ya tienen uso de razón, que son como siete, si ellos me preguntan yo les digo todo hasta donde me acuerdo, porque quiero que se sepan de memoria la historia de esa casa y la historia de nuestro pueblo, donde nací y viví 55 años.

Yo había pensado en escribir mis memorias sobre todo lo que ha pasado, pero creo que no me siento con capacidad como para escribir una cosa que valga la pena. Ahora últimamente he desistido de la idea porque me encuentro un poco olvidadizo y me parece que algunas cosas importantes se me van a escapar. Dejé pasar los años en que sí pude hacer un buen trabajo. Todavía me llevan a las reuniones y narro cómo era Mampuján.

Esos recuerdos me producen mucha nostalgia, pero también me he dado cuenta de que en la vida no todo es negativo. Me han reconocido, me han valorado quizás hasta más de lo que yo me merezco, por esas cosas y porque siempre he estado en las noticias enseñándoles a las personas cómo ha sido el proceso. Así me he ganado cosas que no tenía, como el aprecio de la gente.

A mis coterráneos, personas mayores que sufren bajo circunstancias como estas, les digo que por todo lo que ha pasado hay que darle gracias a Dios: Mampuján es el único pueblo donde hubo desplazamiento masivo pero no hubo muertos, eso es algo muy importante para nosotros. Yo me imagino si hubieran caído aunque fuera dos personas, creo que habría sido muy duro para nosotros. En Mampuján nunca vimos un muerto tirado en la calle, no lo hubiéramos aguantado.

Algunos jóvenes están dolidos y hacen comentarios. Otros la cosa la han tomado con naturalidad, se ve que esto los ha afectado menos. Lo que deseamos es que trabajen y que mantengan la imagen de Mampuján, que no vayan a dañar lo que se sabe de Mampuján, que no lo vayan a tirar por la borda.

Un pueblo trabajador y solidario

Mampuján siempre se caracterizó por ser un pueblo trabajador de gentes honestas, pacíficas, humanitarias, solidarias. Casi no se vendían las cosas sino que se prestaban: *"Coge la yuca, mañana*

que tú tengas me das o si no tienes no le pares bolas". Un pueblo donde el recién llegado decía: *"Pero si esto es un paraíso, aquí lo del uno es para el otro, que para el vecino, el compadre, el tío".* Vivíamos en una comunidad totalmente unida. Eso era lo que hacía más respetable al pueblo.

Nuestro caso ha sido muy conocido, en parte por el hecho de que no hubo muertos a pesar de que todas las familias salieron en un desplazamiento forzoso. Y también porque contamos con unos líderes que han hecho muy bien su trabajo. Los reclamos se han hecho en forma pacífica y más en una marcha que hicimos a Cartagena a pie.

La marcha por la restitución²²

Fue en diciembre de 2011, once años después de nuestro desplazamiento forzado. La hicimos con los desplazados de Las Brisas, de Arroyohondo y de otras veredas que salieron también desplazados por el mismo problema. Nos reunimos más de mil personas, de Mampuján fuimos como seiscientos cincuenta. Salimos con tres buses por si alguna persona se enfermaba, se montaba un rato y después se bajaba a caminar otra vez. Se hizo de una forma pacífica, con agua y con bolsas para ir depositando

²² Se trató de una caminata de cerca de 73 kilómetros, que partió el 11 de diciembre de 2011 desde el corregimiento de Mampuján y llegó a Cartagena el 13 de diciembre. Reclamaban reparaciones individuales y colectivas.

los desperdicios de todo lo que íbamos consumiendo en la carretera. Quedó la vía más limpia de lo que estaba antes de que pasáramos nosotros. Íbamos por un carril con un grupo de unos indígenas expertos en eso: una cinta al centro de la carretera dejando un espacio para que pasaran los carros y otro para que pasara la marcha. La Policía y el Ejército nos acompañaban para indicarles a los carros cuándo debían detenerse.

El gobernador nos recibió con mucho halago, fuimos muy bien recibidos en las calles de Cartagena. Se dieron cuenta de la organización y de que no protestábamos de manera insolente, solo reclamábamos nuestros derechos de manera pacífica. Para el regreso, la gobernación de Bolívar asignó tres buses más. El objetivo principal de nuestra marcha era que escucharan la voz de nosotros, que estábamos reclamando nuestros derechos, pues ya había sido aprobado lo de la reparación pero todavía no se había ejecutado. Tuvimos éxito porque de ahí en adelante las cosas se aceleraron. Eso fue al comienzo del primer periodo de [Juan Manuel] Santos. La Ley de Víctimas fue aprobada en el 2010 y fue cuando empezaron a reconocer nuestros derechos.

“Sufrimos bastante”

Sobre los que nos amenazaron, bueno, creo que esos señores ya estuvieron aquí en una audiencia

pública, hablaron del perdón y estuvieron... ¿cómo decir? arrepentidos de lo que hicieron. Yo pido que Dios les perdone.

La publicación de estos testimonios sirve para mucho, espero que sí, porque así las nuevas generaciones y la gente se enteran de cómo fue el proceso y las vicisitudes que tuvimos que afrontar. También para que el pueblo de Mampuján sea un caso que pueda servir de ejemplo para otras comunidades, porque la verdad es que nosotros, aunque sufrimos bastante, también como desplazados hemos sido muy tenidos en cuenta.

En estos momentos lo que sí me gustaría es si volviéramos a tener apoyos para lo de los adultos mayores, la comunidad que nosotros dirigimos, la veeduría. Lo que me preocupa es que a HelpAge Internacional ya se le cumplió el periodo de apoyo en que nos patrocinaba y hemos quedado en unas condiciones muy difíciles para viajar o para hacer reuniones. Esa es la preocupación que tengo.

Referencias

Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, CNRR, (2009), "La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra", disponible en http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2009/informe_la_masacre_de_el_salado.pdf

Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá, (2010, junio), "Sentencia", disponible en <http://www.fiscalia.gov.co/jyp/wp-content/uploads/2012/10/Sentencia-Edwar-Cobos-T%C3%A9llez-y-Uber-Enrique-Banqu%C3%A9z-Mart%C3%ADnez-2010.pdf>

Corte Suprema de Justicia, (2011, abril), "Sentencia", disponible en <http://www.fiscalia.gov.co/jyp/wp-content/uploads/2012/10/Sentencia-Edwar-Cobos-Téllez-y-Uber-Enrique-Banquez-Mart%C3%ADnez-2011.pdf>

Departamento de Justicia de la Embajada de los Estados Unidos en Colombia, (2013), "Vivencias. Narraciones comunitarias de la historia, los aprendizajes y el desarrollo de la ruta jurídica en el marco de la sentencia 34547 de Justicia y Paz, a partir de las experiencias de Mampuján".

Mapa 16. Territorios y trayectorias en “Papá, mamá, no esperen más a Pablo”



1.15. “Papá, mamá, no esperen más a Pablo”

Investigación y redacción: Rubén Darío Zapata

“Se llevaron a los muchachos”

— ¿Que qué era lo mejor de mis hijos?—, reflexiona doña Geníhora, repitiendo la pregunta que le he hecho—. De Jimmy, mi hijo mayor, la nobleza.

—La nobleza—, repite el padre, como si fuera un eco—. Era un tipo noble con todo el mundo.

—Es que mire, señor—, responde la madre—, Jimmy era capaz de quitarse la camisa que tuviera puesta para dársela al que no tuviera. Y el hermano también.

—Sí—, complementa el padre sonriendo, como si el recuerdo se lo trajera nuevamente a la casa—. Juan Byron era necio, un poco travieso y cansón con los amigos, pero nada más. Ninguno de ellos dos fue borracho.

—Ellos sí bebían—, corrige la madre—. Les gustaba tomarse sus traguitos el fin de semana y muy de vez en cuando. No eran borrachos empedernidos y, sobre todo, no le ponían problema a nadie.

Don Juan Santos Tangarife tiene 90 años y vive con su esposa, María Geníhora Monsalve, de 65 años, en el municipio de Puerto Nare, que comúnmente

llaman Nare, Magdalena Medio antioqueño. Ambos tienen que viajar seguido a Medellín para revisiones y chequeos médicos constantes a causa de sus múltiples achaques de salud. Según Diana Tangarife, su única hija viva, estos achaques no se deben solo al avance de la edad: ambos han somatizado, de alguna manera, todo el dolor que les ha producido la pérdida violenta de sus otros tres hijos.

A pesar de la diferencia de edades doña María Geníborra es quien más está enferma, pero su actitud revela una fortaleza que engaña a primera vista. Tiene una voz recia y la memoria intacta, lo cual, después de tanto sufrimiento, no debe ser ninguna bendición. Don Juan, por su parte, es un señor bastante reposado. No revela la edad ni el sufrimiento en su contextura cuando no usa el equipo de oxígeno. Hablar le cuesta, su voz es apocada y su memoria presenta lagunas. No divaga, no ha perdido ni un ápice de su lucidez y sabe muy bien quiénes eran sus hijos.

Ambos hijos, Jimmy y Juan Byron, trabajaban como mecánicos en Medellín. Jimmy en el Centro Comercial Obelisco, cerca de la Unidad Deportiva Atanasio Girardot, con un muchacho que tenía un pequeño almacén de repuestos. Byron se rebuscaba el trabajo por la calle San Juan, cerca de lo que entonces era la sede de la empresa textil Tejicóndor. Allí se ubicaban muchos mecánicos esperando a que

saliera algo y no siempre alcanzaba para todos. A veces no había trabajo para ninguno. El resto de la familia se había quedado en Puerto Nare; Jimmy y Juan Byron tenían que cuidarse el uno al otro. Jimmy había estudiado mecánica automotriz en el Sena, aprovechando una beca de la empresa Cementos Nare donde don Juan trabajaba como carpintero. Cuando terminó de estudiar, decidió quedarse en Medellín buscando la oportunidad que no podía ofrecerle su pueblo. Juan Byron se vino detrás de él y de su mano aprendió el oficio, aunque Jimmy no tenía forma de darle trabajo permanentemente.

Por aquel tiempo, finales de los años ochenta, don Juan se había pensionado y tuvo un tallercito de carpintería en su casa hasta que se enfermó de la próstata y tuvieron que operarlo. El médico le prescribió una incapacidad de más de tres meses y aun después tenía que cuidarse de no hacer ningún esfuerzo por un buen tiempo. Al ver que iban a pasar varios meses sin que pudiera trabajar, y tomando en cuenta que sus hijos estaban en Medellín sobreviviendo solos, don Juan Santos Tangarife y su señora tomaron la decisión de vender su casa en Puerto Nare, la única riqueza con que contaban, y mudarse para la ciudad aunque tuvieran que pagar arriendo.

—Llegamos a Medellín en 1990—, comenta don Juan—, y nos fuimos a vivir a Castilla [barrio en el noroccidente de Medellín], en la 73 con la 98,

en una casa que nos alquiló un señor que había sido compañero mío en la empresa. Él vivía en el segundo piso y nos alquiló el primero.

– ¿Cuántos años tenía usted? –, pregunto, tratando de ubicar los hechos en un momento concreto de su vida.

–A ver...

El anciano eleva la mirada, como pidiendo ayuda para hacer las cuentas a alguien que no está entre nosotros.

–Yo tengo 90 años y eso hace 25. Entonces yo tenía...– y trata de contar con los dedos de sus manos recias y gruesas, aunque los coge todos en racimo–. Ah sí, yo debía tener 65 años.

–No papá–, corrige su hija Diana–. Usted tenía ya 68.

– ¿Cómo que 68? –pregunta él un poco inquieto. Yo recuerdo muy bien que a mis hijos los mataron en el 93 y entonces yo tenía 65 años.

–Por eso papá –insiste su hija Diana. Es que cuando mataron a los muchachos nosotros ya llevábamos tres años de vivir aquí, porque llegamos fue en el 90.

Él, incrédulo, intenta hacer las cuentas nuevamente, como si fuera un asunto de vital importancia. La discusión se enreda un poco y solo después de un rato lo reconoce, como si su memoria se hubiera iluminado de nuevo.

–Ah, sí, eso fue tres años después de que llegamos a Medellín.

Separados era muy difícil sostenerse. Por eso Jimmy empezó a pensar en llevarse a su hermano a trabajar en el mismo local donde él estaba, aprovechando que el dueño de los derechos del inmueble se pensaba ir para Bogotá y los iba a dejar más amplios. Como la propiedad no estaba en venta, había que comprarle los derechos sobre el local si no querían que se metiera otro allí. Logró convencer a su padre para que retirara del banco la plata de la venta de la casa, que había colocado en un Certificado de Depósito a Término (CDT). Con los dos hermanos trabajando juntos en el mismo local y recogida toda la familia en una misma casa, la economía familiar empezó a aflojar sus tenazas y la vida se hizo menos apretada.

Pero la dicha duró poco. Era el tiempo de la guerra declarada del gobierno al cartel de Medellín y a su máximo jefe, Pablo Escobar, después de que este se volara de la denominada cárcel La Catedral, en Envigado, donde el capo vivía como un rey. La ciudad de Medellín padecía una conmoción tal por la violencia del cartel de Medellín que no hubo barrio o familia incólume.

—Los sacaron del taller como a las dos de la tarde—, comenta el padre. Su voz suena como si hubiera acabado de pasar y no como un recuerdo de lo que sucedió hace 23 años.

—A las doce del día fue que llamaron—, corrige la madre—. Yo fui la primera que recibió la noticia.

— ¿Quién la llamó?—, pregunto.

—Un compañero al que ellos le daban trabajo de vez en cuando. Se llamaba Ezequiel Hernández. Me llamó llorando y me dijo: “Ay doña Genis, se llevaron a los muchachos”.

— ¿¿Se los llevaron para dónde?!, preguntó ella alarmada, sin comprender mucho todavía— ¿¿Quién se los llevó?!

—Eran dizque del F2²³ y dijeron que los llevaban para una investigación de rutina.

Por un momento todos en la sala guardamos silencio. Doña Geníhora o Genis, como le dicen los más allegados, no puede recordar ese momento con tranquilidad. Su voz es fuerte, por eso la impresión que da cuando se le quiebra es más dramática todavía. En medio del silencio, pareciera como si la llamada acabara de traer la noticia fatal y nos hubiera dejado a todos hundidos en las sombras. Yo no me atrevo a decir nada.

Observo a su esposo, sentado junto a mí. Como su voz es tan débil, debo poner la grabadora muy cerca. Lo veo distante, con su rostro también ensombrecido. Hay que hacer algo. Esta atmósfera, con el pasado detenido en un momento tan doloroso, hay que hacerla andar para pasar el nudo, aunque lo que siga no sea alentador. Estancarse en el tiempo pesa demasiado. Por eso me atrevo a preguntar:

— ¿Y se los llevaron a los dos?

—Se iban a llevar a uno solo—, responde la madre—. Pero alguien dijo que el que estaba debajo del carro era el hermano y entonces arrearon con él también.
— ¿Quién era ese alguien?
—No se sabe, tal vez otro de los que trabajaba allá. El caso es que eso fue todo lo que nos alcanzó a contar el compañero.

Entonces doña Geníhora llamó a su esposo, que se hallaba en la sede de los pensionados de la empresa, y a su hijo Pablo, que estaba trabajando de vigilante en un banco. Don Juan se devolvió de inmediato a la casa a ver qué se podía hacer, y Pablo logró que su jefe, un capitán retirado del Ejército, le prestara una camioneta y un conductor para que saliera a buscarlos. Recorrió toda la ciudad. Desde cada sede del F2, cada estación de Policía o cualquier lugar al que llegaba preguntando por sus hermanos telefoneaba a la casa para avisarles a sus padres que allí no estaban.

Buscó toda la tarde sin hallar rastros de ellos, hasta que los padres escucharon la noticia en el programa noticioso de la radio Cómo Anocheció Medellín. No informaron concretamente de los asesinatos de Jimmy y Byron Tangarife; dijeron que en unos terrenos despoblados las autoridades habían realizado el levantamiento de dos jóvenes.

Las descripciones les indicaron a los ancianos que podía tratarse de sus hijos, aunque en el fondo ellos

esperaban que no. Apenas iba una tarde de búsqueda y sus hijos no tenían enemigos.

—¿Entonces qué fue lo que pasó?—, pregunto, tratando de entender por qué el F2 haría un operativo para desaparecer a dos jóvenes trabajadores.

—Es que en realidad no eran del F2—, me responde don Juan—. Eran integrantes de Los Pepes²⁴.

—¿Y qué tenían que ver sus hijos con Pablo Escobar?

—Nada. Pero como en ese entonces se decía que el Obelisco era de Pablo Escobar, entonces andaban barriendo allí también. Mis hijos estaban en el lugar equivocado.

Al escuchar la noticia en el programa radial, doña Geníhora llamó a su hijo Pablo para que se fuera al anfiteatro de Envigado, a donde habían trasladado los cuerpos de dos jóvenes, y se cerciorara si eran Jimmy y Byron. En menos de una hora llamó Pablo desde Envigado, y con una voz anegada que quebró cualquier esperanza confirmó que sí, que eran los muchachos.

Don Juan estaba listo y el compañero de trabajo que ahora le alquilaba la casa también lo estaba. Salieron al frío y a la oscuridad de la noche citadina, con la certeza de la muerte lastrándoles el andar, y

24 Acrónimo de "Perseguidos por Pablo Escobar", un grupo paramilitar conformado y financiado por narcotraficantes, antiguos amigos y exsocios de Pablo Escobar de Medellín y Cali, principalmente, empleando el sicariato sin escrúpulos. Datos de las autoridades de la época en Medellín muestran que durante los 10 meses que operaron en Medellín, a Los Pepes les fueron atribuidas 80 víctimas.

se dirigieron a la funeraria que les estaba pagando la asociación de pensionados. Allí les pusieron a disposición el carro de la funeraria y en él atravesaron la ciudad hasta llegar al anfiteatro de Envigado. No había forma de verlos, eran más de las ocho de la noche y a esa hora ya no estaba permitido el ingreso al lugar. Sin embargo, el conductor de la funeraria, tal vez acostumbrado a aquellas situaciones, se acercó al vigilante y se hizo cargo.

—Vea hermano—, le dijo en un tono firme pero amable—, al fin de cuentas este es el padre de los muchachos. Imagínese cómo debe estar. Vino desde Castilla solo a ver a los muchachos. Hagamos una cosa: déjelo entrar a él y nosotros nos quedamos aquí afuera.

—Está bien—, respondió el vigilante, sin abandonar su tono hostil—. Pero es solo un ratico. Y eso sí, no se vaya a poner a gritar allá ni me haga un escándalo porque me llaman la atención y me joden a mí.

—Tranquilo, hombre—, dijo don Juan—. Yo no voy a hacer nada, solo quiero verlos y recoger sus cosas. Los dos yacían estirados en sendas mesas de cemento, vestidos únicamente con los pantaloncillos. El resto de la ropa estaba en respectivos montoncitos a un lado de cada mesa, sobre el piso.

Tal como se lo había prometido al vigilante, don Juan no hizo escándalo ni lloró. Ni siquiera dejó que una lágrima humedeciera su rostro. Simplemente se limitó a mirarlos en silencio por un buen rato, grabándose tal vez la imagen de la muerte en su

memoria. Después se agachó y recogió las prendas del piso.

– ¿Los habían torturado?–, pregunto.

–No–, responde tranquilamente.

–Sí–, contradice la señora sin disimular la rabia.

–No. Yo no les vi señales de tortura.

–A mi hijo mayor–, insiste la madre– le habían tumbado unos dientes. Diana, ¿cierto que a los dos sí los torturaron?–. Se vuelve hacia su hija, que está ocupada sirviéndonos un tinto, y busca su confirmación.

–Claro–, responde Diana, enfática–. Pablo fue el que les vio todo.

–Yo allá no les vi nada–, se sostiene el viejo, aunque sin pasión–. Yo solo le vi a Juan Byron el orificio del tiro en la sien y a Jimmy el tiro aquí –y se señala con el dedo un pómulo de la cara–. También tenía un tiro en el pie. Al parecer cuando le dieron el tiro a Juan Byron intentó correr, entonces le dispararon en el pie.

–No–, contradice enfáticamente doña Geníborra, quien ya no parece hablar con su marido sino solo con Diana y conmigo–. Primero mataron a Jimmy y luego mataron a Juan Byron.

Diana asiente con la cabeza, sin mirar a nadie, con los ojos cerrados y los dientes apretados, concentrada quizá en el recuerdo de la escena.

– ¿Por qué están seguras ustedes de eso?–, pregunto.

–Por el dictamen de Medicina Legal–, responde con decisión Diana–. Porque Jimmy tenía más horas de

muerto y por la expresión de terror que tenía Byron en la cara. En cambio Jimmy quedó como dormido. El sicólogo forense dijo que por la expresión de Juan Byron se podía asegurar que le había tocado ver la muerte del hermano. Tenía las rodillas maltratadas como si lo hubieran arrastrado. Y alrededor del cuello tenía la zanja del escapulario, como si hubieran intentado ahorcarlo con él.

— ¿Tenían alguna otra seña de tortura? —pregunto dirigiéndome al padre para ver si las palabras de su esposa y su hija le habían permitido recordar algo más. —No señor—, se sostiene el hombre—. Yo en ese momento no les vi ninguna otra huella, solo los orificios de las balas. Los vi de noche, y eso sí, los reconocí ahí mismo. Lo único que hice entonces fue recoger la ropita.

—Él dice que no vio nada—, interviene la esposa con voz de reproche amargo— porque... —pero de súbito se contiene, deja la frase a medio camino y calla.

El reproche, sin embargo, se ha instalado en la sala y ninguno de los presentes podemos ignorarlo. Don Juan tampoco responde, simplemente baja la cabeza y cierra los ojos como si quisiera recogerse un poco. O quizás recordar. Aunque no hay en su rostro un esfuerzo que denote eso.

— ¿Qué sintió cuando estuvo allá y vio a sus hijos desnudos? —indago. No encuentro otra forma de descifrar los sentimientos del señor, porque su voz débil conserva siempre el mismo tono, tranquilo y reposado. En cambio el sentimiento de las dos mujeres se hace evidente en cada palabra.

– ¡Eh, Ave María! En ese momento no sabe uno ni qué siente. Lo único que hice fue hablar con el médico y con los de la funeraria para saber a qué hora los recogía al otro día.

Se los entregaron a las siete de la mañana y los velaron en la casa de Castilla, porque la funeraria no pagaba los costos de la sala de velación. Decía que por ser dos personas al tiempo no cubría este servicio y la familia no tenía con qué sufragarlo. Tuvieron que ajustar para comprar los cofres, por lo que don Juan hizo un préstamo en la empresa Cementos Nare para cubrir los demás costos.

En la casa por poco no cabe toda la gente que llegó de Puerto Nare, entre familiares y amigos. Aunque ya lo sabían, fue el momento en que confirmaron quiénes eran sus hijos para la gente que los conocía. Nadie del pueblo quería dejar de acompañar a los muchachos en ese último momento.

–Es que a ellos los quería hartó la gente–, sentencia su madre.

–Porque eran unos muchachos que no le hacían mal a nadie–, complementa don Juan. Más bien a todo el que le podían ayudar le ayudaban.

Juan Byron iba a cumplir 26 años cuando le segaron la vida. Jimmy era apenas un año mayor y estaba inaugurando una nueva etapa de su vida: hacía poco tiempo había nacido su hija. Y estaba loco por ella.

“Pudo haber sido distinto”

No acababa de amanecer cuando salió el carro de trasteo con la familia Tangarife Monsalve y sus corotos desde su vivienda alquilada en el barrio Castilla de Medellín hacia Puerto Nare. Era un regreso forzado por las circunstancias económicas. Después de la muerte de Jimmy y de Juan Byron intentaron sobrevivir en la ciudad, pero les fue imposible.

—La ciudad nos quedó grande—, advierte doña Geníbor—, sin el aporte de los muchachos ya no teníamos con qué sostenernos aquí.

—Es que yo me pensioné de la empresa apenas con el mínimo—, comenta don Juan—, y eso no alcanzaba para nada, mucho menos para la vida en la ciudad que siempre es más cara que en el campo.

—Con la pensión Juan pagaba el arriendo y los servicios—, continúa la señora— y los muchachos pagaban todo lo demás. Comida no faltaba. Y a la niña [Diana], que estaba estudiando, la mantenían como una reina. Después de que los mataron quedó Pablo, que estaba trabajando en vigilancia. Se ganaba 60 mil pesos quincenales y todos los dejaba en la casa. No se quedaba sino con el dinero de los pasajes. Pero entonces dejó embarazada a su compañera y ya se organizó fue con ella.

En Puerto Nare tampoco tenían casa porque la habían vendido cuando se fueron para Medellín. Pero todavía les quedaban todos los amigos y familiares,

quienes pagaron el trasteo desde Medellín. Ni siquiera para eso le alcanzó a la familia.

—Nos alquilaron una casa muy barata para que pudiéramos pagarla—, dice don Juan—, y el municipio de Nare me dio trabajo como carpintero. Así empezamos a organizarnos de nuevo.

De los asesinos de los hijos no se supo nada y la propia familia Tangarife no se empeñó en saberlo. Se conformaron con saber que habían caído en la guerra de Los Pepes contra Pablo Escobar. No pusieron denuncia porque no sabían contra quién ponerlo; en cambio sí sabían que eso en Colombia no hubiera servido de nada, que la denuncia de una humilde familia era incapaz de mover una investigación del establecimiento contra una gran estructura armada que se había hecho cada vez más poderosa.

Con los años se enteraron de la Ley de Justicia y Paz²⁵ y doña Geníhora intentó que algo de justicia brotara de ese proceso, al menos en forma de verdad y reparación. Les negaron sus reclamos.

— ¿Hubo alguna investigación?—.

— ¡¿Cuál investigación?! —, responde con rabia—. Allá me dijeron que para tener derecho a reparación debía presentar algún recorte de periódico de la época, donde aparecieran nombrados los asesinatos de mis muchachos y se viera claro quién los había matado. Y yo ni siquiera sé si algún periódico informó eso.

25 Ley 975 de 2005. Marco jurídico que facilitó el proceso de desmovilización de los grupos paramilitares.

Nosotros nos enteramos por la radio, como le conté, y ahora no sé cómo conseguir un recorte de prensa de ese tiempo. Todo me ha tocado a mí sola.

— ¿Cómo así?—, pregunto sorprendido.

—Es que no hay quién los versione—, manifiesta Diana en un lenguaje técnico copiado de la Fiscalía. En realidad quiere decir que no hay un actor armado que se atribuya los asesinatos de los muchachos—. Al parecer el encargado de esos operativos contra Pablo Escobar en Medellín era alias *Don Berna*²⁶ y él está extraditado en Estados Unidos.

—Ni siquiera reparación psicológica me han brindado. La habían prometido, me decían que yo tenía derecho a una cosa y a la otra y me pusieron a voltear de un lado para otro. Yo iba a donde me dijeran. Hasta que dejé de ser boba. Ya estoy cansada y no quiero más—, reafirma la madre.

Entonces la familia se empeñó en reconstruir su vida en Puerto Nare. Al poco tiempo de llegar una familiar de don Juan les ofreció una casa para que vivieran allí sin pagar nada con el fin de que se la cuidaran, se caía del abandono. Su esposo, a quien habían matado hacía algún tiempo, le había dejado una casa en el municipio de Bello, Antioquia, por los lados del barrio Machado, y después de que el hombre faltó la señora no tuvo ánimos para volver a Puerto Nare. Pero tampoco quería dejar que la casa se perdiera. La familia Tangarife le propuso que

26 Diego Fernando Murillo Bejarano, exguerrillero del Ejército Popular de Liberación (EPL), narcotraficante y paramilitar. Se acogió a la Ley de Justicia y Paz. Fue extraditado en 2008 a Estados Unidos.

mejor le vendiera la casa y le permitiera pagársela como si fuera un arriendo.

—Era una señora que nos quería mucho—, relata doña Geníhora—, por eso prácticamente nos la regaló. Nos la dejó en 500 mil pesos, lo que ahora pueden ser cinco millones de pesos, para que se la fuéramos pagando de a 50 mil pesos mensuales.

—Realmente fueron 30 mil—, corrige don Juan.

—Poco a poco empezamos a meterle mano a la casa, Juan empezó a hacerle arreglitos y al final la volvimos a levantar. No es una mansión, pero sí la hemos adecuado a nuestro gusto—, cuenta doña Geníhora sin disimular el orgullo que le produce detallarlo.

—Ahora las enfermedades nos tienen fregados—, complementa don Juan—, pero la verdad es que nosotros allá vivimos bueno.

De pronto los rostros de los viejos se ensombrecen con el recuerdo y la casa, al parecer, dejó de tener tanto valor.

—Es muy bonita y grande—, dice la señora—, pero peor, porque más solos nos hace sentir allí sin los muchachos y sin los nietos.

Pudo haber sido distinto, incluso después de la muerte de Jimmy y Byron. Unos años después de que se regresaron para Puerto Nare, Pablo, el hijo menor de la familia, repuntó también allí, intentando organizarse económicamente luego de que el trabajo en Medellín se agotara. Pero cuando la casa empezaba a llenarse con la sonrisa de los nietos y la hiperactividad y el buen humor de Pablo, sobrevino

una tragedia todavía peor a la que hasta entonces habían conocido los ancianos.

—Tenían mis hijos mayores ocho años de muertos cuando me desaparecieron a mi hijo menor. Ese sí me marcó mucho. Ya vamos a cumplir 13 años sin saber prácticamente nada de él.

No es solo el llanto que sacude a la señora lo que carga la sala de una atmósfera irrespirable. Es todo el recuerdo de los acontecimientos tan sombríos que rodearon la desaparición de este muchacho, el último hijo de la familia de un par de ancianos que ya no tenían la misma energía para encajar el golpe. La conversación tiene que detenerse, porque otro muerto se ha instalado en la sala y necesitamos reponer energías, salir al patio y cargarnos de aire fresco para poder asumir su presencia entre nosotros.

Con Pablo, esta es la hora que no sé ni siquiera dónde está

Al parecer, a Pablo lo sedujo desde muy joven la vida militar o fue la opción que primero contempló porque se la ofrecieron de inmediato. Diana recuerda que cuando ella estaba niña el Ejército llegaba al pueblo y se instalaba en alguna parte; hasta allá corría Pablo a ofrecerse para que se lo llevaran. Pero no podían, porque era todavía menor de edad. Entonces Pablo regresaba a la casa entre contento

y entristecido: contento porque le habían dado bolsas llenas con provisiones del Ejército, carpas, y propaganda de la institución. Pero triste porque no se lo llevaban.

— ¿Y ustedes qué le decían?

— ¿Pues, qué le va uno a decir?—, responde el viejo—. Cuando al muchacho lo jala algo, mientras uno más lo contenga más lo jala.

—A mí sí me preocupaba mucho porque uno sabe lo riesgosa que es esa vida. Y yo sí intentaba disuadirlo de vez en cuando. Pero qué, en esas cuestiones los muchachos nunca le hacen caso a uno. Además, él decía que necesitaba trabajar y para eso le exigían la libreta. Es que como él fue tan rebelde en el colegio y no terminó, ahora le tocaba buscar la libreta de esa manera.

El muchacho lo intentó todas las veces que se encontró con el Ejército hasta que al fin se lo llevaron a prestar servicio. Después se quedó como soldado profesional.

— ¿Por qué se retiró?

—Pues, porque se enamoró—, responde la madre—. Él era un tipo al que le gustaba mucho el traguito, y sobre todo era muy mujeriego, porque todos los dedos de la mano no son iguales. Tuvo seis hijos con cuatro mujeres. Pero Martha fue su compañera de toda la vida. Cuando se enamoró de ella se retiró.

—Pero, ¿qué tuvo que ver el amor con que se retirara?

—Pues que a Martha la conoció en Campamento, cerquita de Yarumal [ambos municipios al norte de Antioquia] —, explica Diana—, donde él había estado

mucho tiempo como soldado. Y eso por allá estaba minado de guerrilla, entonces no podía ir a visitarla. Por eso cuando la embarazó decidió sacarla, se la trajo a vivir con nosotros en Medellín, y consiguió aquí un trabajo de vigilante para poder estar cerca de su mujer y su hijo, que ahora va a cumplir 20 años.

Cuando los dos ancianos se regresaron para Puerto Nare, con su hija Diana apenas entrando en la pubertad, Pablo se quedó en Medellín trabajando de vigilante en un parqueadero. Al poco tiempo recibieron los viejos de boca de su nuera la noticia de que Pablo estaba preso. El motivo: un camión robado que había entrado al parqueadero cargado con llantas de camiones. La Policía le estaba haciendo seguimiento al camión y cuando llegó por él al establecimiento se llevaron a los dos vigilantes que encontraron, aunque parecía que el camión ya estaba adentro cuando ellos recibieron el turno.

— ¿Pablo tuvo algo que ver en el asunto?

—No sabemos—, responde el viejo—. Yo solo sé que por esos días me pagaron la prima, y entonces me fui y se la entregué completa al abogado para que lo sacara. Eran 150 mil pesos en 1995. El tipo se la robó y no hizo nada.

—También se robó otros 150 mil —complementa la madre— que consiguió su compañera trabajando por ahí en casas de familia. Al final Pablo tuvo que pagar 22 meses en la cárcel.

Cuando salió, ya le quedaba muy difícil conseguir trabajo en la ciudad. Entonces se decidió por el campo

y se fue con su señora para Campamento, donde la suegra tenía una tierra; allí se puso a trabajar agricultura. No duró más de un año, toda la guerrilla que merodeaba por la zona lo conocía. Empezaron entonces los hostigamientos, las amenazas, hasta que al fin su propia compañera lo convenció para que se fueran: primero salió él y detrás la señora con los hijos, que ya eran dos. Estuvo viviendo en la casa de sus padres un tiempo con la esperanza de conseguir trabajo. Pero allí no había mucho qué hacer.

—Entonces apareció un señor que le propuso que se fueran a montar un negocio por allá por los lados de La Danta [corregimiento de Sonsón, Antioquia] —, explica don Juan, que todo el tiempo ha estado callado, como ensimismado en sus propias memorias—.

Él, que ya no veía qué hacer, no lo pensó dos veces. —En La Danta estuvieron muy poco tiempo. Apenas como dos meses.

—No, madre—, corrige Diana—. Estuvieron más de año y medio, casi dos.

Las dos mujeres empiezan a hilvanar recuerdos para establecer cuánto tiempo pudo haber vivido Pablo en La Danta, pero al fin no se ponen de acuerdo.

Un día muy temprano llamó Martha, la compañera de Pablo, desesperada. Estaba preocupada porque hacía días que Pablo no regresaba a casa. Había salido una madrugada con un comerciante a trabajar y Pablo le había dicho que a la una de la tarde regresaba. No volvió ni llamó. Martha esperó toda la noche y el otro día y no tuvo ninguna señal

de su compañero. Así pasaron varios días hasta que se atrevió a llamar a sus suegros.

Desde ese momento toda la familia entró en una dinámica infernal. Pasaban los días esperando noticia sobre Pablo, que nunca regresaba.

– ¿Usted hizo algo por buscar a su hijo?–, le pregunto a don Juan.

– ¿Y a dónde lo iba yo a buscar?–, responde el hombre con tristeza y, a la vez, resignación–. Es que no había forma. Además yo ya estaba acabado, tenía 77 años y hacía rato había dejado de trabajar porque ya el cuerpo no me daba. Lo que hacía era esperar, pensaba que en cualquier momento él iba a aparecer como si no hubiera pasado nada.

– ¿La esposa no les habló de problemas que pudo haber tenido?

–No contó nada–, responde la madre. Simplemente nos dijo que había salido con el comerciante en una moto a trabajar y no había vuelto.

– ¿Qué hacía Pablo en La Danta?–, insisto.

–Supuestamente–, dice don Juan– iba a montar un negocio con el señor que se lo llevó. Pero no sabíamos qué era lo que vendía.

–En realidad nosotros no sabemos mucho de la vida de ellos en La Danta–, complementa la madre–. Es que eso fue muy poquito tiempo, no más de dos o tres meses, hasta que lo desaparecieron. Apenas sabemos lo que ella [Martha] nos contó y no fue mucho. Uno no pregunta por delicadeza, por las cosas tan duras que vivió y que vivimos, porque todas dos

quedamos muy marcadas con eso. Es que a mis dos hijos mayores me los mataron pero pude enterrarlos y sé dónde quedaron; en cambio con Pablo, esta es la hora que no sé ni siquiera dónde está.

Hace poco, sin embargo, la familia Tangarife tuvo noticias de su hijo. A través de una declaración entregada por alguien en un proceso de Justicia y Paz se enteraron de quién, posiblemente, había mandado matar a su hijo.

— ¿Entonces ya saben quién fue el asesino?—, me atrevo a soltar la pregunta que desde hace mucho me ha estado rondando y que parece no interesar mucho a mis interlocutores.

—Sí claro—, responde doña Geníhora—. Se llama... A ver, Diana, ayúdeme usted que estuvo allá conmigo y lo vio.

—Es McGiver—, apunta a las claras, con naturalidad, Diana, como si fuera un nombre reconocido universalmente.

— ¿Y quién es McGiver? —, pregunto yo, sin embargo.

—Pues el jefe paramilitar de toda esta región de La Danta y de Sonsón²⁷.

Como Pablo fue un soldado profesional que combatió a la guerrilla en Campamento, no pudo hacer después allí vida de campesino y agricultor con su familia. Pero resultaba extraño que hubiera tenido también problemas con los paramilitares en otra región.

27 Luis Eduardo Zuluaga Arcila, alias McGiver, es un exjefe paramilitar y yerno del jefe máximo de las autodefensas del Magdalena Medio, Ramón Isaza.

– ¿Qué problemas tuvo Pablo con los paramilitares?
Los ancianos entrecruzan miradas en silencio.

–No sabemos–, responde con su voz opaca don Juan–, es que de la vida de él en La Danta sabemos más bien poco... que se fue a trabajar como comerciante y lo desaparecieron.

Diana los mira detenidamente, con una mirada sin mucha expresión. Al final termina soltando una afirmación contundente que parece transformar el ambiente en la sala.

–Es que él trabajaba con McGiver.

Los ancianos la miran sorprendidos, pero ante la decisión de Diana parecen resignarse. La mujer se dispone a contar una historia de Pablo que, al parecer, entre los que estamos en la sala solo ella conoce.

El comandante Alejandro

El mismo día que la cuñada llamó para avisar que Pablo estaba desaparecido, Diana salió a buscarlo a La Danta, un pueblo minado de paramilitares donde, según ella, McGiver era casi un dios.

–Es que, como sea, él ha cubierto buena parte de las necesidades del pueblo que el Estado no cubre. Por eso la gente lo quiere.

La Alcaldía de Puerto Nare, donde Diana trabajaba entonces, le facilitó una camioneta, y dos funcionarios –aparte del conductor– se ofrecieron a acompañarla.

Pero a estos el valor les alcanzó hasta cuando tuvieron que abandonar la carretera principal, la autopista que va de Medellín a Bogotá, e internarse por la trocha hacia el corazón de La Danta. La visión de un territorio copado por hombres de camuflado, caras hostiles y armas de combate los intimidó. De la autopista a la cabecera del corregimiento de La Danta hay más de 15 minutos en carro, pero Diana tuvo que seguir a pie y sola. Había oscurecido hacía rato; con la linterna que le iluminaba pobremente el camino alcanzó a ver en su reloj que eran más de las nueve de la noche.

Para llegar al pueblo tuvo que pasar entre seis y ocho retenes del Frente José Luis Zuluaga de las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio. Al parecer el comando paramilitar estaba en alerta porque la guerrilla había amenazado por esos días con tomarse el pueblo, y de todas formas, aquella era una fortaleza militar de este frente paramilitar por donde no se podía transitar sin la autorización de alias *McGiver* o, en su defecto, de un comandante importante.

El corazón de Diana latía tan fuerte que no le permitía fijarse en los ruidos de los insectos ni en sus picaduras. Cuando se topó con el primer retén paramilitar, y le preguntaron quién era y para dónde iba, no vaciló en la respuesta:

—Soy hermana del comandante *Alejandro*—. Los hombres le abrían el camino con reverencia, como si hubiera pronunciado una palabra mágica.

Alejandro era el nombre de guerra de Pablo, así lo conocía todo el mundo al interior de los grupos paramilitares del Magdalena Medio. No se había ido para La Danta con un comerciante sino con el propio *McGiver* y no quería montar un negocio sino fortalecer en estrategia militar a los paramilitares con lo que aprendió en el Ejército, donde había hecho todos los cursos de combate posibles: de lancero, paracaidista, contraguerrilla.

—Después de que salió corriendo de Yarumal—, comenta Diana—, él se vino para Nare a ver si podía conseguir trabajo y organizarse al lado de nosotros. Pero no le resultó nada. Entonces le dijo a mi mamá que se iba a ir para los Llanos Orientales [zona oriental de Colombia] a raspar coca, pero eso era mentira, realmente él iba a integrarse al Bloque Centauros de las Autodefensas Unidas de Colombia y allí fue donde conoció a *McGiver*.

Pablo estuvo en los Llanos seis meses, hasta cuando terminó la misión que le encomendaron. Al regreso no se quiso quedar en Nare y por eso se le presentó a Ramón Isaza —jefe de las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio— para que lo reubicara. Así fue como terminó trabajando con *McGiver* en La Danta, donde, según Diana, estuvo por más de un año.

—Pero en La Danta él no tenía todo ese tiempo—, insiste la madre—. Llevaba apenas como un mes o mes y medio. Si acaso dos.

—No, mamá—, insiste Diana—, recuerde que yo estuve allá con él.

—Pero Martha no estuvo todo ese tiempo en La Danta.

—Martha no, pero él sí. Es que Martha primero se quedó en Yarumal y luego se fue a vivir con nosotros a Nare. ¿No recuerda que Martha me cuidaba la niña?

—No, es que a mí no me dan las cuentas así—, se cierra la señora.

—En todo caso—, tercio yo con una nueva pregunta para los ancianos, buscando sacarlos de la discusión—, ¿ustedes sabían lo que Pablo hacía en La Danta?

—Yo no sabía nada—, se apresura a decir doña Geníborá—. Vine a conocer algo después de que Diana habló con McGiver.

—Yo realmente apenas me estoy enterando en este tiempo—, explica el anciano, como si la pregunta lo sacara de un sueño—. Es que sabíamos muy poquito de Pablo cuando se fue por allá.

Abriéndose paso por los retenes con el nombre del comandante *Alejandro* como si fuera un amuleto, Diana logró llegar esa noche hasta la casa de su cuñada, a quien encontró destrozada. Esa noche nadie durmió en la casa y probablemente tampoco en el pueblo, porque el miedo de que se entrara la guerrilla los mantenía despiertos. Así, sin dormir nada, madrugaron a hablar con McGiver.

Sabían que McGiver llegaba todos los días antes de las cinco de la mañana a su comando de operaciones, en el parque de La Danta. Pero no era fácil llegar

hasta él, lo rodeaban varios circuitos de seguridad. Al parecer sus subalternos todavía no sabían nada de la muerte de Pablo, porque las mujeres pudieron abrirse paso invocando el nombre del comandante *Alejandro* hasta que estuvieron frente a *McGiver*.

Cuando ellas llegaron, el hombre estaba recibiendo los periódicos y se sentó a leerlos en el borde del parque central. Inmediatamente se percató de su presencia las saludó con excesiva amabilidad y les preguntó qué necesitaban. Martha se arrodilló frente a él y empezó a suplicarle que le dijera qué había pasado con Pablo. El otro la miró extrañado, como si no comprendiera de qué le estaba hablando. Entonces Diana se sentó con toda tranquilidad y le soltó su petición sin ningún rodeo.

—Honestamente, yo vine fue a que me entregue su cuerpo para llevármelo.

La mirada de *McGiver* ya no fue de sorpresa sino de inquietud, pero se quedó pasmado sin saber qué responder ante tamaña petición a quemarropa.

—Es que yo sabía que Pablo estaba muerto—, nos comenta Diana—, en la vida en que andaba yo esperaba que en cualquier momento nos iban a llamar para que fuéramos a recogerlo. Así es que cuando salí para La Danta no esperaba otra cosa sino que me lo entregaran.

—Entréguemelo—, insistió—, yo lo llevo para que mi papá y mi mama lo entierren. A mí me prestan una camioneta para llevármelo ahora mismo.

—Yo no sé, señora, usted por qué me habla así. Yo no maté a Pablo. No ve que él era mi mano derecha, un hombre súper inteligente y astuto.

—Por eso. Usted me está dando todas las razones de por qué lo mató, porque al maestro no le conviene que el alumno lo supere. Pero eso a mí no me interesa. Lo que quiero ahora es que me lo entregue y listo. El otro la miró a la cara fijamente, como queriendo comprobarle que lo que decía era verdad.

—Es que yo no lo maté. Lo que pasó fue que él estaba extorsionando a un señor y se voló con mucha plata.

—Usted mismo acaba de decir que mi hermano es muy inteligente. Entonces sabe que él bruto no es para volarse con mucha plata y dejarle aquí a la mujer y a los hijos. Además, si él se hubiera volado con mucha plata, usted sabe dónde viven mi papá y mi mamá, sabe dónde vivo yo. Y lo primero que hubiera hecho sería buscarlo allá.

—Por eso me parece muy bien que usted haya venido, porque yo sé que a la primera persona que él va a llamar es a usted.

—¿Y a usted quién le dijo que los muertos hablan? Él desde el más allá no va a venir a hablarme. Yo sé que él no es bruto para volarse y sé también por qué lo mató usted. No tiene que embobarme, solo entrégueme el cuerpo, yo me voy y usted sigue tranquilo.

—No, es que él la va a llamar y yo quiero que usted lo aconseje bien cuando la llame, porque él a usted le hace caso.

Cansada y convencida de que el tipo no iba a reconocer nunca nada, Diana se despidió con ironía.

–Bueno, señor, que Dios lo bendiga y muchas gracias. Viendo que todo estaba perdido, su cuñada volvió a arrojarle a los pies del hombre y sus hijos hicieron lo mismo, llorando, cogiéndole las manos y suplicándole que les dijera lo que había pasado con Pablo. El otro no fue capaz de soportar el asedio y volvió la mirada hacia otro lado.

–Lo único que le pido–, volvió a hablar Diana, con lágrimas en los ojos pero sin inflexión en la voz–, es que me deje sacar las cosas de ellos, porque me los voy a llevar para mi casa.

– ¿Y por qué se los va a llevar?–, preguntó el hombre sin convicción.

– ¿Qué los voy a dejar haciendo aquí, sabiendo que Pablo no va a volver? Yo me llevo ahora lo que pueda, pero quiero que me dejen entrar cuando vuelva por lo demás.

–Tranquila, señora–, dijo el otro con suficiencia–, vuelva cuando quiera que aquí nada le va a pasar.

Mientras salían, McGiver sacó de su maletín, que llevaba siempre terciado, un fajo de billetes, separó algunos y se los entregó a la viuda. Diana alcanzó a contarlos: 300 mil pesos.

– ¿Eso vale para usted la vida de mi hermano?–, le preguntó con rabia.

El hombre no respondió nada ni Diana esperaba que lo hiciera. Sin volver la mirada salió con su cuñada y sus sobrinos, desbaratados por el llanto, y nunca más volvió a La Danta.

“Ya no esperamos que nuestro hijo regrese con vida”

Después de aquella conversación de Diana con *McGiver*, la familia Tangarife no volvió a saber nada de la suerte de Pablo. Pero ella siguió averiguando, al fin de cuentas, los paramilitares que controlaban a Puerto Nare eran los mismos que comandaba *McGiver* en La Danta. Por eso no perdía oportunidad de preguntar cada vez que se encontraba a alguno conocido. Hasta que un día uno de ellos la paró en seco.

— ¿Sabe qué, Dianita?—, le dijo con ternura—. Quédese quietecita. No averigüe más que no le conviene.

Diana entendió el mensaje. Durante muchos años no volvieron a tener noticias ni a intentar conseguirlas, hasta que el propio *McGiver* y sus hombres se acogieron a la Ley de Justicia y Paz y empezó a dar sus declaraciones.

En 2013 llamaron a doña Geníborá para que asistiera a una versión libre que iba a dar el jefe paramilitar desde Bogotá, en la que posiblemente se abordaría el caso de Pablo. Pero la señora no quiso asistir.

—Yo ya estaba cansada de voltear de un lado para otro sin que me dijeran nada de mi hijo.

Entonces Diana tomó la iniciativa, porque a ella sí le interesaba confrontar de nuevo al asesino. La llevaron hasta una oficina en los edificios del complejo judicial

La Alpujarra en Medellín, donde la audiencia se realizaría vía *Skype* y entonces ella podría ver e interrogar a *McGiver*, que rendía su declaración a través de una pantalla. Estaba nerviosa. Pero se armó de valor al ver un acompañamiento decidido por parte de las funcionarias judiciales que habían organizado el encuentro con ella y otras víctimas.

La secretaria de la jueza en Bogotá empezó a leer los casos: eran siete en total. El de Pablo lo abordaron de último y el tipo asumió nuevamente la estrategia de negarlo todo. La versión que tenía la fiscal era la que había entregado la mamá en su momento: que Pablo era un comerciante que se había ido a trabajar a La Danta desde Puerto Nare, y *McGiver* insistía en que no conocía a ningún comerciante en La Danta que se llamara Pablo.

– ¿Tiene una foto de su hermano –le preguntó la fiscal a Diana– para que le ayude a recuperar la memoria a este señor?

–No, doctora–, respondió ella–. Pero él sabe perfectamente quién soy yo –añadió con seguridad–.

–Mire bien, señor–, insistió la fiscal–. Que los padres viven en Puerto Nare.

–Sí, señora fiscal–, respondió al fin él, como si de golpe hubiera recuperado la memoria–. Yo sé quién es ella. Lo que pasa es que yo no recordaba que *Alejandro* se llamaba Pablo.

Entones empezó a reaccionar y a contar lo que había pasado.

—De las decisiones difíciles que me haya tocado tomar en mi vida fue la muerte de *Alejandro*.

— ¿Por qué difícil?—, preguntó la fiscal.

—Porque *Alejandro* ha sido la persona más inteligente y astuta que he conocido —después desgranó miles de elogios sobre *Alejandro*—. Pero se me salió de las manos.

— ¿Y entonces usted lo mató porque se le salió de las manos?—, preguntó con ironía la fiscal.

—No, doctora. Es que él bebía mucho y cuando se emborrachaba era otra persona.

—Peor—, insistió la fiscal—. Ahora me va a decir que lo mató porque se emborrachaba.

—No, doctora. Era por lo que hacía cuando se emborrachaba.

— ¿Qué era lo que hacía?

—Trataba muy mal a las mujeres.

— ¿Y usted lo mató por eso?

—No, doctora...

El hombre se tomó la cabeza desesperado, sin atinar a hilar una respuesta que lo sacara de aquella carrilera. De pronto empezó a describir una serie de situaciones que no dejaban claro hacia dónde quería ir.

—Mejor dicho, cortó por fin su verborrea y se preparó para decir algo concreto—. Sí, yo ordené la muerte de *Alejandro*, porque la situación estaba ya en que o era él o era yo. Inmediatamente llamó a los hombres que habían cometido el asesinato, que estaban en el mismo proceso con él, para que describieran la forma en que lo habían cometido.

Al poco rato hicieron una pausa en el proceso para que la gente pudiera descansar. Diana aprovechó y desde un teléfono público que había en el mismo piso llamó a sus padres.

—No esperen más a Pablo—, fue todo lo que les dijo, porque el llanto no la dejaba hilvanar ninguna conversación—. Él está muerto.

Al otro lado se quedó la línea en silencio, como si hubieran soltado el teléfono.

—Pero, ¡señora!—, le reprochó uno de los investigadores que la escuchó—, ¿por qué les suelta esa noticia así tan bruscamente?

—¿Por qué les voy a ocultar más tiempo la verdad?—, respondió ella con rabia e insolencia—. Si acaban de reconocer que lo mataron. Mis padres llevan once años esperando a que su hijo llegue, pero él ha estado muerto todo este tiempo.

El otro bajó la cabeza y en silencio se escabulló.

—¿Ustedes aún creían que él estaba vivo?—, les pregunto a los ancianos.

—Yo siempre guardé la esperanza. Me levantaba en las noches a mirar por la puerta a ver si alguien me tiraba un papelito o si alguien me mandaba una carta. Estaba pendiente del teléfono pensando que era él o que alguien me iba a dar razón de él. Hasta hace dos años estuve esperándolo—, dijo la madre.

—Nos preguntábamos—, complementa el anciano—, si no sería verdad que se había volado con una

plata y que, de pronto, cuando creyera conveniente se iba a aparecer o nos iba a llamar.

—Yo recuerdo que él me decía: “Vea, Genis (porque mami no me decía sino cuando me veía enojada), si yo a los 35 años no he conseguido plata es porque ya estoy muerto”. Y a mi hijo lo desaparecieron cuando tenía 33.

—Él se sentaba a conversar conmigo—, cuenta Diana— y me decía: “*Flaca, fresca que yo voy a conseguir mucha plata*”. Entonces yo le decía: “*Hombre, no se ponga a hacer locuras. El día que vaya a exponer su vida no lo haga por cualquier cosa, dos o tres millones que los reparte y se queda en las mismas. Hágalo pero por mucha plata, de modo que sepa que deja a sus hijos bien*”.

— ¿Y ustedes vieron que cambiara algo para su familia durante el tiempo en que estuvo en las autodefensas?

—Pues lo que pasa es que él era muy derrochón—, responde Diana—. Cuando tenía plata se la repartía a todo el mundo.

— ¿Entonces era muy generoso?—, pregunto.

—Él era un “Diomedes”—, suelta la anciana y todos reímos con la gracia, como si Pablo todavía estuviera con ellos en sus mejores tiempos.

—Él era capaz de conseguir mucha plata—, cuenta el padre—, pero no era capaz de guardarla.

—Por eso nunca tuvo nada—, concluye Diana—. Él todo lo regalaba.

Un año después de confirmado el asesinato de Pablo a manos de su jefe paramilitar, la Fiscalía organizó otro encuentro, esta vez en Puerto Triunfo, municipio vecino de Puerto Nare, en el que McGiver iba a rendir versión libre. Esta vez doña Geníhora no se resistió y acudió a la cita, convencida de que al fin le iban a entregar los restos de su hijo.

Efectivamente, los asesinos materiales revelaron el lugar donde habían ocultado el cuerpo del comandante *Alejandro*. Según ellos, estaba en toda la entrada para La Danta, siguiendo el curso del alambrado, en el cuarto broche a mano derecha, al borde de una quebrada que pasaba por allí. Era una descripción muy precisa que no tenía riesgo de perderse, pero cuando fueron a exhumar el cuerpo, en diciembre, se encontraron con que justo allí habían construido un jagüey, un pozo con agua. Entonces los jueces le ordenaron a McGiver levantar el jagüey para poder exhumar los restos de Pablo. Para ello era necesario conseguir una retroexcavadora, y todo eso lo dejó la autoridad como responsabilidad del asesino. Pero hasta el día de hoy, año 2015, no ha pasado nada. Los restos de Pablo siguen sin llegar a las manos de sus familiares, como si no hubiera poder humano en este mundo capaz de obligar a los asesinos a mostrar un gesto de compasión con los ancianos.

– ¿Ustedes no quedaron con algún contacto para informarse de los avances?

–Sí, nos dieron un teléfono–, responde la madre– pero ya estamos cansados de llamar. Ese teléfono no

lo contesta nadie. Así que estamos como al principio, solo que ya no esperamos que nuestro hijo regrese con vida, apenas que nos entreguen los restos. Y ni eso parece posible. Esto a mí de verdad que me ha dejado muy mal, hasta enferma me mantengo.

Y usted –le pregunto yo al anciano, que ha sido menos expresivo en esta conversación y que ha tenido que encajar tremendo golpe cuando ya pasaba los 75 años y había sido bastante aporreado por la vida–, ¿cómo ha vivido esta situación?

–Pues yo soy tranquilo–, responde mientras se acomoda en las fosas nasales el cable del oxígeno que había tenido retirado todo este tiempo–. Yo siempre espero las cosas tranquilo.

–Vea, señor–, interviene su esposa con energía–, lo que pasa es que los hijos nacen de nosotras. Por eso para nosotras es más duro. No sé ellos cómo lo asimilan porque no demuestran nada.

–Sienten diferente–, intercede Diana–, no es que no sientan.

–Sí–, continúa el anciano. Esta vez no puede disimular el nudo en su garganta, y aunque su voz es débil, se alcanza a percibir un requiebro que no parece de dolor sino de rabia–. Porque yo también he estado esperando hasta el último momento a mi hijo. Nadie puede decir que no me ha dado duro, lo que pasa es que para uno es más difícil demostrarlo. Uno nunca va a olvidar a los hijos, uno lleva su procesión por dentro, pero, ¿qué ganamos quejándonos todo el tiempo?

2. POSFACIO

Ojalá nos alcance la vida

Por: María Tila Uribe

Este libro nos muestra 15 historias vivas, cotidianas, reales de personas mayores víctimas²⁸ del conflicto armado y social en Colombia; historias que han permanecido hasta ahora invisibles y en silencio. Son los testimonios de personas mayores que fueron víctimas del conflicto armado colombiano cuando tenían más de 59 años, o siendo mayores de 55 años vivían en condición de vulnerabilidad.

Sus temas me conmueven porque han atravesado mi vida desde niña, con referencias que tocan en parte con el coraje y en parte con el miedo, tal como les ha sucedido a millares de colombianas y colombianos²⁹ de mi generación. Nacimos y crecimos en medio de esta dura realidad que no nos ha dejado conocer un solo día en paz. Por eso anhelamos que los acuerdos de paz en curso se consoliden.

Ojalá nos alcance la vida para ver una Colombia distinta, donde haya reparación y se dignifiquen

28 Se entenderá por víctimas las personas que individual o colectivamente hayan sufrido daños, lesiones físicas o mentales, sufrimiento emocional, pérdida financiera o menoscabo sustancial de los derechos fundamentales. Se incluye además a los familiares o personas a cargo que tengan relación inmediata con la víctima (Ley 1448 de 2011).

29 El presente texto está escrito usando en buena parte el masculino como género, para evitar la sobrecarga gráfica en cada nominación, puesto que promuevo la igualdad de género en todas sus manifestaciones.

a los protagonistas de biografías impactantes como las que fueron consignadas en este libro, así como a todas las víctimas de esta dolorosa y larga guerra.

Tal vez los protagonistas que aparecen aquí nunca pensaron que se publicarían sus historias, pero era un deber darlas a conocer al país. Sus voces vienen de Marquetalia (Tolima) hace 50 años; de Santander, en la época llamada de “La Violencia”; también de La Rochela en 1989 y de Barranca en los años noventa; de El Salado (Carmen de Bolívar) en 2000 y de otros momentos entre 2002 y 2008 en diferentes escenarios de Cundinamarca, Antioquia, Valle del Cauca y Cauca, La Costa del Pacífico, Nariño, Putumayo y los Llanos Orientales.

Son voces que vienen de la montaña, de la selva, del agua, del río y del mar, también de la ciudad; pueden ser madres puestas en una situación inesperada, personas que huyen o alguien que no puede disimular sus temores. Son nuestra gente, nuestros contemporáneos, los que sufren. Tenemos los mismos ancestros, hablamos la misma lengua, venimos de la misma historia.

¿Por qué recopilar testimonios de dolor? ¿Para qué nos sirve conocerlos? Las respuestas son variadas y coinciden con los aportes escuchados en dos talleres efectuados en 2014 y 2015 por el Centro Nacional de Memoria Histórica, en un espacio llamado “Voces de Mayores”. Quizás porque tenemos los viejos algo

en común: nuestra condición histórica, una memoria que no nos deja olvidar la cara de la guerra que conocimos desde la infancia y la certidumbre sobre muchas de sus causas.

Otra razón es porque representan las casi siete millones de personas que se han registrado como víctimas de desplazamiento, junto con sus redes familiares y sociales, que han sobrevivido huyendo por más de cinco décadas, soportando lo inhumano, y sin embargo pueden resistir en la medida en que encuentren respuestas. Sobre todo en la medida en que más personas y entidades les brindemos cariño, confianza o caminos de convivencia para contribuir a sanar sus heridas.

“A veces es difícil recordar”, decía Fabiola Lalinde, que vino desde su Medellín. Ella ha luchado durante años para establecer los hechos en que desapareció su hijo, ha recurrido a instancias internacionales y ha logrado llegar a la verdad o muy “Recordar – decía ella– es establecer hechos y circunstancias y dejarlos para la historia; es contribuir un poco a nuestro país, sobrevivir al conflicto y tratar de superarlo para disminuir el padecimiento”.

Los rastros del tiempo

Yo escribí notas de las cosas que se dijeron en “Voces de mayores” y en otros talleres donde hablaban las

víctimas. Analizamos en mesas de trabajo cómo estamos envejeciendo en Colombia, los retos que tendremos que afrontar y cuál será nuestro papel en el proceso de reparación, justicia y verdad para ayudar a construir la paz. Ojalá nos alcance la vida.

Escribí sobre el perdón, desde las preguntas que alguien se hizo: ¿qué me deja el perdón? ¿Qué es más difícil, pedirlo u otorgarlo? Concluimos que el perdón es una posición personal. En otras mesas se habló de la agricultura, de las plantaciones, del cauce de los ríos o del parecido entre las esmeraldas y las pepas de café cuando están verdes; porque allí la mayoría era del campo, justo de donde provienen las principales causas del conflicto, y añoraban su tierra, sus perros y sus puñados de semillas.

Aludíamos a los temas como si todos –quizá por ser viejos– estuviéramos de acuerdo en que ojalá pudiéramos elaborar múltiples memorias con nombres propios que rompieran los silencios poco a poco, para que no haya olvido sobre lo sucedido y nunca se repita. Entonces uno de los participantes comentó desde su mesa: *“Es que las heridas no se sanan sin conocer el pasado, las causas de las cosas, los porqués”*. Otra “jovencita” de 79 años desde otra mesa añadió: *“El pasado no se borra. Vivimos aprendiendo de él, de ahí la importancia de que hagamos memoria”*.

Las memorias reunidas serán como un abanico de cartas para leer el futuro, que tengan también el

propósito de reclamar ese lugar que nos pertenece a las personas mayores, a quienes anhelamos la paz con justicia social. Es por el deseo de conocerle la cara a la paz, que imaginamos como el tiempo de la convivencia, de verdades y reparación a las víctimas, donde se establezca la diferencia que sentimos los viejos entre ser vulnerables y ser excluidos.

Las reparaciones son también una deuda social del Estado y serán un paso definitivo en la construcción de la democracia puesto que *“La verdadera paz no es simplemente la ausencia de tensión sino la presencia de justicia”*, predicó Martin Luther King desde la prisión, y lo escribo aquí para que no se olvide, puesto que todo este texto, ¡todo!, fue elaborado para sembrar, argumentar y defender la paz.

Datos y realidades de ser viejo en Colombia

Durante los últimos 50 años la guerra ha dejado más de siete millones de víctimas en nuestro territorio, de las cuales casi quinientas mil son personas mayores (Unidad de Víctimas, 2015).

Una de las principales realidades que enfrentan las personas mayores en el país, más aún las víctimas, es la pobreza que se ha venido acumulando de décadas anteriores por factores como las desigualdades, las políticas neoliberales y la misma guerra interna.

Esta realidad no se refleja bien en las políticas gubernamentales aún. Sin embargo, hay otros factores de pobreza. Por ejemplo: en nuestro país las personas mayores vamos acercándonos a los cinco millones, de las cuales solo un millón ochocientos mil, aproximadamente, reciben pensión.

De otra parte, en Colombia hay veintidós millones de trabajadores, de los cuales apenas un tercio cotiza seguridad social y solo un millón seiscientos recibirán pensión al momento del retiro. El 90 por ciento se queda en el camino por no haber ahorrado o trabajado el tiempo suficiente (Sarmiento Anzola, 2013).

Otro ejemplo es que más de siete millones de trabajadores no cuentan con protección para la vejez porque son informales. El 70 por ciento de la población mayor en Colombia no tiene independencia económica y en este 70 por ciento, la mayoría somos mujeres (Profamilia, 2014). Recordemos igualmente que la mayoría de personas mayores sin pensión también somos mujeres, porque el ingreso al mercado laboral se dio en épocas relativamente recientes, y porque antes ni el Estado exigía cotizar, ni la cultura del ahorro existía; pocos pensaban en eso y menos las mujeres que por lo general ignoraban que poseían derechos. Tenemos entonces como conclusión que la pobreza es uno de los motivos por los cuales se considera que es muy dura la vejez en Colombia.

Lo malo

Hay ciertos estereotipos que la sociedad les asigna a las personas mayores. Por lo general las personas adultas mayores son percibidas como sinónimo de enfermedad, estorbo, inutilidad. Esta última es una mirada economicista, que no tiene en cuenta el conocimiento, las posibilidades de trabajo o la experiencia.

Un punto crucial para tener en cuenta es la mirada que se le dé a la vejez. Hay dos enfoques: uno de derechos, participativo, y otro asistencialista o tradicional. La característica del asistencialismo hoy, como política oficial, es que se le sigue dando a la vejez la misma mirada de conmiseración que se le daba a la indigencia (al que pedía limosna) desde hace cinco o seis décadas, cuando la esperanza de vida no pasaba de 60 años. Los auxilios se trazan más con un criterio de beneficencia al distribuir bonos o pequeños mercados para un número limitado de personas.

La manera de actuar con carácter de dádiva deja consecuencias, como el acostumbramiento a la caridad y el desconocimiento de los propios derechos. Por eso, en vez de alzar la mano para proponer, hay personas mayores que bajan la cabeza y estiran la mano solo para pedir.

Otra mirada sobre la pobreza

La pobreza es una situación compleja, pero no puede medirse solo en términos monetarios porque comprende distintas dimensiones: tiene que ver con lo que se tiene pero también con lo que se hace. Es decir, hoy una persona mayor, así tenga ingresos para sobrevivir, si no tiene la posibilidad de integrarse y realizarse como persona; si no tiene la capacidad de influir, de decidir o participar en la vida que tiene a su alrededor, posiblemente sienta su vida en infinita pobreza.

O por el contrario, se puede carecer de ingresos monetarios pero formar parte de redes, de grupos, de vínculos de amistad y solidaridad, que enriquecen más a los seres humanos que el dinero acumulado.

Lo bueno y lo mejor

Con la mirada de derechos la comunidad deja de ser pasiva; ya no es solo depositaria o beneficiaria de programas, sino titular de derechos, protagonista. Se trata de la esperanza de un trabajo conjunto para el bien común, para el mejoramiento de la calidad de vida en las comunidades, para priorizar acciones urgentes, y esto supone que en cualquier proceso en que las personas mayores se comprometan deben prepararse para investigar, conformar veedurías u otras formas de participación social, como nuestro

aporte para la toma de decisiones. Es decir, la mirada de derechos alienta una transformación gradual de las tradiciones asistencialistas hacia nuevas prácticas que convierten a sus integrantes en sujetos sociales y políticos de cambio.

Desde luego, hay avances en la medida en que se desarrollan los programas oficiales; son cada vez más los funcionarios que lideran procesos con otros criterios y otras actitudes, saben que no se trata de que el Estado dé dádivas sino que otorgue derechos; no ejercen ningún tipo de paternalismo, son profundamente respetuosos con las personas mayores en general e impulsan comportamientos y actividades constructivas en los grupos. Como dice el verso de Bertold Brecht: *"Esos son los imprescindibles"*.

Esos avances investigativos se están llevando a cabo en distintas entidades gubernamentales como el Ministerio de Salud, que es la entidad rectora en el tema de envejecimiento y vejez; y la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, que inicia la reparación de tipo material, el apoyo sicosocial y las medidas de los encuentros y los diplomados con y para las personas mayores. Se suman la organización de nuevos grupos, redes de apoyo de las ONG, investigaciones de los equipos de trabajo interdisciplinario en las universidades, reuniones y conferencias de expertos en muchos escenarios, participación en los barrios y prácticas medidas que nos permiten el acceso a ciertas

actividades culturales sin costo o representan descanso para la gente mayor, así parezcan elementales, como los puestos en el bus o la preferencia en las filas.

Propuestas

Este pequeño apartado es la síntesis de tres propuestas elaboradas colectivamente. Una de estas propuestas es por la necesidad de que el Estado tome en cuenta que las pensiones son un bien público esencial y un derecho ciudadano que debe ser amparado por la ley, y en consecuencia, otorgue la Pensión Social Universal o una medida similar. Esta pensión debe ser como en la casi totalidad de los países de Centro, Suramérica y el Caribe donde ya existe, incluidos países más pobres que Colombia, un ingreso básico vitalicio que garantice una vejez digna a todos los ciudadanos y ciudadanas que lo necesiten, independientemente de su condición social, credo o localización geográfica.

La segunda propuesta se remite a incorporar a las personas mayores en las políticas públicas de envejecimiento y vejez, a tener incidencia en los programas institucionales, participar en ellos y tener oportunidades para contribuir en la toma de decisiones, única forma en que los mayores podemos ayudar a transformar nuestra realidad partiendo de nuestros conocimientos y experiencias.

Y como un aporte a la consolidación de la paz, la creación del Instituto Colombiano de y para las Personas Mayores, que impulse el conocimiento y la defensa de los derechos, prepare grupos de personas mayores para investigar y conformar veedurías; piense en crear escenarios participativos en los territorios, convoque encuentros intergeneracionales para construir una nueva visión del envejecimiento y la vejez, y recoja la memoria histórica y los aportes que puedan potenciar y transmitir las personas mayores.

Solo basta que ustedes, lectores, observen que por lo general los hombres y las mujeres mayores hoy somos actores sociales y sentimos la necesidad de abordar los asuntos de la vejez y el envejecimiento, pero desde una perspectiva de derechos humanos, de su conocimiento, defensa y exigibilidad, incluidos los derechos económicos, sociales, culturales y ambientales. Esto es que comprendan lo que requiere el ser humano para realizarse.

De nuestra parte, tratamos de contribuir al bienestar común, de participar activamente en la comunidad, de desarrollar capacidades y transmitir experiencias. Que esta sea la última generación donde muchos tuvieron que enterrar a sus hijos o verlos partir de Colombia sin regreso seguro para salvar sus vidas. Y en este especial momento que vive el país, cuando se están abriendo las puertas poco a poco para ayudar a construir la paz, ojalá nos alcance la vida para decirles a los jóvenes que la amen, que le den sentido

y contenido, que transformen el deseo de venganza en algo constructivo, que piensen en Colombia y sobre todo: que siempre hay algo que dar a los demás.

Referencias

Congreso Nacional de la República de Colombia, (2011, 10 de junio), "Ley 1448 de 2011, por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones", disponible en <http://wsp.presidencia.gov.co/Normativa/Leyes/Documents/ley144810062011.pdf>.

Profamilia, (2014), "Informe anual de actividades", disponible en [http://profamilia.org.co/wp-content/uploads/2015/informes/FINAL%20INFORME%20PROFAMILIA%202014%20B%20\(1\).pdf](http://profamilia.org.co/wp-content/uploads/2015/informes/FINAL%20INFORME%20PROFAMILIA%202014%20B%20(1).pdf)

Sarmiento Anzola, Libardo, (2013), "Pensiones ¡la gran estafa!", Corporación Nuevo Arco Iris, disponible en <http://www.arcoiris.com.co/2013/02/pensiones-la-gran-estafa/>.

Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (2015, julio), "Protocolo de acompañamiento a las personas mayores para el acceso a la ruta de atención y reparación integral a las víctimas", disponible en http://participaz.com/images/pdf/Capitulo16/protocolo_personas_mayores_diciembre_2014.pdf



"Ojalá nos alcance la vida para sembrar, argumentar y defender la paz". Estas historias de vida se refieren al dolor, a la fortaleza y a la esperanza de personas mayores víctimas del conflicto armado en Colombia.

Son experiencias que nos invitan a reconocer las particularidades que enfrentan las personas mayores en contextos de violencia, a reflexionar sobre la larga duración de la confrontación armada, pero sobre todo, a visibilizar sus posibilidades de aportar en entornos familiares, comunitarios y nacionales a la edificación de un nuevo país.

Las voces de las personas mayores son indispensables para la reconstrucción de la memoria histórica, son un llamado sobre las transformaciones que necesitamos en el presente para envejecer de otros modos.

ISBN: 978-958-8944-69-2



PROSPERIDAD SOCIAL



Centro Nacional
de Memoria Histórica



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN